

Watchman Nee

La Familia Cristiana Normal

PREFACIO

En 1948, una vez reanudado su ministerio, Watchman Nee conversó, en numerosas ocasiones, con los hermanos acerca de la urgente necesidad de suministrar a los creyentes una educación espiritual apropiada. Él deseaba que tuviéramos como meta proveer las enseñanzas más básicas a todos los hermanos y hermanas de la iglesia, a fin de que tengan un fundamento sólido en lo que respecta a las verdades bíblicas, y manifestar así el mismo testimonio en todas las iglesias. Los tres tomos de *Mensajes para edificar a los creyentes nuevos* contienen cincuenta y cuatro lecciones que el hermano Watchman Nee impartió durante su entrenamiento para obreros en Kuling. Estos mensajes son de un contenido muy rico y abarcan todos los temas pertinentes. Las verdades tratadas en ellos son fundamentales y muy importantes. Watchman Nee deseaba que todas las iglesias locales utilizaran estas lecciones para edificar a sus nuevos creyentes y que las terminaran en el curso de un año y, luego que las mismas lecciones se repitiesen año tras año.

Cuatro de las cincuenta y cuatro lecciones aparecen como apéndices al final del tercer tomo. Si bien estos cuatro mensajes fueron dados por Watchman Nee en el monte Kuling como parte de la serie de mensajes para los nuevos creyentes, ellos no se incluyeron en la publicación original. Ahora, hemos optado por incluir esos mensajes como apéndices al final de la presente colección. Además de estos cuatro mensajes, al comienzo del primer tomo presentamos un mensaje que dio Watchman Nee en una reunión de

colaboradores en julio de 1950 acerca de las reuniones que edifican a los nuevos creyentes, en donde presentó la importancia que reviste esta clase de entrenamientos, los temas principales que se deberán tratar y algunas sugerencias de carácter práctico.

LA FAMILIA CRISTIANA NORMAL

EL MATRIMONIO

A fin de ser un buen cristiano, uno tiene que resolver de forma completa todos los asuntos fundamentales. Si existe algún problema básico que todavía no haya sido resuelto debidamente, ya sea que se trate de la familia o de la ocupación, llegará el momento en que los problemas regresarán. Mientras haya algún asunto que no haya sido resuelto, un cristiano no podrá seguir una senda recta delante del Señor.

Hoy abordaremos el tema del matrimonio, y lo vamos a examinar desde varios ángulos. Un nuevo creyente debe saber qué es lo que la Palabra de Dios dice acerca del matrimonio.

I. EL MATRIMONIO ES SANTO

Lo primero que debemos abordar con respecto al matrimonio es lo relacionado al sexo. Debemos tener bien en claro que los seres humanos tienen conciencia del sexo de la misma manera que tienen conciencia del hambre. Así como el hambre es una exigencia natural del cuerpo humano, el sexo es también una exigencia natural de nuestro cuerpo. Sentir hambre es natural; no es pecado. Pero robar alimentos constituye pecado; eso no es natural. De la misma manera, tener conciencia del sexo es algo natural y no constituye pecado. Pero si una persona se vale de medios impropios para satisfacer tal apetito, cae en pecado.

El matrimonio fue ordenado e iniciado por Dios; por tanto, tener conciencia del sexo también fue dado por Dios. El matrimonio no es algo que fue instituido después que el hombre cayó, sino que ya existía antes que el hombre pecara. No fue instituido después del capítulo 3 de Génesis, sino que Dios lo instituyó en el capítulo 2. Por tanto, el tener conciencia del sexo vino a existir antes y no después que el pecado entrara en el mundo. En definitiva, nadie peca por tener consciencia del sexo. Tal conciencia no incluye en sí mismo ningún elemento pecaminoso. Por el contrario, se trata de una conciencia que Dios mismo creó.

Los nuevos creyentes deben entender esto claramente. En el curso de mi vida y mis servicios cristianos durante los últimos treinta

años, he tenido la oportunidad de conocer a muchos hermanos y hermanas jóvenes. Muchos de ellos sufrían conflictos internos con respecto al matrimonio. Ellos se sentían innecesariamente condenados por su conciencia, debido a que ignoraban tanto lo que Dios ha dispuesto como lo que dice la Palabra de Dios. Ellos sentían el deseo y la necesidad de casarse, pero pensaban que esto era pecado. Algunos hermanos han llegado a dudar seriamente de la operación de Dios en sus vidas, únicamente debido al hecho de estar conscientes del sexo. Es un pensamiento pagano tratar el sexo como algo pecaminoso en sí mismo. Tenemos que entender claramente la Palabra de Dios. De la misma manera que no constituye pecado que un hombre tenga hambre, la necesidad sexual no es pecaminosa; es un deseo natural.

Hebreos 13:4 nos dice: "Honroso sea entre todos el matrimonio". El matrimonio no sólo es honroso sino incluso santo. Dios considera el sexo no solamente natural, sino también santo.

El Dr. Meyer, un colaborador de D. L. Moody, escribió muchos y muy buenos libros para la edificación de los cristianos. Él dijo en cierta ocasión: "Únicamente la más inmunda de las mentes podría considerar el sexo como algo inmundo". Me parece que está bien dicho. El hombre asocia ideas inmundas con el sexo, debido a que él mismo es inmundo. Para los puros, todas las cosas son puras. Mas para los contaminados todo es contaminado, pues su mente y conciencia están contaminados. Debemos darnos cuenta de que el matrimonio es limpio. Una relación sexual como fue ordenada por Dios es santa, limpia e incontaminada.

En 1 Timoteo 4:1-3 Pablo nos dice que en los tiempos venideros habrían enseñanzas demoníacas, una de las cuales consistía en prohibir el matrimonio. Aquí vemos que aun las enseñanzas demoníacas pretendían procurar la santidad. G. H. Pember expuso claramente en sus escritos cómo los hombres habrían de prohibir casarse en procura de la santidad. Tales personas creían que esto los haría santos. Sin embargo, en su epístola a Timoteo, Pablo nos dijo que prohibir el matrimonio es una doctrina de demonios. Dios jamás prohibió el matrimonio.

Nadie debiera sentirse innecesariamente

condenado por su conciencia debido a enseñanzas religiosas paganas. El estar consciente del sexo es algo muy natural y no constituye pecado. Únicamente cuando uno tiene que lidiar con esta conciencia existe la posibilidad de que surja el pecado. No es un asunto de si está presente este estado de conciencia sexual, ya que tener tal conciencia es algo muy natural y no constituye pecado. Es la manera en que uno trata con tal conciencia, la que determina si constituye pecado o no. Esta es una cuestión que debemos aclarar definitivamente. De otro modo, uno se sentirá condenado por su conciencia y no podrá crecer. De hecho, tal sentimiento de culpa no tiene nada que ver con el pecado, sino que es resultado de la ignorancia.

II. LOS ELEMENTOS BÁSICOS DE UN MATRIMONIO

A. Ayudarse mutuamente

El matrimonio ha sido dispuesto por Dios. En Génesis, Dios dijo que no era bueno que el hombre estuviera solo. Además, Dios dijo que todo cuanto había creado era bueno. Él proclamó que todo lo que había creado era bueno, a excepción del segundo día. El único motivo por el cual Dios no dijo lo mismo del segundo día fue porque el firmamento era el lugar donde se encontraba Satanás. Además de proclamar que todo lo que Él creó era bueno, Él dijo explícitamente que algo no era bueno. En el sexto día, al crear al hombre, Dios dijo: "No es bueno que el hombre esté solo" (Gn. 2:18). Con esto no estamos sugiriendo que el hombre no haya sido creado bien. Lo único que esto significa es que no era bueno que el hombre estuviese solo, es decir, que sea un hombre solo. En ese tiempo, sólo la mitad del hombre había sido creada.

Dios formó una ayuda idónea para Adán el sexto día. Eva fue formada también en el sexto día, y ese mismo día Dios trajo Eva a Adán. Ella fue formada con el propósito de que se casaran. Las palabras *ayuda idónea* significan: "adecuada para dar la ayuda debida". En hebreo, esta expresión significa: "alguien que le hace juego, una pareja; alguien que brinda la ayuda correspondiente".

Al considerar Génesis 2:18, muchos lectores de la Biblia piensan que cuando Dios creó al hombre, Él creó a un hombre y a una mujer. Sin embargo, la Biblia únicamente dice que Dios

creó al hombre. Su creación del hombre fue Su creación de varón y hembra. El varón y la hembra conformaban un hombre completo. Era como si al comienzo Dios hubiese creado la mitad del hombre y luego, cuando vio que este hombre era solamente una mitad, hizo la otra mitad. Las dos mitades fueron unidas a fin de llegar a ser una unidad completa. Únicamente cuando las dos mitades fueron unidas, el hombre fue completo. Por esto Dios no dijo que "era bueno" sino hasta después de haber formado a Eva. Esto nos muestra que el matrimonio no fue instituido por el hombre, sino por Dios. La institución del matrimonio no vino después, sino antes de la caída del hombre. El hombre no pecó el primer día que fue creado, sino que ese día él se casó. El mismo día en que Dios formó a Eva, Él se la entregó a Adán. Esto no fue algo que sucedió después que el hombre pecó. Así pues, Dios mismo fue el que inició el matrimonio.

En Génesis 2 vemos el matrimonio en la creación de Dios. En Juan 2, al comienzo del ministerio del Señor Jesús, tenemos el matrimonio en Caná, en el cual el Señor cambió el agua en vino. Aquí vemos que no sólo el Señor permite el matrimonio, sino que lo aprueba y lo endorsa. Él no sólo asistió a las bodas, sino que aun las realzó y las mejoró. Es claro que el matrimonio fue iniciado por Dios y, en especial, fue aprobado por el Señor Jesús. Por lo tanto, esto es algo completamente de Dios.

Aquí vemos la posición que ocupa el matrimonio ante Dios. El propósito de Dios es obtener un esposo y una esposa, los cuales deben ayudarse mutuamente. Por tanto, Dios llamó a la esposa de Adán "ayuda idónea". En hebreo, esta expresión quiere decir: "adecuada para ayudar". Aquí descubrimos que el deseo y el propósito de Dios es que el hombre viva de manera corporativa, que tengan comunión mutua y que se brinden una ayuda mutua. Este es el propósito de Dios.

B. La prevención del pecado

En el Antiguo Testamento, Dios instituyó el matrimonio antes que el pecado viniera al mundo. En el Nuevo Testamento, Pablo dijo que el matrimonio no solamente es permitido, sino que, además, es necesario debido a la presencia del pecado (1 Co. 7).

El matrimonio puede prevenir el pecado. Por esto Pablo dijo que los hombres deben tener sus propias esposas y las mujeres sus propios maridos, con el fin de prevenir el pecado de la fornicación (v. 2). Pablo no condenó como pecado el estar conscientes del sexo. Al contrario, él indicó que tanto el varón como la mujer deberían casarse a fin de prevenir el pecado.

Pablo fue quien afirmó que no debíamos proveer para la carne (Ro. 13:14). Pero a alguien que constantemente cometen el pecado de soberbia, Pablo jamás le diría: "Puesto que usted siempre está cometiendo el pecado de soberbia, vaya a su casa y manifiéstela allí, ¡a fin de que no la manifieste en ningún otro lado! Si manifiesta su soberbia en un lugar, ¡tal vez no vaya a manifestarla en otros lugares!". Decir algo así hubiese sido "proveer para la carne". Dios jamás estaría de acuerdo con su altivez ni con hacer algún arreglo para que usted pueda manifestar su soberbia. Consideremos a una persona que le encanta robar. Usted no debe decirle: "Puesto que no puedes dejar de hurtar, te permitiré robar lo que pertenezca al hermano fulano de tal, y así no robarás a los demás". Uno no puede decir tal cosa; más bien deberá decirle: "Definitivamente, no puedes robar". Robar es definitivamente un pecado; y nosotros no deberíamos hacer provisión alguna para ello. Caer en la soberbia es ciertamente un pecado, y no podemos hacer provisión para ello. Pero en un sentido absoluto, el sexo no es pecado. Por esto, los hombres deben tener sus propias esposas y las mujeres sus propios maridos. Si no entendemos esto, podríamos pensar que las palabras de Pablo tenían como objetivo hacer provisión para la carne. Pero sabemos que el apóstol no hizo provisión alguna para la carne. Por tanto, jamás podríamos considerar que el matrimonio constituye pecado. El matrimonio no es la provisión hecha por Dios para la carne. Nuestro deseo es colocar el matrimonio en un plano muy elevado. Se trata de algo santo y que fue ordenado por Dios mismo.

Debido a que el pecado ha entrado, el matrimonio es necesario, y este es capaz de prevenir el pecado; esto no es hacer provisión para la carne. Existe una diferencia muy marcada entre ambos.

En 1 Corintios 7, Pablo habló del matrimonio. Él comenzó diciendo que la esposa no tiene

autoridad sobre su propio cuerpo y que el marido no tiene autoridad sobre su propio cuerpo (v. 4). La enseñanza de Pablo es bastante clara e inequívoca. A menos que sea con el propósito de dedicarse a ministrar al Señor, el esposo y la esposa no debían separarse. Esto previene la fornicación (v. 5). A fin de impedir la fornicación, Dios dispone que el varón y la mujer se casen y no se separen.

Pablo utilizó palabras muy claras para hablar de aquellos cuyo deseo sexual es muy intenso. Él dijo que los tales deben casarse a fin de evitar "estarse quemando" (v. 9). Él no reprendió a tales personas. Pablo no dijo: "Es erróneo que tengan un deseo tan intenso. Han pecado por sentir un deseo tan intenso. Por tanto, tienen que hacer alguna provisión para su carne". En lugar de ello, él dijo: "Si tu deseo es muy intenso, debes casarte. Es mejor casarse que seguir viviendo con un deseo tan intenso". La Palabra de Dios es muy clara con respecto a esto. El estar conscientes del sexo no constituye pecado. Incluso un deseo sexual muy intenso no es pecado. Pero Dios ha dispuesto que aquellos que tienen una conciencia del sexo intenso, se casen. Ellos no debieran abstenerse del matrimonio para luego caer en pecado. Esto es lo que el Señor nos ha mostrado.

La institución del matrimonio tiene un aspecto que corresponde al Nuevo Testamento, y otro aspecto que corresponde al Antiguo Testamento. El Antiguo Testamento nos indica que el matrimonio nos provee la ayuda adecuada. El Nuevo Testamento nos dice que el matrimonio ha sido instituido a fin de prevenir el pecado. Uno de los aspectos del matrimonio cristiano actual es proporcionarle a los cónyuges una ayuda mutua, y el otro aspecto es la prevención del pecado.

C. Coherederos de la gracia

Existe un tercer aspecto. En su primera epístola, Pedro dijo que las esposas son: "coherederas de la gracia de la vida" (3:7). En otras palabras, a Dios le complace ver esposos y esposas que le sirven juntos. Dios se deleitaba al ver que Aquila y Priscila le servían juntos, al ver que Pedro y su esposa, Judá y su esposa le servían juntos.

Por tanto, existen tres elementos básicos que componen un matrimonio cristiano. En primer lugar, está la ayuda mutua; en segundo lugar, la prevención del pecado; y en tercer lugar, el

hecho que dos personas unidas en la presencia de Dios juntas heredan la gracia. Uno no debe ser un cristiano solitario, sino un cristiano junto con otra persona. Uno no debe heredar la gracia solo, sino que debe hacerlo junto con otra persona.

III. CON RESPECTO A LA VIRGINIDAD

La Biblia también indica que pese a que hay una conciencia del sexo, con algunas personas tal conciencia no es muy intensa, y para ellas no es necesario que satisfagan tal necesidad. La Biblia les aconseja a tales personas que se mantengan vírgenes.

A. Los beneficios de mantenerse virgen

La virginidad no hace que uno sea más santo espiritualmente. Sin embargo, una persona que es virgen ciertamente podrá dedicar toda su energía a la obra del Señor. De esto también se habla en 1 Corintios 7.

Pablo nos hace notar tres inconvenientes que tiene el matrimonio. En primer lugar, el matrimonio es una atadura. Él dice: "¿Estás ligado a mujer?" (v. 27). Con frecuencia, después que se ha casado una persona pierde su libertad, pues una vez que se casa, llega a estar ocupada con muchas cosas. Tal persona estará ligada a su cónyuge y se preocupará por una diversidad de asuntos. En segundo lugar, aquellos que se casan tendrán aflicción. Pablo dijo: "Pero los tales tendrán aflicción de la carne" (v. 28). Cuando una persona se ha casado, la aflicción de la carne aumenta y le resulta más difícil servir al Señor con un corazón sencillo. En tercer lugar, aquellos que se casan tienen que preocuparse por las cosas de este mundo (vs. 32-34). En Mateo 13, el Señor indica que tales cuidados son como espinas y abrojos que fácilmente pueden sofocar el crecimiento de la semilla. El resultado es la esterilidad (v. 22). En resumen, el matrimonio trae consigo problemas familiares, complicaciones, aflicciones y ansiedad.

Las palabras de Pablo no eran solamente para los colaboradores, sino también para los hermanos y hermanas. Una persona que se conserva virgen podrá ahorrarse muchas dificultades. Pablo no manda conservarse vírgenes, pero sus palabras denotan que él se inclinaba por esta opción. Pablo no tenía opinión propia al respecto; él se limitó a

indicarles a los hermanos ciertos hechos. El matrimonio es bueno y previene el pecado. Pero el matrimonio también conduce a las personas a verse envueltas en problemas familiares, complicaciones, aflicciones y las ansiedades propias de este mundo.

B. El tipo de persona que puede mantenerse virgen

Después de decir esto, Pablo nos indica qué tipo de persona puede mantenerse virgen. Él dijo que algunos tienen el don de Dios de conservarse vírgenes. Es un don de Dios poder conservarse vírgenes. Cada persona recibe cierto don de parte de Dios, unos, una clase de don, y otros, otra clase de don. Si yo soy de las personas que necesitan casarse, el matrimonio será para mí el don que Dios me dio; se necesita el don de Dios para casarse. Por esto Pablo dijo: “Pero cada uno tiene su propio don de Dios, uno de un modo, y otro de otro modo” (1 Co. 7:7). Es decir, quienes se mantienen vírgenes tienen su propio don de parte de Dios, y también aquellos que se casan tienen su propio don de parte de Dios.

La primera condición para ser uno que se mantiene virgen es que tal persona tiene conciencia del sexo, pero no tiene la compulsión por ello. Algunas personas tienen un deseo sexual apremiante, mientras que otras sólo son conscientes del sexo, pero no tienen la compulsión. Únicamente aquellas personas cuyo deseo sexual no es apremiante podrán mantenerse vírgenes.

En segundo lugar, tal persona deberá tener el deseo de permanecer soltera con firmeza de corazón. Los versículos 36 y 37 dicen: “Pero si alguno piensa que se comporta indebidamente para con su *hija* virgen que pase ya de edad, y es necesario que así sea, haga lo que quiera, no peca; que se case. Pero el que está firme en su corazón, sin presión alguna, sino que es dueño de su propia voluntad, y ha resuelto en su corazón guardar a su *hija* virgen, bien hace”. Pablo nos muestra que para que alguien se mantenga virgen, se hace necesaria una resolución firme, es decir, tal persona está resuelta a mantenerse virgen. Cualquiera que piense que es incorrecto mantenerse virgen, puede casarse. Pero si una persona ha resuelto mantenerse soltera y tiene la tendencia a ello, y mantiene firme en su corazón el deseo de permanecer virgen, tal persona puede conservarse soltera. Por tanto, la firmeza de

corazón es requisito indispensable para ello.

En tercer lugar, semejante decisión no deberá estar en conflicto con las circunstancias de uno. El versículo 37 dice: "Sin presión alguna". A algunos no les resultará fácil mantenerse vírgenes y deberán considerar sus circunstancias; quizás habrán de crear muchos problemas en su familia si deciden mantenerse vírgenes. Por tanto, tienen que darse las circunstancias ambientales adecuadas para que uno pueda mantenerse virgen.

Pablo nos indica que existen tres condiciones básicas para que uno se mantenga virgen, a saber: (1) que no tengan compulsión, (2) que uno se mantenga firme en su corazón respecto a tal decisión y, (3) que esta decisión no vaya a crear problemas en su entorno. Únicamente cuando estas tres condiciones son cumplidas, uno podrá mantenerse virgen.

C. La virginidad se relaciona con el reino de los cielos y el arrebatamiento

Aquellos que deciden mantenerse vírgenes tienen mucho que ganar delante del Señor. Mateo 19 nos dice claramente que para una persona virgen le es más fácil ingresar en el reino de los cielos. Tenemos que reconocer que "hay eunucos que a sí mismos se hicieron eunucos por causa del reino de los cielos". Mateo 19 habla claramente de la relación que existe entre la virginidad y el reino de los cielos. No nos atreveríamos a indicar específicamente cuál es la relación que existe entre la virginidad y el reino de los cielos; sin embargo, podemos afirmar que es definitivamente ventajoso mantenerse vírgenes con respecto a ingresar al reino de los cielos. El Señor nos dice que hay quienes escogieron ser eunucos, es decir, eligieron permanecer vírgenes por causa del reino de los cielos.

Esto no es todo. Apocalipsis 14 nos muestra que las primicias (los ciento cuarenta y cuatro mil) son vírgenes. Ellos siguen al Cordero dondequiera que va. Estos ciento cuarenta y cuatro mil son los primeros en ser arrebatados. Definitivamente, existe un vínculo entre la virginidad y el arrebatamiento. Un día descubriremos que quienes permanecieron vírgenes tenían ciertas ventajas muy definidas en lo que respecta a entrar al reino de los cielos y ser arrebatados. ¿Y qué tal del tiempo presente? Pablo dijo que mantenerse virgen ciertamente reduce las aflicciones y capacita a

una persona para servir bien a Dios.

Nosotros únicamente podemos exponer tales hechos ante nuestros hermanos y hermanas. Únicamente aquellos que no tienen compulsión por sexo, que están firmes en su corazón al respecto y cuyo entorno presenta el suministro adecuado para ello, podrán mantenerse vírgenes. Queremos presentar este asunto de la manera más objetiva y bíblica posible a nuestros hermanos y hermanas. Delante del Señor, cada uno debe tomar su propia decisión al respecto.

IV. EL CÓNYUGE

Con respecto al matrimonio en sí, Dios ha establecido pautas definidas para determinar con quién nos podemos casar y con quién no nos podemos casar. La Biblia indica claramente que quienes conforman el pueblo de Dios sólo pueden casarse entre ellos. En otras palabras, si uno va a contraer matrimonio, deberá encontrar su cónyuge entre los que conforman el pueblo de Dios; no debe buscar su cónyuge entre los que pertenecen a otro pueblo.

A. Los mandamientos del Antiguo Testamento

En el Antiguo Testamento encontramos suficientes mandamientos que nos indican que no debemos casarnos con ninguno que se encuentre fuera del pueblo de Dios.

Deuteronomio 7:3-4 nos dice que los israelitas no debían casarse con los cananeos. Ellos no debían dar sus hijas en matrimonio a los hijos de los cananeos ni tampoco debían tomar las hijas de los cananeos como esposas para sus hijos. Esto se debía a que los cananeos los alejarían del Señor y los seducirían para servir a otros dioses. A lo largo del Antiguo Testamento, Dios nos muestra claramente que uno debe buscar su cónyuge entre el pueblo del Señor. Uno no puede buscar un esposo o esposa entre los incrédulos. El mayor problema de buscar un cónyuge entre los incrédulos es que la otra persona podría alejarnos del Señor y hacer que adoremos a otros dioses. Resulta fácil para una esposa imitar a su esposo en la idolatría. También es fácil que un esposo siga a su esposa para adorar ídolos. Puesto que ambos están casados, es fácil que uno siga al otro en la adoración de otros dioses.

Josué 23:12-13 advierte a los israelitas en contra de casarse con personas de esas tierras.

Se les advirtió que aquellas personas habrían de ser como trampas y como espinas para ellos. Es decir, que tales cónyuges se convertirían en sus espinas, y que ellos caerían en una trampa.

En la época de Nehemías, los israelitas retornaron de la cautividad a la tierra de Judá. Muchos de ellos se habían casado con esposas gentiles y no podían hablar la lengua hebrea. En Nehemías 13:23-27 se nos dice que Nehemías les mandó cortar todo vínculo con las mujeres gentiles y a suspender toda relación con ellas. Aquí se manifiesta un problema fundamental que se produce al casarse con una mujer gentil: al servir a Dios, tarde o temprano los hijos siguen a la madre, y no al padre. Si usted se casa con un gentil sus hijos seguirán a su cónyuge gentil y se irán al mundo. Este es un problema serio.

Malaquías 2:11 nos dice que los israelitas prevaricaron, o sea, traicionaron y profanaron la santidad de Dios al tomar para sí esposas gentiles. A los ojos de Dios, casarse con una mujer gentil es profanar la santidad de Jehová. Por tanto, los cristianos deben procurar cónyuges únicamente entre los creyentes.

También debemos hacer caso a la advertencia que nos muestra el fracaso de Salomón, quien era el más sabio de los reyes, pero aun así cayó en idolatría por casarse con mujeres gentiles.

B. En el Nuevo Testamento

Las palabras de Pablo en el Nuevo Testamento son bastante claras. En 1 Corintios 7:39, Pablo les dice a las viudas que pueden casarse, con tal que sea con alguien que esté en el Señor.

Un pasaje bíblico muy conocido es 2 Corintios 6:14. Aquí se nos dice que los creyentes y los incrédulos no pueden compartir el mismo yugo. Estas palabras no se refieren solamente al matrimonio, pero ciertamente se refieren también al matrimonio. Los creyentes e incrédulos no deben hacerse socios en los negocios; no deben unirse en torno a un propósito común, tal como dos animales que aran el campo y que son uncidos a un mismo yugo. Dios no permite esto. Él no permite que un creyente y un incrédulo sean uncidos bajo un mismo yugo. En el Antiguo Testamento, no se podía uncir a un caballo con un buey, ni tampoco se podía uncir a un asno con un caballo. Es imposible uncir un animal lento con uno rápido. Es imposible juntar a una persona

que va en una dirección con otra que va en una dirección opuesta, o uno que va tras las cosas del mundo con uno que busca las cosas celestiales. Es imposible unir a uno que procura bendiciones espirituales con otro que procura las riquezas materiales. Es imposible unir a uno que se esfuerza por ir en una dirección con otro que se esfuerza por ir en otra dirección. Si tales personas se unen, el yugo que las une acabará por romperse.

Entre aquellas relaciones que pueden encontrarse bajo yugo desigual, ninguna es más seria que la relación matrimonial. Es posible que alguno se una en yugo desigual para alguna empresa comercial o con otros propósitos. Pero no existe yugo más severo que el yugo matrimonial. Cuando un creyente y un incrédulo comparten juntos la responsabilidad de una familia, el resultado no será nada más que problemas. El cónyuge ideal es un hermano o hermana. Jamás elijan caprichosamente a un incrédulo. Si descuidadamente eligen como cónyuge a algún incrédulo, ciertamente enfrentarán problemas más tarde. Uno tirará para un lado, y el otro para el otro. Uno buscará lo celestial, mientras el otro buscará las cosas de este mundo. Uno procurará dones celestiales, y el otro buscará las riquezas de este mundo. La diferencia entre estas dos clases de personas es inmensa. Por esto la Biblia nos exhorta a casarnos con los que están en el Señor.

V. SI EL CÓNYUGE ES UN INCRÉDULO

Pero existe el siguiente problema: supongamos que un hermano ya está casado con una mujer que no es creyente, o una hermana está casada a un incrédulo. ¿Qué deberá hacer? Dijimos antes que una persona soltera deberá buscar un cónyuge entre aquellos que están en el Señor. Sin embargo, hay algunos que ya están casados. Ellos ya tienen un esposo o una esposa que no es creyente. ¿Qué deberán hacer?

A. Si el cónyuge incrédulo quiera separarse

En 1 Corintios 7 dice algo al respecto. Los versículos 12, 13 y 15 abordan este tema, y nos dice qué debemos hacer cuando surge alguna contienda en el seno de una familia en la cual solamente uno de sus miembros es cristiano. Por favor tengan presente que si hoy en día no surgen muchas quejas en tales hogares, se debe simplemente a que los creyentes que

pertenecen a tales familias no son lo suficientemente absolutos en su consagración al Señor. El Señor Jesús predijo en los evangelios que habrían muchas disputas en las familias. Si un creyente se ha consagrado sin reservas al Señor, está destinado ha generar contiendas en la familia. Si ocurren casos en los que “cinco en una familia estarán divididos, tres contra dos, y dos contra tres”, tal como lo indica Lucas 12:52, esto se debe a que algunos miembros de dicha familia han creído en el Señor. Supongamos que un esposo abandona a su esposa debido a que ella ha creído en el Señor. Supongamos que le diga: “Tú has creído en el Señor y, por eso, ya no te quiero más”. ¿Qué deberá hacer la esposa? La palabra del Señor en 1 Corintios 7 es bastante clara: “Sepárese” (v. 15). Por tanto, si un esposo quiere separarse porque su esposa ha creído en el Señor, o viceversa, la palabra es: “Sepárese”.

Sin embargo, debemos tener una cosa bien en claro: uno no debe ser jamás el que tome la iniciativa de separarse. Uno no debe ser la persona que solicite la separación. Tiene que ser el cónyuge incrédulo quien pida la separación. Es él quien no está contento debido a que su cónyuge ha creído en el Señor. Es él quien piensa que su relación ya no tiene futuro desde que su cónyuge se convirtió al Señor. Es él quien quiere irse. Si él desea separarse: “Sepárese”.

B. Si a su cónyuge no le importa que usted sea creyente, el Señor lo salvará

Pablo dijo que si a nuestro cónyuge no le importa nuestra conversión, entonces no hay necesidad de separarse. ¿Y cómo va a saber si el Señor a lo mejor lo salva por medio de usted? Si él es indiferente y consiente en seguir viviendo con usted, Pablo dijo que usted deberá sentirse en paz con respecto a tal relación y no debe abandonar a su cónyuge. Él dijo que un incrédulo podía ser santificado por su cónyuge creyente. Él también dijo: “¿Qué sabes tú, oh mujer, si salvarás a tu marido? ¿O qué sabes tú, oh marido, si salvarás a tu mujer?” (v. 16). Si su cónyuge quiere dejarlo, eso es problema de él, no suyo; pero si él no quiere irse, usted debe creer que el Señor lo salvará. Pablo dijo que sería fácil que él sea salvo. Quizás no sea tan fácil que el Señor salve a otros, pero ciertamente le será fácil salvar a alguien que ya le pertenece a usted. Tenemos que enfrentarnos a tal situación adoptando esta posición.

VI. QUÉ DEBEMOS HACER SI NOS HEMOS COMPROMETIDO CON UN INCRÉDULO

Algunos hermanos y hermanas enfrentan un problema distinto: ellos se han comprometido con un incrédulo. ¿Qué deberán hacer?

A. Lo mejor es si el incrédulo toma la iniciativa de anular el compromiso

Es obvio que el Señor no quiere que nos casemos con un incrédulo. Si alguno ya está comprometido con un incrédulo, lo mejor que podría suceder es que el novio incrédulo o la novia incrédula anule el compromiso voluntariamente. Después de todo, se trata de dos personas que todavía no se han casado; sólo se han comprometido a casarse. Si el Señor abre el camino para que el incrédulo acceda voluntariamente a anular dicho compromiso, debido a que la otra persona ha creído en el Señor, esta sería la mejor de las soluciones.

B. No debemos anular ningún acuerdo arbitrariamente

Sin embargo, con frecuencia es imposible lograr tal solución. Debido a que ya existe un acuerdo nupcial, es probable que la otra persona no quiera renunciar tan fácilmente a ello simplemente porque usted haya creído en el Señor. En tal situación, debemos comprender que al comprometernos con la otra persona, hemos celebrado un pacto con ella. Tal clase de pacto es un voto hecho delante de Dios. Un cristiano no puede anular arbitrariamente tal clase de pacto únicamente porque haya creído en el Señor, pues cualquier pacto es santo a los ojos de Dios. Usted puede proponer que tal pacto sea anulado. La otra persona puede tomar la iniciativa de disolver dicho pacto, o usted puede iniciar la disolución del mismo. No es necesario que quien haga la propuesta de disolver el pacto sea la otra persona. Este caso es distinto del anterior. En el caso del matrimonio, la otra persona tiene que tomar la iniciativa. En el caso de un compromiso, usted puede iniciar la disolución de tal compromiso. Pero si la otra persona insiste en que usted cumpla con el acuerdo nupcial, usted tendrá que cumplirlo. Una vez que un cristiano da su palabra, tiene que honrarla, pues no puede anularla arbitrariamente. Nosotros recibimos la salvación porque Dios honra Su palabra. Si Dios no honrara Su palabra, simplemente no habría salvación para nadie. Por tanto, usted

tiene que gestionar con la otra persona. Si la otra persona se niega a disolver la relación, usted tendrá que casarse con él o ella, según sea el caso.

Salmos 15:4 dice: "El que aún jurando en daño suyo, / No por eso cambia". Después que los israelitas ingresaron a la tierra de Canaán, los gabaonitas los engañaron llevando consigo pan seco y mohoso, zapatos viejos y recosidos, y vestidos viejos y gastados. Ellos dijeron que venían de un país lejano, y Josué prometió no aniquilarlos. Pero luego los israelitas descubrieron que Gabaón en realidad era un territorio cercano. No obstante, debido a que los israelitas habían celebrado un pacto con ellos, Dios no les permitió a los israelitas aniquilarlos. A lo más los hicieron sus proveedores de leña y agua (Jos. 9:3-27). Honrar los pactos que uno ha celebrado es un asunto muy serio en la Biblia. Uno puede anular correctamente un compromiso nupcial siempre y cuando la otra persona consienta en hacerlo, pero si ella rehúsa anularlo, uno no podrá hacerlo de manera unilateral y arbitraria. El pacto con los gabaonitas tuvo serias repercusiones. Los cielos se secaron porque Saúl masacró a los gabaonitas. David se vio obligado a preguntarles a los gabaonitas qué debía hacer por ellos. Los gabaonitas exigieron que siete hijos de Saúl fuesen ahorcados, y David tuvo que cumplir con su demanda (2 S. 21:1-6). Dios no permite que nosotros quebrantemos un pacto arbitrariamente. Tenemos que aprender a honrar los pactos que hacemos. No podemos cometer ninguna injusticia.

C. Gestionar ciertas condiciones de antemano

Supongamos que, antes de hacerse cristiano, usted se había comprometido a contraer matrimonio con alguien que es incrédulo, ¿qué deberá hacer si la otra persona insiste en casarse con usted? Tal vez esto es algo que usted puede hacer: gestione de antemano algunas condiciones. Por ejemplo, podría decirle: "Me casaré contigo, pero quisiera definir ciertas cuestiones antes que nos casemos". ¿Cuáles son esas cuestiones? En primer lugar, su futuro cónyuge deberá permitirle servir al Señor. Usted no debiera ingresar al hogar del otro a escondidas, sino que debe hacerlo enarbolando sus estandartes. Usted es ahora una cristiana. Aun cuando se está casando con un incrédulo, él deberá darle

la libertad para servir al Señor. Su cónyuge no debe interferir con su servicio al Señor. En segundo lugar, si tienen hijos, ellos tienen que ser criados en conformidad con las enseñanzas del Señor. Si la otra persona se convierte o no dependerá de ella, pero los niños deben ser criados según la enseñanza del Señor; usted tiene que dejar esto bien establecido desde un comienzo. Ponga esto sobre la mesa de negociaciones desde un principio, y lleguen a un acuerdo por anticipado. Si tienen un acuerdo al respecto, después no tendrá que enfrentarse con esas dificultades, pero si usted no llega a un acuerdo anticipado al respecto, encontrará dificultades después. Casarse con un incrédulo siempre significará sufrir pérdida. Pero usted puede minimizar dicha pérdida y ahorrarse muchos dolores de cabeza por medio de conseguir ciertos acuerdos previos. La otra persona tiene que estar de acuerdo con darle la libertad necesaria para que usted conduzca a sus niños al Señor. Usted es ahora un cristiano y no seguirá las costumbres de este mundo. Usted estará siempre del lado del Señor. Si la otra persona está de acuerdo con esto, usted puede proceder a casarse. Y si la otra persona no está de acuerdo con tales condiciones, ella es libre de anular el compromiso. Tenemos que informarle a la otra persona de nuestro compromiso futuro. Esto aminorará los problemas que luego habrán de presentarse.

VII. QUÉ HACER SI UNO NECESITA CASARSE, PERO NO ENCUENTRA UN CÓNYUGE CREYENTE

Este es un problema real; no es algo imaginario, pero únicamente podemos decir que la Biblia no contiene ninguna enseñanza al respecto. Sin embargo, podemos palpar lo que había en el corazón de Pablo. En 1 Corintios 7, Pablo manifestó su deseo de que, si fuera posible, las viudas permanecieran solteras. Pero entonces él también manifestó su deseo de que las viudas se casaran con personas que estaban en el Señor (v. 39). Por tanto, las viudas pueden volverse a casar si tienen la necesidad. De acuerdo con este principio, podemos decir que lo mejor es que un hermano se case con una hermana que está en el Señor. Si esto no le es posible, es mejor que no se case. Sin embargo, si tiene que casarse, todavía estaremos contentos al verlo casarse. Incluso si la otra persona no es creyente, aun así nos gustaría que se case.

Cuando decimos esto, no estamos fomentando

que se elija, como dice el mundo, "de los males, el menor". Lo que queremos decir es que preferiríamos ver que una persona cometa un pecado en contra del gobierno divino antes de que cometa un pecado moral. Si al no casarme caigo en pecado, cometo un pecado moral, y si me caso con una mujer que no es creyente, cometo pecado en contra del gobierno de Dios. Existen dos clases de pecado: uno es el pecado moral y el otro es el pecado en contra del gobierno de Dios. Si un hermano tiene que casarse y no puede encontrar una hermana, lo mejor que puede hacer es permanecer soltero. Pero si tiene que casarse, debemos permitirle casarse, aun cuando ello signifique casarse con una persona incrédula.

Si usted se casa con alguien que no es creyente, debe darse cuenta de que le esperan problemas muy serios. Es particularmente difícil para un creyente casarse con una persona que no es creyente. Las dificultades que se encuentran son aún mayores que las dificultades que surgen en una pareja de incrédulos en la que uno de los cónyuges se convierte en un creyente. Un esposo o esposa que se vuelve creyente estando casado, ciertamente encontrará dificultades, pero la mayoría de las veces el Señor le ayudará a avanzar. Sin embargo, un creyente que se casa con una persona que no es creyente, encontrará muchas dificultades. Tenemos que advertirle por anticipado, y tal persona deberá percatarse de las muchas penurias que le esperan más adelante.

Si alguien se casa con un incrédulo, tenemos que advertirle de otra cosa: debe cuidarse de no ser arrastrado por el otro cónyuge. Tiene que tener presente que se está casando con un incrédulo y, si se descuida, puede fácilmente desviarse. Por supuesto, los que ya están casados con una persona que no es creyente o que están comprometidos, también tienen que ser muy cuidadosos al respecto, pero aquellos que están planificando casarse deberían ser aún más cuidadosos. En otras palabras, ellos necesitan una protección especial, necesitan ser resguardados y requieren de mucha oración, a fin de que no se dejen llevar por la otra persona.

Si usted no tiene otra alternativa que casarse con un incrédulo, también tiene que establecer, claramente y de antemano, las condiciones para tal relación. Tiene que decirle al incrédulo: "Yo he creído en el Señor. No te puedo obligar a que

tú creas en Él, pero tú tampoco puedes interferir con mi fe. Tienes que darme absoluta libertad a este respecto”. También tiene que presentarle la crianza de los niños y decirle: “Tienes que darme absoluta libertad para conducir a nuestros niños al Señor. Yo no quiero que ninguno de ellos adore ídolos ni que sea conformado a este mundo”. Si usted recalca estas cosas lo suficiente, quizás pueda superar tal situación.

Quisiera dirigirles algunas palabras a los hermanos y hermanas más maduros. Cuando ustedes vean que un nuevo creyente está enfrentando un conflicto de esta naturaleza, tienen que ser muy cuidadosos. No abran la puerta demasiado. No permitan que tal hermano o hermana se case de manera arbitraria y a su antojo con un incrédulo. Por otro lado, no cierren la puerta mucho. No lo alejen del pecado contra el gobierno divino, a costa de exponerlo a que cometa un pecado moral. Es mejor dejar que alguien caiga bajo la mano gubernamental de Dios, antes que dejarlo caer en un pecado moral.

Hay algo más que quisiera decir a este respecto. Tenemos muchos hermanos y hermanas jóvenes en cada localidad. La mayoría de problemas para encontrar una esposa surgen cuando demasiados santos abrigan demasiadas expectativas con respecto a la formación y la posición que esperan de sus cónyuges. Un hermano que está en una posición social más elevada, no quiere casarse con una hermana que ocupa una posición inferior, y viceversa. Hoy en día no hay carencia de hermanos y hermanas, pero la cuestión de la posición social ha generado muchos problemas. Yo creo que este problema se resolvería fácilmente si los hermanos y hermanas cambiaran sus conceptos acerca de las ocupaciones. Para las hermanas, sería fácil casarse si no menospreciaran a los hermanos que son gente de campo. También sería fácil para los hermanos casarse si no menospreciaran a las hermanas campesinas. Hoy en día, nosotros menospreciamos las ocupaciones que Dios honra y exaltamos las ocupaciones que los hombres adoran. Esto complica las cosas. Hoy en día, no carecemos de hermanas ni hermanos, pero no tenemos muchas parejas que concuerden en cuanto a su posición. Puesto que el asunto de la posición social es un concepto mundano, necesitamos que nuestro concepto acerca de las ocupaciones cambie radicalmente a fin de resolver este

problema.

VIII. QUÉ HACER SI UNO TIENE CONCUBINAS*

[* Nota del editor: Watchman Nee habla de las concubinas debido al problema que existía en ese tiempo histórico en China.]

En la Biblia no encontramos mandamiento alguno que ordene a un hombre separarse de su concubina. En ningún lugar en la Biblia Dios le pide al hombre que despida a su concubina. Me refiero a las concubinas que se hayan tomado antes de haber creído en el Señor. Me parece que en la Biblia encontramos suficientes indicaciones sobre cómo desea Dios que tratemos a las concubinas.

Consideremos primero las exigencias de los hombres antes de considerar las exigencias que hace la Biblia al respecto. El pensamiento inmediato del hombre es despedir a todas sus concubinas. Si la concubina no puede ser expulsada, el pensamiento propio de los hombres es que el esposo suspenda sus relaciones sexuales con ella. Este es el concepto humano y, lamentablemente, muchos hermanos y hermanas tienen este concepto. Pero esta no es la revelación divina, sino que en realidad se trata de un concepto pagano.

A. La Biblia no exige que las concubinas sean despedidas

En la Biblia, ningún otro tomó una concubina de peor manera que David. Él no solamente tomó una concubina para sí, sino que al hacerlo, hasta cometió homicidio. Urías murió a causa de su esposa; David sacrificó a Urías para ganar a Betsabé. Salomón nació de Betsabé, y el propio Señor Jesús desciende de ella. El Señor reconoce este hecho en el Nuevo Testamento. El primer capítulo de Mateo menciona cuatro mujeres; entre ellas está incluida Betsabé, y se la nombra como la que había sido mujer de Urías. Tenemos que ser muy claros a este respecto: aquellos que tomaron para sí concubinas, deberán soportar la disciplina de Dios; jamás deben echar fuera a sus concubinas.

¿Por qué la Biblia no exige que se abandone a la concubina? Les ruego que tengan presente que caer en el pecado de fornicación y tomar para sí una concubina, son dos cosas distintas. Si uno roba una Biblia hoy, podrá restituirla con otra Biblia después. Si uno hurta mil dólares hoy,

podrá reembolsar la misma cantidad después. Pero si tomo para mí una concubina, no puedo devolverla.

Algunos hermanos piensan que uno debe deshacerse de todas sus concubinas. Este pensamiento es formulado desde el punto de vista del varón; sin embargo, todos los varones deben saber que, a los ojos de Dios, tomar para sí concubina equivale a cometer adulterio. Por el lado de la concubina, cuando ella se casa con un varón, ella no está casada con dos maridos. El varón está casado a dos mujeres, pero la concubina no está casada a dos maridos. Tenemos que comprender que el Señor jamás exigirá que el hombre se deshaga de su concubina.

Me parece que el principio subyacente a lo sucedido con la madre de Salomón es bastante claro. El Señor envió deliberadamente a Natán el profeta a hablar con David después que este se casó con Betsabé. Todo cuanto el Señor tenía que decir respecto de este asunto, ya fue dicho por medio de Natán, y no es necesario que ninguno de nosotros añada algo a sus palabras. Aun si Natán dejó de decir algo, no sería necesario que ni usted ni yo añadamos una nota a este tema con tres mil años de retraso. Natán le dijo a David que su hijo ciertamente moriría y que juicio vendría sobre él. Otros habrían de cometer fornicación con sus esposas a plena luz del día, y la espada no se apartaría jamás de su casa (2 S. 12:7-14). Natán no le pidió a David que se deshiciera de Betsabé. Si David hubiera hecho esto, ¿qué podría hacer ella? Urías ya estaba muerto. Hay quienes hoy en día no tienen a su Urías, mientras que el Urías de otras está muerto. ¿Qué deberían hacer? Cuando Dios envió Natán a David, Él no le pidió a David que despachara a Betsabé. De hecho, después Dios hizo que ella diera luz a Salomón (v. 24). Dios no hizo que ninguna de las esposas de David diera luz a Salomón. Dios hizo que la concubina de David, Betsabé, concibiera a Salomón. Aún más, en la primera página del Nuevo Testamento se nos dice que: “Y David engendró a Salomón de la *que había sido mujer* de Urías” (Mt. 1:6). El Nuevo Testamento no nos dice que uno puede tomar una concubina para sí, pero tampoco ordena deshacerse de su concubina.

B. No debe disminuir el deber conyugal

Éxodo 21:9-11 especifica que si un amo desposa a una de sus siervas con su hijo, deberá hacer

con ella según la costumbre de las hijas. Y si el hijo después contrajese matrimonio apropiadamente, la sierva permanecerá como su concubina. La disposición divina es clara, pues dice: “No disminuirá su alimento, ni su vestido, ni el deber conyugal”. Si él no cumple con ella en cuanto a estas cosas, ella deberá salir libre y dejará de ser su esclava. Por tanto, si alguno piensa que ya no puede tener relaciones sexuales con su concubina, él no está guardando la ley de Dios. Espero que hayan comprendido esto claramente.

C. Tal persona no podrá desempeñar el cargo de anciano

En el Nuevo Testamento, hay sólo un pasaje que trata el asunto de las concubinas. Al leer la Biblia, nos complace encontrar asuntos que solamente son mencionados una vez. Si un determinado asunto es mencionado dos veces, nos vemos obligados a hacer una comparación. Si dicho asunto es mencionado tres veces o más, tenemos que integrar los diversos pasajes bíblicos antes de poder llegar a una conclusión acerca de lo que Dios enseña al respecto. Por esto, a todos los que estudian la Biblia les encanta encontrarse con disposiciones que aparecen una sola vez, pues así a uno le basta referirse a un solo caso para conocer la voluntad de Dios al respecto. En el Nuevo Testamento hay un solo pasaje, en 1 Timoteo, que sólo indirectamente se refiere al asunto de las concubinas. Allí dice que el que vigila debe ser marido de una sola mujer. Esto significa que ninguna persona que tenga concubina podrá desempeñar el cargo de anciano en la iglesia. Sin embargo, el Nuevo Testamento no dice que tal persona deba deshacerse de su concubina, ni que deba abstenerse de cumplir su deber conyugal.

D. El mejor arreglo es que la concubina sea salva y decida separarse voluntariamente

Si una concubina es salva y no siente el apremio de relaciones sexuales continuas, sería muy bueno si ella estuviese dispuesta a separarse del marido. Pero esto es algo voluntario; no se trata de un mandamiento del Señor ni tampoco de una ordenanza establecida por la iglesia. La iglesia no debe exigir nada al respecto.

Dios únicamente unió a dos personas, y este principio debe ser mantenido. Es obvio que una persona que toma para sí una concubina sufrirá más aflicciones en la carne que aquel que es

monógamo. Naturalmente, el Señor hará que tal persona reciba más disciplina de Su parte.

IX. EL DIVORCIO

La Biblia habla del divorcio, pero el divorcio es autorizado por las Escrituras únicamente bajo una condición. Entre las naciones de este mundo existen muchísimas ordenanzas con respecto al divorcio. Algunos países tienen hasta más de veinte distintos reglamentos para casos de divorcio. Los chinos también tienen muchas ordenanzas al respecto. Por ejemplo, si alguno de los cónyuges tiene problemas mentales, o si surge alguna incompatibilidad, entonces la pareja puede divorciarse. Pero la Biblia únicamente reconoce una condición para el divorcio: el adulterio. Factores tales como la inestabilidad mental de uno de los cónyuges o la separación prolongada, no constituyen razones legítimas para divorciarse. La única razón para permitir un divorcio es la de relaciones sexuales fuera del matrimonio. En Mateo 19 y Lucas 16, el Señor Jesús indica claramente que el divorcio es permitido únicamente si ocurre adulterio.

A. Lo que Dios unió, el hombre no debe separarlo

El divorcio es permitido sólo en el caso de que haya adulterio, debido a que el hombre no debe separar aquello que Dios unió. En otras palabras, el esposo y la esposa, a los ojos de Dios, son una sola persona. Todo divorcio viola esa unidad. ¿Qué es el adulterio? Es la destrucción de tal unidad. Si usted tiene relaciones sexuales con una persona que no es su esposa o su esposo, ha cometido adulterio y ha violado la unidad de su matrimonio. Es posible que un esposo o una esposa se ausenten por varios años, o uno de los cónyuges puede sufrir desequilibrios mentales; incluso puede haber hostilidad psicológica, y puede ser que muchos otros factores estén presentes; pero si uno de los cónyuges se aparta y se casa con otra persona, estará quebrantando la unidad del matrimonio y habrá cometido, de hecho, adulterio.

B. Es permitido separarse únicamente cuando la unidad del matrimonio ha sido quebrantada

Se permite el divorcio cuando ha habido adulterio, debido a que la unidad ya ha sido

quebrantada. Inicialmente, la esposa era una sola entidad con su esposo. Si su esposo comete adulterio, ella es libre. Cuando había unidad, ella tenía que preservar dicha unidad. Ahora que la unidad ha sido quebrantada, la esposa es libre. Por tanto, el adulterio es la única condición para el divorcio. Una esposa puede dejar a su esposo si este ha cometido adulterio. Si una hermana descubre a su esposo cometiendo adulterio, o si su esposo toma a otra mujer, entonces ella puede divorciarse de su esposo, y la iglesia no puede impedírselo. Ella puede divorciarse de su esposo y puede volverse a casar. Todo lo que destruya la unidad es pecado. Una persona puede dejar a su esposo o esposa únicamente si ha habido adulterio, porque el adulterio ha destruido la unidad. El divorcio no es sino una declaración pública de que la unidad que existía entre esposo y esposa se ha desvanecido. Puesto que la unidad ya no existe, el otro cónyuge es libre para volverse a casar.

El capítulo 19 de Mateo y el capítulo 16 de Lucas son dos pasajes bíblicos muy claros al respecto, y tenemos que prestarles mucha atención. El divorcio se basa en el adulterio cometido por el otro cónyuge. El adulterio quebranta la unidad que inicialmente existía entre el esposo y la esposa; los dos ya no son uno, sino que han vuelto a ser dos. Por tanto, pueden divorciarse porque ya no hay unidad entre ellos. De hecho, el divorcio ya ocurrió cuando uno de los cónyuges cometió adulterio, no cuando se iniciaron los trámites de divorcio. Estos trámites sólo son un proceso. El matrimonio se inicia con una declaración de unidad; un divorcio es una declaración de que tal unidad dejó de existir. Es por esto que el divorcio es permitido donde hay adulterio. Un divorcio que no esté basado en adulterio significa que ambos cónyuges están cometiendo adulterio al divorciarse. Ellos no pueden divorciarse pese a que no se puedan llevar bien. Una vez que se divorcian, han cometido adulterio. Si la unidad no ha sido quebrantada todavía, y uno de ellos procura volverse a casar, él o ella en realidad estará cometiendo adulterio. Únicamente cuando tal unidad ha dejado de existir, podrá permitirse que una persona se vuelva a casar.

Tenemos que conocer qué es el matrimonio. El matrimonio significa unidad; significa que dos personas han dejado de ser dos y ahora son una sola carne. El adulterio destruye esta unidad,

mientras que el divorcio sólo es un anuncio de que tal unidad ha dejado de existir. Hoy, si la unidad que existía entre dos personas ha sido destruida, se justifica volverse a casar. Pero supongamos que aún se conserve la unidad, solo que ambos cónyuges riñen encarnizadamente, no se llevan bien y hasta se amenazan mutuamente con el divorcio. Lo más probable es que este mundo y las leyes civiles les permitan divorciarse. Pero a los ojos de Dios, los dos no pueden divorciarse. Si lo hacen, en realidad han cometido adulterio. El divorcio es permitido únicamente donde ha ocurrido el adulterio. Tenemos que comprender que nadie puede separar lo que Dios unió. Puesto que ya existe una unión, uno jamás debe tratar de quebrantarla por ninguna razón.

X. LAS VIUDAS

La Biblia permite que las viudas y los viudos se vuelvan a casar por la misma razón. El matrimonio es algo que dura hasta la muerte. En la resurrección, no existirán relaciones matrimoniales. En la resurrección, los hombres ni se casarán ni se darán en casamiento (Mt. 22:30). Casarse y darse en casamiento son cosas de este mundo. Los ángeles ni se casan ni se dan en casamiento. Asimismo, los hombres resucitados no se casan ni se dan en casamiento. El matrimonio es un asunto que corresponde a esta era, no a la era venidera. Por tanto, el matrimonio termina con la muerte. Después que el cónyuge de uno ha fallecido, uno puede permanecer sin casarse por causa del afecto compartido, pero la Biblia no hace ninguna prohibición que impida que él o ella se casen con otra persona.

Consideren la enseñanza contenida en Romanos 7, que afirma que todo cristiano es una persona que se ha vuelto a casar. Por medio de la muerte y resurrección de Cristo, nosotros nos volvimos a casar. Este capítulo del libro de Romanos nos dice que la esposa está ligada por la ley a su marido mientras este vive. Después que su esposo muere, la esposa puede casarse con otro varón. Cualquier mujer que se casa con otro hombre mientras su marido vive, es adúltera. Por ende, si todavía no hemos muerto a la ley, o si somos adventistas del séptimo día y, aun así, nos hemos casado con Cristo, todos nosotros seríamos adúlteras. Damos gracias a Dios que tenemos solamente un esposo. Los adventistas del séptimo día tienen dos maridos. Romanos 7 nos dice que no podemos pertenecer a Cristo mientras que la ley aún

viva; si hubiésemos pertenecido a Cristo en ese entonces, hubiésemos sido adúlteros. Nosotros estábamos inicialmente casados con la ley y pertenecíamos a la ley; sin embargo, se nos ha hecho morir por medio de Cristo. Hoy en día, cuando nos volvemos a Cristo, ya no somos adúlteros. Romanos 7 nos dice que una esposa está ligada a su marido hasta que él muera. Después que su marido muere, ella es libre. Es incorrecto que en la iglesia alguno piense que las viudas no deben volverse a casar. Este es un concepto pagano.

Es correcto que una viuda quiera permanecer soltera como virgen. Pablo dijo: "Bueno les fuera quedarse como yo" (1 Co. 7:8). Vivir solo y mantener su virginidad por causa del servicio al Señor es correcto, pero permanecer sin casarse por causa de las críticas y la presión de la sociedad es incorrecto. Espero que este concepto sea eliminado de la iglesia.

Pablo le dijo a Timoteo: "Quiero, pues, que las *viudas* jóvenes se casen" (1 Ti. 5:14). Lo mismo se aplica a los viudos. Entonces, la cuestión es si uno tiene o no la necesidad de casarse. Algunos tienen una necesidad fisiológica; otros tienen una necesidad psicológica, pues se sentirían muy solos si no se casaran nuevamente. Algunos tienen una necesidad a causa de su familia. Es correcto que un hermano o hermana se vuelva a casar después que su cónyuge ha fallecido. Ningún cristiano debe criticar a otro por esta causa. Tenemos que erradicar todo concepto pagano de nuestras mentes.

XI. COMETER PECADO

En la Biblia, Dios reconoce la validez del sexo. No hay, pues, nada malo con tener conciencia del sexo o con el sexo mismo. Estar conscientes del sexo no constituye pecado; más bien, es algo santo. Sin embargo, esto es cierto únicamente dentro del contexto del matrimonio. En el matrimonio, el sexo es algo bueno y santo, pero cualquier conciencia del sexo o cualquier actividad sexual fuera de los límites de tal unión constituye pecado. ¿Se ha percatado usted de la diferencia? ¿Qué cosa es pecado? El sexo fuera del matrimonio es pecado. ¿Por qué? Porque el sexo fuera del matrimonio quebranta la unidad matrimonial. Por tanto, el sexo es pecado sólo cuando destruye tal unidad. El sexo no tiene nada que ver con el pecado, cuando se trata solo del sexo. El sexo en sí mismo no constituye pecado. Tenemos que ver esto claramente delante del Señor.

En Mateo 5:28 el Señor Jesús dijo: "Pero Yo os digo que todo el que mira a una mujer para codiciarla, ya adulteró con ella en su corazón". Aquí, la palabra *mira* implica el uso de nuestra voluntad. No es simplemente mirar una mujer, sino observarla. Ver es un acto pasivo, mientras que observar es una acción deliberada. "Mira" está seguida de la frase "para codiciarla". Así que no se trata de un pensamiento de codicia que cruza fugazmente por nuestra mente al ver a una mujer, sino que se trata de mirar a una mujer con el propósito de codiciarla. La codicia surge primero, y después el acto deliberado de mirar a una mujer con dicho fin. Se trata, pues, de la segunda mirada, no de la primera. La primera vez es una mirada al azar a una mujer en la calle, mientras que la segunda vez, nosotros decidimos mirarla. Entre la primera mirada y la segunda ha surgido un pensamiento codicioso y, por ello, la segunda mirada es con el propósito de satisfacer dicha codicia. La segunda mirada es ya el tercer paso en dicho proceso. En este versículo, el Señor Jesús no se estaba refiriendo a la primera mirada, sino a aquella mirada que constituye el tercer paso. Cuando algunos ven a una mujer en la calle, no pueden controlarse y la codician. Satanás introduce entonces pensamientos de lascivia en tal persona, y ella decide mirar una segunda vez, lo cual constituye pecado. Así pues, entretener pensamientos lascivos y mirar a alguien una segunda vez es pecado.

Mateo 5 dice que cualquiera que mira a una mujer con el propósito de codiciarla, ya ha cometido adulterio con ella en su corazón. El Señor Jesús no se refiere a la primera mirada. Nos equivocamos si sacamos a colación esta primera mirada en el marco de esta discusión. Supongamos que, accidentalmente, una mujer en la calle llama mi atención. Entonces, Satanás probablemente haga surgir en mí pensamientos de lascivia. Si rechazo tales pensamientos, allí quedó todo, pero si me vuelvo para mirarla una segunda vez, esto constituye pecado. Por favor, no se olviden que el estar conscientes del sexo en sí no es pecaminoso; para que se convierta en pecado es necesario el consentimiento de nuestra voluntad. Si tal consentimiento ocurre fuera del contexto matrimonial, entonces atentamos contra la unidad matrimonial por medio de nuestra voluntad. Es pecado destruir tal unidad con nuestro comportamiento y, a los ojos de Dios, también es pecado destruir tal unidad por medio de nuestra voluntad.

En el Antiguo Testamento, solamente se habla del adulterio como pecado; no se hace mención de la fornicación como pecado. El Antiguo Testamento sólo prohíbe expresamente el adulterio, debido a que, en aquel entonces, los hombres todavía no se conocían lo suficiente a sí mismos. ¿Qué es el adulterio? El adulterio es un pecado cometido por aquellos que están casados. ¿Qué es la fornicación? La fornicación es el pecado cometido por aquellos que todavía no se han casado. El acto es el mismo, pero el pecado no es el mismo. Podemos decir que una ramera no comete adulterio, sino fornicación, porque no está casada. Tenemos que darnos cuenta que Dios no desea que el hombre cometa fornicación. El Antiguo Testamento habla únicamente del pecado cometido por aquellos que estaban casados; no hace referencia a quienes todavía no se habían casado. Esto no quiere decir que no haya ocurrido fornicación en los tiempos del Antiguo Testamento, sino que simplemente allí todavía no se encuentra tal expresión. Aquí vemos que el acto que destruye la unidad, el adulterio, es pecado. Sin embargo, el acto que no destruye dicha unidad, la fornicación, también es pecado.

Debemos comprender que el adulterio es pecado y que la fornicación también es pecado. Destruir la unidad de los cónyuges es pecado. La fornicación, la cual ocurre entre aquellos que no están casados y que, aparentemente, no destruye la unidad matrimonial, también es pecado. Los cristianos no deben cometer adulterio ni tampoco deben cometer fornicación. Tenemos que comprender que el sexo es santo y que el estar conscientes del sexo no es pecado. Pero si usted está casado y tiene sexo fuera del matrimonio, esto constituye adulterio. Si usted no está casado pero tiene relaciones sexuales, esto constituye fornicación. Como creyentes, jamás debemos cometer adulterio ni fornicación.

LA ELECCIÓN DEL CÓNYUGE

Lectura bíblica: Gn. 2:18

I. LO IMPORTANTE QUE ES LA ELECCIÓN DEL CÓNYUGE

Cuando Dios creó al hombre, Él consideró que Adán era una mitad y Eva la otra mitad. El varón no era un hombre completo hasta que ambas mitades fueron reunidas. Así pues, todos

necesitamos casarnos. Las únicas excepciones son aquellas personas que han recibido el don de Dios para mantenerse vírgenes. La gran mayoría de los maestros de la Biblia están de acuerdo en que, cuando los hijos de Dios buscan su cónyuge, en realidad, buscan su otra mitad. Dios lo creó a usted como una mitad y Él ha creado, además, otra mitad para usted. Usted tiene que encontrar la otra mitad a fin de ser una persona completa. Así pues, buscar pareja significa buscar ser completo. Las dos mitades son inútiles si permanecen como tales. Usted tiene que encontrar su otra mitad. Si ambas mitades se juntan, pero todavía permanecen dos mitades, entonces hay algo errado en tal matrimonio. Creemos firmemente que aquello que Dios unió, no debe ser separado (Mt. 19:6). Es por ello que debemos encontrar el complemento que Dios tiene para nosotros.

El matrimonio entre nuestros jóvenes es un asunto que tiene mucho que ver con la iglesia; por tanto, los hermanos y hermanas maduros no deben ignorar este asunto. Tenemos que reconocer su importancia y ayudar a los jóvenes a hacer la elección correcta. Si ellos no hacen la elección correcta en cuanto a su matrimonio, y algo sucede después en el curso de sus vidas, sus problemas familiares se convertirán en los problemas de la iglesia. Esto pondrá una carga muy pesada sobre la iglesia.

Esperamos que los hermanos y hermanas jóvenes abran sus corazones al Señor con respecto al asunto del matrimonio. Deben abandonar todo prejuicio y considerar este asunto con calma; eviten todo subjetivismo y procuren abordar este asunto de la manera más objetiva posible. Si son demasiado subjetivos, su corazón y su mente estarán demasiado férvidos como para poder considerar todos los factores con sobriedad y claridad. No se dejen inquietar por sus emociones y no hagan nada apresuradamente. Jamás se olviden que, por ser cristianos, una vez que ustedes resuelvan casarse con alguien, estarán tomando una decisión irreversible. La gente de este mundo puede "entrar" y "salir" del matrimonio con facilidad, pero ustedes no. Por esto, deberán considerarlo cuidadosamente antes de entrar en el matrimonio.

Permítanme mencionarles algunos factores básicos que afectan el matrimonio. Me gustaría que los hermanos y las hermanas jóvenes

consideren estos factores con la debida calma y los tomen en cuenta uno por uno. No basta con mirarlos a la ligera.

II. LOS FACTORES QUE AFECTAN LA ELECCIÓN DEL CÓNYUGE

A. La atracción natural

A Jacob le fue más fácil casarse con Raquel que con Lea. Jamás debiéramos menospreciar el rol que cumple la atracción natural en el matrimonio. Nunca me atrevería a decir que se puede elegir a cualquiera como cónyuge con tal que sea un hermano o hermana. La atracción natural no se relaciona con si es un hermano o hermana en el Señor. Pero si dos personas se casan, ellas tienen que sopesar todos los factores que forman parte de una relación matrimonial. Uno de estos factores básicos es la atracción mutua que debe existir entre ellos.

El Dr. Bevan, de la "Alianza Cristiana y Misionera", acuñó una expresión muy apropiada al respecto; él dijo: "La atracción mutua constituye la expresión más elevada del amor". Este gran siervo del Señor dijo también: "Cuando el Señor te convierte en hermano o hermana de todos los creyentes, esto no tiene nada que ver con la atracción, pero cuando Él te dice que te cases con cierta persona, la atracción entra en juego".

Incluso Pablo mismo no ignoró este aspecto en 1 Corintios 7. Él dijo que si uno piensa que debe casarse y desea hacerlo, debe casarse. Esto nos muestra que el matrimonio tiene que ser producto de nuestra propia voluntad. Uno tiene que sentir que desea hacerlo. La atracción natural es un requisito previo para lograr un matrimonio exitoso. Por supuesto, nadie necesita enseñar esto, puesto que nuestros jóvenes ya lo saben. Ellos ciertamente son conscientes del papel que juega la atracción natural en el matrimonio. Nosotros queremos mencionar esto simplemente para que ellos vean que los hermanos más maduros en el Señor reconocen tanto la existencia de este factor como su legitimidad. Cualquier matrimonio en el que la atracción natural esté ausente no marchará bien. Tales matrimonios son uniones a regañadientes.

Si usted quiere a alguien como cónyuge, tiene que desear estar con él (o ella) y tiene que disfrutar su compañía. No se trata de que usted pueda tolerar su presencia, sino de que usted

debe disfrutar de su compañía. Hay seguramente mucha gente cuya presencia usted tolera, pero de cuya compañía usted no necesariamente disfruta. Si usted desea casarse con alguien, tiene que ser alguien cuya compañía usted aprecie y valore mucho. Tiene que sentirse feliz de poder estar con tal persona. Si usted no disfruta de su compañía ni puede deleitarse en ello, entonces no debe casarse con tal persona, porque le falta un factor básico para el matrimonio. El deleitarse en la compañía de alguien no debiera ser algo efímero; tiene que ser un sentimiento perdurable. Usted deberá tener la certeza de que treinta o cincuenta años después, la compañía de su cónyuge seguirá siendo un deleite para usted. Este disfrute no debiera cesar después de tres o cinco días. Esta clase de atracción es uno de los requisitos fundamentales para un buen matrimonio.

B. La salud física

En segundo lugar, tenemos que tomar en cuenta nuestra salud. Es verdad que un gran amor supera cualquier debilidad física. Incluso sabemos que algunas personas se casan a fin de atender a una persona con cierto impedimento físico. Por ejemplo, en Inglaterra conocí a un hermano que se quería casar con una hermana debido a que ella era ciega. Hay muchos casos así en la historia de la iglesia. Donde el amor es grande, las debilidades físicas son superadas.

No obstante, tenemos que comprender que, en circunstancias normales, no todos tenemos tan grande amor. Normalmente, las debilidades físicas pueden convertirse en factores perjudiciales que atentan contra el éxito de una relación matrimonial. A medida que las debilidades físicas de uno de los cónyuges se agudizan, la necesidad de que el otro cónyuge se sacrifique también se hace más aguda y esto, espontáneamente, redunda en la posibilidad de que este matrimonio fracase.

Hay dos actitudes posibles que se pueden suscitar en el caso de una persona que es casada y sufre de algún tipo de incapacidad física, y que recibe cuidados especiales de parte de su pareja. Tal persona puede ser muy egoísta o puede ser excesivamente conciente de sí misma. Una persona egoísta solamente recibe, nunca da. Solamente toma, pero nunca gasta. Si el cónyuge minusválido es egoísta y siempre está pensando en sus propias necesidades, después de algún tiempo tal egoísmo será

evidente para su pareja. Entonces el cónyuge de tal persona tenderá a menospreciarla y llegará a pensar: “Mi esposo (o mi esposa) es demasiado egoísta. Él (o ella) piensa solamente en sí mismo(a) y no en los demás”. En tales casos, uno de los cónyuges comenzará a menospreciar a su otra mitad.

Quizás tal persona no sea egoísta, pero sea excesivamente conciente de sí misma. Esto también causará un problema. Si una persona es así, se sentirá culpable por ser el objeto del servicio constante y de los sacrificios de su cónyuge. Le será muy difícil recibir tales servicios y cuidados especiales. Por esto, en circunstancias normales, la enfermedad de uno de los cónyuges afecta el éxito del matrimonio.

Consideremos ahora el lado del cónyuge que provee los cuidados. También son posibles dos actitudes distintas. Tal persona o está dispuesta a sacrificarse o está dispuesta a sacrificarse pero con ciertas limitaciones. La paciencia de los hombres se agota fácilmente; tiene un límite, y cuando la paciencia se agote, los problemas estallarán en el hogar. Algunas veces, quizás no se trate de que la paciencia de uno de los cónyuges se agotó, sino que este no está dispuesto a sacrificarse. Habrá ocasiones en que uno de los cónyuges descubrirá que el otro es muy egoísta y probablemente comience a menospreciarlo por ello, pero si el otro es excesivamente conciente de sí mismo, se generará en él un abrumador sentimiento de deuda. Esto es como prestarle dinero a otro. Si el que se presta el dinero es egoísta, no cesará de pedir prestado, pero si él es excesivamente conciente de sí mismo, de cualquier forma, al prestarle dinero, sólo conseguiremos que se sienta peor. Quisiera que ustedes tomen esto en cuenta. Si bien tales problemas de salud no constituyen problemas insuperables, tarde o temprano serán un problema serio para la familia. Puede ser que las dolencias o limitaciones físicas de uno de los cónyuges no sean un problema en el momento del matrimonio, pero ciertamente se convertirán en un problema después.

Conozco un hermano que padece una severa enfermedad y cuya esposa tiene que trabajar para sostener a la familia. La esposa trabaja durante el día y hace las tareas del hogar cuando llega a casa por la noche. Semejante situación no puede durar por mucho tiempo. Quizás la esposa trabaje por uno o dos meses,

pero ella no podrá seguir así por siempre. En condiciones normales, nadie puede asumir más responsabilidades que las que es capaz de soportar.

Me parece que un hombre y una mujer deben gozar de un nivel parecido de salud para que un matrimonio tenga éxito. No es posible tener un matrimonio en el que uno de los cónyuges sea muy saludable, y el otro padezca alguna enfermedad o limitación muy grave. De otro modo, le será muy difícil a la pareja proseguir cuando tengan que enfrentar pruebas particularmente severas. Uno tiene que darle la debida importancia a la salud de la otra persona cuando se trata de escoger un cónyuge.

C. El factor hereditario

Debemos considerar el matrimonio como un cometido a largo plazo. Como tal, el asunto de la herencia debe ser considerado. Uno debe considerar tanto la salud de su cónyuge como también la de sus progenitores.

El factor hereditario es un factor relevante no solamente en el campo de la salud, sino también es algo que menciona la Biblia. La ley de Dios afirma que nuestro Dios es un Dios celoso. Dios castigará la iniquidad de los que le odian, hasta la tercera y cuarta generación. Dios también se mostrará misericordioso hasta la milésima generación con aquellos que le aman y guardan Sus mandamientos. Son muchos los que llevan vidas de disipación y rebeldía en su juventud debido a que sus padres o abuelos sembraron a los vientos. La Biblia dice que aquellos que —al llevar vidas disipadas— sembraron vientos, cosecharán torbellinos. Quizás ellos mismos hayan sido perdonados, sean salvos y un día hayan recibido una nueva vida; mas no todos los que califican para ser salvos califican para el matrimonio. Quizás el Señor haya perdonado sus pecados y su conducta pasada, y los haya salvado, pero si ellos se casan y tienen hijos, es probable que su descendencia no se salve tan fácilmente. Ellos transmitirán su simiente maligna a su descendencia, pero no podrán transmitirles su regeneración. Ellos únicamente pueden sembrar la simiente de pecado, mas no la que corresponde a la vida de Dios; ellos no podrán transmitir su regeneración a sus hijos.

En muchas ocasiones, cuando tales personas engendran hijos, la siguiente generación cae en

pecados serios y transgresiones muy graves, lo cual causa mucha tristeza a sus padres. No estoy diciendo que esto ocurrirá durante sus primeros años de matrimonio, sino que cuando sus hijos sean mayores, les causarán muchos dolores. Algunos se preguntan cómo es posible que personas tan espirituales hayan dado a luz la clase de hijos que tienen. Quizás usted se pregunte por qué tal hermana tiene una hija tan indisciplinada. Deben darse cuenta que existe la ley de la herencia. En muchos casos, la segunda y tercera generación hereda la simiente maligna de la primera generación. Si uno siembra vientos, cosechará torbellino. Su segunda generación cosechará lo que usted haya sembrado. Por un lado, esta clase de siembra le dará a la iglesia pecador difícil con el que trabajar y, por otro, le dará a usted un hijo rebelde en su familia. Así pues, esto habrá de representar un problema bastante serio para todos.

¿Qué debemos hacer si hay personas que ya están casadas y ahora se enfrentan algún problema a causa de su herencia? Tales personas tienen que rogar que Dios les conceda misericordia y que puedan ser librados de la disciplina del gobierno de Dios. Todo esto se relaciona con la disciplina procedente del gobierno de Dios, así como con lo que Dios ha dispuesto. Por ello, tales personas deberán rogar en oración ser libradas de la disciplina procedente del gobierno de Dios y que Dios los guarde de tan severas consecuencias.

Los jóvenes, tanto los hermanos como las hermanas, deberán darle la importancia debida al rol que juega el factor hereditario en la otra persona, pues esto estará directamente vinculado con su vivir el resto de sus días.

D. La familia

En cuarto lugar, uno tiene que tomar en cuenta la familia de la otra persona. En el occidente circula una expresión muy popular que dice: “Me estoy casando con fulanita, no con su familia”. Pero les ruego que nunca se olviden que esto no es posible. Cuando alguno se casa con alguien, tal compromiso incluye a toda la familia del otro. Cuando alguien se casa con una muchacha, la familia de ella viene junto con ella. Cuando alguien se casa, toda la familia del otro viene también, porque en mayor o menor medida toda persona forma parte de su propia familia. Entonces, todo lo que usted tiene que hacer, es ver si la familia de la otra

persona posee principios morales elevados o una escala de valores lo suficientemente alto. ¿Qué punto de vista manifiestan en diversos asuntos? ¿Aplican normas estrictas para todo cuanto hacen? ¿Cómo tratan los varones a las mujeres en esa familia? ¿Cómo tratan las mujeres a los varones? Simplemente consideren estos asuntos un poco y les bastará para conocer qué futuro familiar les aguarda.

Un joven ha estado en el seno de su familia por diez o veinte años. Quizás él o ella no esté conforme con su familia pero una vez que se case, sin que tal persona se percate, los rasgos característicos y la manera de actuar de su familia saldrán a la superficie. Tarde o temprano, estos rasgos distintivos se manifestarán. No me atrevería a decir que así sucederá con diez de cada diez casos, pero sí me atrevería a afirmar que así sucederá con siete u ocho de cada diez casos. Si bien tales rasgos característicos quizás no salgan a la superficie de una sola vez, lo cierto es que, poco a poco, la familia de la otra persona se infiltrará en la suya propia.

Si en una familia el padre es demasiado estricto con sus hijos, estos no serán muy afectuosos. Los hijos de familias excesivamente severas con frecuencia les falta cariño. Si en una familia hay calor de hogar y los padres rebosan de afecto por sus hijos, ellos espontáneamente se desarrollarán como personas amables y fáciles de tratar. Si en una familia tanto el padre como la madre son personas muy severas, sus hijos serán personas introspectivas y hurañas. Está bien si usted quiere elegir a su esposo de esa familia, pero no espere conseguir un esposo afectuoso. Y si usted elige a una hija de esa familia, ella será una persona en la que prevalecerá la introspección y la timidez. Si una familia posee ciertas características, siete u ocho de cada diez hijos tendrán tales características. Las características propias de una familia siempre salen a flote en la segunda generación.

Por esto algunos dicen: “Si quieres casarte con la hija, observa bien a la madre”. Quizás estas palabras no sean absolutamente ciertas, pero ciertamente hay algo de verdad en ellas. Por medio de observar la manera en que la madre trata a su esposo, usted sabrá cómo tratará la hija a su esposo en el futuro. La hija ha estado observando a su madre durante más de veinte años, y eso es lo que ella ha aprendido. A diario,

ella ha estado observando la manera en que su madre trata a su padre. ¿Cómo no habría de tratar a su esposo de la misma manera? A ella le será muy difícil no hacer lo mismo. Yo no me atrevería a afirmar que en diez de cada diez casos una hija será igual a su madre, pero sí diría que esto sucederá en siete u ocho de cada diez casos.

Por ejemplo, algunas personas poseen un carácter muy fuerte. Ellas pueden ser muy dóciles cuando usted conversa con ellas, pero se han criado en una familia de temperamentos muy dominantes. Tarde o temprano estos rasgos de autoritarismo volverán a aparecer. Si una familia es bastante unida y en ella no hay muchas disputas ni discusiones, los que procedan de dicha familia serán espontáneamente personas de buen genio y tranquilas. Tales personas difícilmente argüirían con otros o los agredirían. Los nacidos en el seno de una familia así por lo menos considerarán que es equivocado pelear y que es algo serio. Pedirles que peleen sería como pedirles que escalen una montaña. Si un creyente se ha criado en una familia en la que se discute y pelea todos los días, puede ser que tal persona lo trate con suma amabilidad hoy, pero tal amabilidad no es digna de confianza, pues se trata solamente de una máscara temporal. Llegará el día en que tal persona no será muy cuidadosa y todo cuanto aprendió de su familia resurgirá. A dicha persona le será fácil maldecir y pelear; no le cuesta esfuerzo hacerlo, y no habrá nada que usted pueda hacer al respecto.

Así pues, antes que usted decida casarse con alguien, deberá analizar a la familia de la otra persona y decidir si le gusta o no. Si a usted le gusta su familia, entonces casi un setenta u ochenta por ciento del problema estará resuelto. Si usted percibe que algo está mal allí, no espere que su futuro cónyuge vaya a ser la excepción.

Les suplico que no se olviden que las costumbres de una persona, sus hábitos, no es lo mismo que los puntos de vista a los que tal persona se adhiere. Uno puede tener una determinada perspectiva, pero aun así tener hábitos que van en contra de dicha perspectiva. Si en una familia se dan las discusiones, peleas y malos hábitos, tarde o temprano los nacidos en esa familia discutirán y pelearán. No es fácil alterar los hábitos de una persona, cualquiera

que esta sea. Si uno se casa con una hermana, se está casando con toda su familia también. Es por ello que uno debe examinar cuidadosamente a la familia de la otra persona.

E. La edad

En términos generales, las mujeres maduran y envejecen antes que los varones. En un matrimonio, el varón debería ser, por lo general, cinco, seis, siete e incluso ocho años mayor que la mujer. La mujer madura unos cinco años antes que el varón y envejece unos diez años más rápido que él. Esto es verdad en lo concerniente al desarrollo fisiológico.

Por otro lado, en el desarrollo mental de la vida humana, el hombre tiene cierta edad intelectual. Es posible que una persona madure físicamente y aun así permanezca infantil en cuanto a su edad intelectual. Es posible ser viejo en su cuerpo y joven en su mente. Un hombre puede tener un cuerpo de treinta años, pero se conduce como si tuviese veinte en cuanto a su edad mental. En ese sentido, todavía es muy joven. Entre los cristianos, si la madurez mental de un hermano es mayor que la de la hermana, es posible que no sea motivo de preocupación que el hermano sea más joven que la hermana.

La cuestión es si uno le da mayor importancia a la edad física o a la edad mental de las personas. Si la edad física es lo más importante, es mejor que el hermano sea mayor que la hermana. Si la madurez mental es lo más importante, podría estar bien que una hermana sea mayor que el hermano con el que se va a casar. Esto es algo que nosotros no podemos decidir en lugar de la pareja; ellos mismos son los que tienen que considerarlo. Algunos le dan más importancia al aspecto físico y otros al aspecto psicológico o intelectual. No existe una norma determinada con respecto a la edad de los cónyuges.

F. La compatibilidad de personalidades, metas e intereses

Los cinco factores anteriores están relacionados con el aspecto fisiológico de la vida humana. Ahora, quisiéramos hablar acerca del aspecto psicológico. En otras palabras, queremos abordar la cuestión de la personalidad del cónyuge.

Para que un matrimonio sea un matrimonio saludable, no solamente debe haber una

atracción natural mutua, sino también compatibilidad y armonía en cuanto a sus personalidades. Podemos decir también que debe existir compatibilidad en cuanto a intereses y gustos. Si en un matrimonio no hay compatibilidad en cuanto a sus personalidades e intereses, tarde o temprano dejará de haber paz en esa familia, y ambos cónyuges sufrirán. Un nuevo creyente tiene que comprender que la atracción natural es algo temporal, pero que la compatibilidad de carácter es algo que perdura.

Entre los incrédulos, la clase de amor que se describe en las novelas románticas está siempre en la esfera de la atracción natural. Pero esta no es la clase de amor de la que se habla en la Biblia. El amor ciertamente incluye la atracción natural, pero la atracción natural puede que no sea amor. En el amor, tiene que haber atracción natural, y además, tiene que haber compatibilidad de personalidades. Hay dos condiciones básicas, o mejor dicho, dos ingredientes fundamentales para el amor: un ingrediente es la atracción natural, y el otro es la compatibilidad o similitud de personalidades e intereses.

Quizás usted se sienta atraído hacia alguien por causa de su apariencia externa, pero tal vez a usted no le va a gustar dicha persona debido a que no se conduce conforme a sus gustos. Tal vez a esa persona no le guste lo que a usted le gusta, y quizás a usted le disguste lo que a ella le gusta. Esto simplemente es indicio de que existe una incompatibilidad de personalidades.

1. Afectuoso versus frío

Puede ser que un esposo, o una esposa, sea una persona muy afectuosa en su vida familiar, y que a él, o a ella, le guste mucho la gente y sea generoso con ellos, o esté dispuesto a hacer lo necesario a fin de recibir afectuosamente a otros en su hogar. Pero tal vez su cónyuge sea más bien frío e indiferente hacia los demás. No es que este cónyuge carezca de todo afecto, pero ciertamente no manifiesta un afecto tan intenso como la otra persona. De inmediato, podemos percatarnos que hay un problema con las personalidades. Supongamos que usted es una persona muy afectuosa con los demás y suele ser generosa y cálida con los demás. Y suponga que se casa con un esposo que también es muy cariñoso y afectuoso con la gente. Entonces ustedes dos compartirán un gran interés por conocer otras personas y la vida les parecerá muy sencilla. Siempre que ustedes giren hacia

el oeste, se encontrarán con que la marea también fluye hacia el oeste; siempre se encontrarán avanzando en la misma dirección en que la marea fluye. Pero si su cónyuge es indiferente y frígido hacia los demás, él irá en una dirección, mientras que usted irá en otra. Usted sentirá que lo está tolerando, y él sentirá que es él quien la tolera a usted. Así, cuando usted se comporte de cierto modo, él pensará que actuar así es excesivo y que la está tolerando a usted demasiado. Y cuando él se comporte de cierto modo, usted pensará que él es demasiado mezquino y que, ahora, es usted quien lo está tolerando. Esto no es nada bueno.

2. Amable versus hosco

Algunos no sólo son afectuosos sino también amables. Tales personas no quieren herir ni ofender a nadie y siempre son consideradas con los demás. Si uno elige un esposo o esposa que sea igualmente amable y considerado con los demás, que es feliz si no tiene que herir el amor propio de otros y que jamás quisiera avergonzar a nadie, entonces él o ella estará siempre contento y será optimista. Cuando se mueva en cierta dirección, parecerá que la marea siempre fluye en la misma dirección. La vida le parecerá sencilla. Pero supongamos que la otra persona sea totalmente distinta a uno. Supongamos que ella siempre va en otra dirección y es una persona áspera y exigente para con todo y con todos. Entonces, uno encontrará muchos problemas en su matrimonio. A veces, una persona no sólo es bondadosa con la gente sino incluso con los gatos y los perros. Si uno toma como cónyuge a una persona que siempre está golpeando a los perros y a los gatos, enfrentará muchos problemas. Algunas personas son amables con las personas tanto como lo son con sus cosas; pero otras son insensibles a todo, no solamente hacia sus mascotas, sino también hacia sus prójimos. Es un problema bastante serio que dos personas de personalidades opuestas tengan que vivir juntas. Es muy difícil esforzarse por ir en una dirección, cuando el otro toma la dirección opuesta.

3. Generoso versus mezquino

Consideren otro ejemplo. Un hermano puede ser muy generoso con las personas y estar dispuesto a regalar cualquiera de sus posesiones. Si un hermano o hermana lo visita, esta persona sacará todo lo que tiene para compartirlo. Pero supongamos que tal persona

toma como esposa a una hermana que se encoge de horror cada vez que alguien viene a comer a su casa y que le preocupa que los demás vayan a consumir todo cuanto tiene. Es de esperarse que surjan dificultades en tal matrimonio. No se trata de un fracaso de orden moral, sino que se trata de un problema de personalidades. Ciertas personas tienen una personalidad tal que cada vez que tienen que compartir un poco de comida con otros, se encogen de horror ante tal posibilidad. Cuando sus invitados vienen, tales personas deliberadamente sirven aquello que es inferior en calidad y se reservan para sí lo que es de mejor calidad. Obviamente, este no es un problema de orden moral, sino un problema que atañe a la personalidad. Tales personas siempre han de manifestar esa tendencia. Si un individuo generoso se casa con una esposa a quien le gusta regalar sus cosas tanto como a él, dicho individuo sentirá que siempre navega a favor de la corriente y será muy feliz. Pero si existe alguna incompatibilidad de personalidades, ambas partes estarán esforzándose por avanzar en direcciones opuestas y discutirán airadamente todo el tiempo. Esto llegará a constituir un problema muy serio.

4. Sincero versus cauteloso

Algunas personas son muy sinceras por naturaleza. Tales personas no solamente son francas, sino que gustan de ser personas muy abiertas. Otras personas son cautelosas por naturaleza. No solamente son cautelosas ellas mismas, sino que además quieren que las demás personas sean cautelosas y reservadas. Si se juntan estas dos clases de personas, surgirán muchos problemas. Les ruego que no se olviden que no hay nada de malo en ser una persona franca, como tampoco hay nada de malo en ser una persona cautelosa. No se trata de un problema moral, sino de un conflicto de personalidades. Aquí hay una persona que es cautelosa, callada e introspectiva. Al lado de ella está otra persona que es franca y abierta en todo aspecto. La persona cautelosa no debiera criticar a la persona más abierta; ni tampoco la persona que es franca debe criticar a la persona cautelosa. Ambas son personas maravillosas. A uno le encanta ser franco, mientras que al otro le encanta ser cauteloso. La persona franca piensa que la otra persona es demasiado lenta, mientras que a la persona cautelosa le parece que la otra persona se mueve demasiado rápido. Como resultado, ambas personas

sufren. Si una persona franca se encuentra con otra persona igualmente sincera, ambas proseguirán en armonía. Si una persona cautelosa conoce a otra persona cautelosa, ellas también se llevarán muy bien.

5. Reflexivo versus impulsivo

Algunas personas son muy prudentes y reflexivas; les gusta sopesar todo muy cuidadosamente y examinar cada detalle exhaustivamente. Pero otras personas son muy impulsivas en todo cuanto hacen. Esta clase de persona suele actuar primero y sólo después piensa en lo que hizo o consulta con otros al respecto. Nuevamente, esta no es una cuestión moral, sino que es algo relativo a la personalidad del individuo. Una persona reflexiva no debiera criticar a las personas impulsivas; en lugar de ello, debiera procurarse una esposa que sea reflexiva y prudente como él. Uno impulsivo debe conseguirse una mujer impulsiva. De este modo, ambos vivirán en paz. Si una persona reflexiva se casa con una persona impulsiva, esto creará un problema bastante significativo, pues ambos se esforzarán por ir en direcciones opuestas.

6. Exacto al hablar versus descuidado en sus palabras

Algunas personas suelen ser muy exactas en lo que dicen. Son personas tan exactas que su exactitud aterroriza a los demás. Cada palabra que pronuncian tiene que ser exactamente correcta. Otras personas, en cambio, quizás no sean imprecisas deliberadamente, pero no son tan cuidadosas en cuanto a las palabras que emplean. Nuevamente, no es un asunto de moralidad, sino de personalidad. Si juntamos estas dos clases de personas, probablemente uno critique al otro por decir mentiras, mientras que el otro afirme que es mejor callarse que tener que hablar como lo hace el otro. Para ser justos, si toda palabra tiene que ser tan precisa, quizás no se podrían pronunciar más de veinte frases al día en todo el mundo. Así pues, ustedes pueden comprobar a través de esto que la incompatibilidad de personalidades es verdaderamente un gran problema.

7. Activo versus tranquilo

Tomemos otro ejemplo. Algunas personas están llenas de energía, mientras que otras son muy tranquilas. Ambas están en lo correcto, puesto que no es una cuestión moral. Pero cuando una persona muy activa se casa con otra muy

pasiva, aun cuando ambas sean hermano y hermana, sin duda esto puede producir problemas para dicho matrimonio. Tarde o temprano, tal conflicto de personalidades se convertirá en un problema de orden moral. Un cónyuge magnificará los rasgos peculiares del otro cónyuge. El esposo que es muy tranquilo sentirá que su esposa es demasiado extrovertida. Y la esposa que es muy activa, a su vez, sentirá que se ha casado con un hombre insensible. Así, surgirá un gran problema en el seno de esta familia. Yo conozco alguien a quien le encanta quedarse en casa, pero que está casado con una hermana a quien le gusta ir de visita de lugar en lugar. Al esposo, esto le parece insoportable. Simplemente no soporta tener que acompañar a su esposa de un lado a otro todo el tiempo; pero cuando está en casa, se siente encarcelado si no acompaña a su esposa. Cuando él llega a su casa, casi nunca encuentra a su esposa. Tal marido está siempre tratando de sobrellevar semejante situación. Si esta no se resuelve, estallarán los problemas. Repito, este no es un asunto de carácter moral, sino una cuestión de personalidades; se trata de algo que se pasó por alto en el momento del casamiento.

8. Pulcro versus desarreglado

Cierta hermana se preocupa mucho por la limpieza de su casa. Todo en su casa tiene que estar minuciosamente limpio. Ella sigue a su esposo con un trapo y limpia todo cuanto encuentra a su paso, pero el esposo se complace en ser desaliñado. Cierto día visité su hogar y me encontré al esposo tirando una almohada al piso, volteando una silla y moviendo todas las cosas fuera de lugar. Cuando le pregunté por qué hacía todo esto, él me respondió: “Hoy me siento muy feliz porque mi esposa se fue a visitar a sus padres”. Él se sentía tan frustrado con la pulcritud de su esposa que se deleitaba en el desorden. Esta no es una cuestión de índole moral. No hay nada de malo en ser personas un poco pulcras y tampoco hay nada de malo en andar un poco desaliñados.

9. La compatibilidad de personalidades es el factor más importante para mantener un buen matrimonio

Un nuevo creyente tiene que comprender que existen dos condiciones fundamentales para el amor. Una es la atracción natural, y la otra es la

compatibilidad de caracteres. Al elegir una pareja, usted tiene que elegir, primero, una persona que le resulte atrayente. Un matrimonio en el cual no hay atracción mutua no marchará bien. En segundo lugar, uno tiene que elegir a una persona cuya personalidad sea similar a la de uno mismo. Los hermanos más maduros deberán ayudar a los más jóvenes a conocer su propia personalidad. No descuide el aspecto de la compatibilidad de caracteres simplemente porque haya atracción natural.

Conozco una pareja en Shanghái que siempre está discutiendo. Le pregunté al esposo por qué la había elegido a ella como esposa en primer lugar. Él me respondió que la primera vez que la vio, se sintió atraído por sus ojos oscuros. Esto es atracción natural. A él le gustaban sus ojos oscuros, pero poco después que se casaron, se olvidó si ella tenía ojos claros u oscuros. Lo único que podía recordar era que a ella le gustaba la pulcritud, mientras que a él no; que a ella le gustaba ser muy jovial, mientras que él prefería la tranquilidad; y que ella era muy rápida, mientras que él era muy lento. Por favor recuerden que la personalidad es algo permanente, mientras que la atracción natural es algo temporal.

Al elegir pareja los jóvenes no deben considerar únicamente la atracción natural. Sin duda debe haber atracción natural. Me complace que nuestros jóvenes, tanto hermanos como hermanas, le den la debida importancia a la atracción natural. No hay nada erróneo en ello, pero no basta con sentirse atraídos mutuamente. Tienen que considerar también la compatibilidad de sus personalidades. Y esto es algo completamente diferente. Si hay un conflicto de personalidades, la atracción natural desaparecerá muy pronto. La atracción natural es capaz de inducirnos a una unión matrimonial, pero jamás podrá sustentar tal matrimonio. Así pues, debemos estar conscientes de los problemas concretos que pueden surgir en tal relación.

Algunos han dicho que una persona puede tener dos cielos o dos infiernos. Una persona puede ascender a un cielo y descender a un infierno; o puede ascender a dos cielos o descender a dos infiernos. En ningún otro lugar sobre la tierra hay tanta felicidad como en una familia feliz. Pertenecer a una familia feliz es como estar en el cielo. Asimismo, el más terrible lugar sobre la tierra es una familia que está triste; es como estar en el infierno. Cuando

una familia está contenta, uno se siente en los cielos. Si uno pertenece a una familia triste, uno se siente en el infierno. Así pues, un creyente puede experimentar un cielo y un infierno; y un incrédulo puede experimentar dos infiernos. Una persona que no es creyente puede experimentar el infierno mientras está en la tierra y otro infierno después de morir cuando vaya al infierno. Hay muchos cristianos que experimentan cierta clase de infierno hoy en día, pero que irán a los cielos en el futuro. Tales creyentes viven de este modo debido a que en su vida familiar hace falta la armonía de personalidades.

Yo recuerdo el caso de un hermano cuya esposa discutía y peleaba con todos en todo lugar. Ella podía ser muy espiritual cuando así lo quería; podía hacer bellas oraciones y comportarse muy espiritualmente. Pero cuando se enojaba, nadie podía hablar con ella. Ella peleaba con sus vecinos todo el tiempo, y nadie podía hacer nada al respecto. Su esposo tenía que andar alrededor pidiendo perdón a una y otra familia todo el tiempo. Cada vez que llegaba a casa, tenía que descubrir con quién había peleado esta vez su esposa para ir a pedirle disculpas a tales personas. Ella se metía en problemas todos los días. En realidad, si ese hermano se hubiese casado con una hermana tranquila, o si esa hermana se hubiese casado con un hermano muy activo, no habría tales problemas. Si una hermana muy activa se casa con un esposo muy tranquilo, o un hermano muy tranquilo se casa con una esposa que es muy activa, ciertamente surgirán problemas en la familia.

10. No debemos esperar que la personalidad de nuestro cónyuge cambie

Son muchos los que tienen un concepto equivocado: ellos creen que pueden cambiar la personalidad de otros. Por favor recuerden que esto no es posible. Incluso el Espíritu Santo mismo necesita mucho tiempo para transformar a una persona. Si es así con el Espíritu Santo, ¿cuánto podrá lograr usted? Por favor recuerden que el matrimonio no trae consigo el poder para cambiar la naturaleza de una persona. Son muchos los hermanos y hermanas que saben que sus cónyuges poseen personalidades que difieren de la suya propia y quieren cambiarlas. Pero después de dos o tres años, ellos descubren que todavía no ha ocurrido ningún cambio. Si existe alguna

expectativa destinada al fracaso, ciertamente es esta. En toda mi vida no he visto un solo esposo que haya logrado cambiar a su esposa; ni tampoco he visto a ninguna esposa que haya conseguido cambiar a su esposo. Una vez compartí que en el matrimonio, uno solamente puede adquirir cosas ya hechas, no cosas para hacer. Ya sea como fuere la persona con la cual usted se casa, eso exactamente es lo que usted obtiene. Usted no puede pedirle que fulano o sutano sea de tal o cual manera de ser. Usted primero tiene que descubrir si podrá o no podrá aceptar la personalidad de dicha persona. Usted únicamente puede descubrir la personalidad actual de la otra persona; jamás debe abrigar la esperanza de poder cambiarla. Si usted tiene tal esperanza, ciertamente será defraudado. Esperamos que los hijos de Dios habrán de darle mucha importancia a esto, pues esto les ahorrará muchos dolores de cabeza.

Durante los diez años en los que laboré en Shanghái, una cuarta parte de mi tiempo lo pasé dando consejos a familias con problemas. De manera enfática, les aconsejo no unir a dos creyentes cuyas personalidades difieran entre sí. Si fomentamos tal clase de unión, las consecuencias serán ciertamente muy graves. Los niños que se críen en tales familias, ciertamente serán afectados, pues no sabrán qué lado tomar cuando sus padres se encuentren en el vaivén del subibaja. Es obvio que para tales niños, tampoco les será fácil ser salvos.

G. Los defectos

Ahora, debemos tomar en cuenta el asunto de los defectos. Nuestra conversación anterior se refirió a las diferencias en cuanto a la personalidad de los cónyuges y no involucraba asuntos de orden moral. Pero los seres humanos no solamente difieren en cuanto a sus personalidades, sino también en cuanto a sus defectos.

1. Los defectos de orden moral

¿Qué es un defecto? Algunas personas son perezosas, mientras que otras son diligentes. La diligencia es una virtud, mientras que la pereza es un defecto. Algunas personas eligen sus palabras con mucho cuidado y precisión; tal precisión es una virtud. Otras personas no solamente son un poco descuidadas con las palabras que usan, sino que además mienten constantemente; a estas personas les encanta

exagerar. Este es un defecto de su carácter. Algunos saben mantener la boca cerrada y no les gusta hablar mucho, lo cual es una virtud. A otros les encanta criticar y corregir a los demás; esto constituye un defecto. Tales personas difunden chismes acerca de esta y aquella familia. Esto no es una cuestión de la personalidad, lo cual no involucra valores morales. Si un determinado rasgo de la personalidad involucra asuntos de carácter moral, entonces constituye un defecto, y se tiene que tomar medidas al respecto en la presencia de Dios. Algunas personas hacen las cosas lentamente, mientras que otras actúan con rapidez; estos son rasgos de la personalidad. Pero si una persona es tan rápida que se convierte en una persona impaciente, ella tiene un defecto. Algunas personas son tan lentas que se convierten en personas que no son dignas de confianza. Esto es también un defecto. Ser impacientes es un defecto y ser tan lentos que perdemos la confianza de los demás también es un defecto.

2. Al descubrir los defectos del otro

¿Qué debiéramos hacer respecto a las debilidades o defectos de la otra persona? Este asunto es tan difícil que no puede ser decidido por una tercera persona. Antes que nuestros jóvenes se casen, es imprescindible que ellos lleguen a conocer los defectos de la otra persona; ellos tienen que hacerlo antes de comprometerse, no después. Es erróneo buscar los defectos del otro después de haberse casado; de hecho, hacer esto es actuar neciamente. Después que uno se ha casado, es demasiado tarde para procurar descubrir los defectos del otro. Si usted intenta descubrir los defectos del otro después de haberse casado con tal persona, es demasiado tarde porque usted ya está viviendo con ella todos los días. En tal caso, usted verá muchas cosas incluso sin procurar descubrirlas. Si usted intenta deliberadamente encontrar los defectos del otro, ciertamente encontrará muchos más. El matrimonio no tiene como propósito darnos la ocasión de encontrar los defectos o errores del otro. Después de haberse casado, no abra sus ojos. Y antes de comprometerse, cuando todavía está eligiendo pareja, no sea cegado por la atracción natural. No deje que la atracción natural sea como un velo que le impida ver los defectos de la otra persona. No se entusiasmen tanto que lleguen a ignorar los defectos de la otra

persona.

3. Algunos defectos no se pueden tolerar

Examinemos el asunto de los defectos. Existen dos maneras de enfrentarse a los defectos de la otra persona. Algunos defectos son intolerables. Se asemejan a personas de carácter muy difícil con las cuales nos resulta muy difícil llevarnos bien. Un matrimonio no tendrá éxito si en él se hallan presentes tal clase de defectos. Hay otros defectos que son tolerables. Después de examinar tales defectos, quizás uno decida que puede convivir con ellos. Por supuesto, uno tiene que procurar descubrir los defectos del otro antes de comprometerse con dicha persona. Algunos procuran descubrir los defectos de su cónyuge después de haberse casado. Para entonces, es vano procurar descubrir tales defectos; más bien, esto acarreará perjuicios para la familia, porque nadie puede cambiar tales defectos. Es imposible cambiarlos. Uno tiene que tomar nota de tales defectos y sopesarlos *antes* de casarse, a fin de determinar si puede o no convivir con los defectos del otro.

4. No se trata de que tengamos los mismos defectos

Ahora debemos recordarles algo: no vayan a suponer que aquellos que tienen ciertos defectos en común pueden llevarse bien. Son muchos los que piensan que aquellas personas con defectos diferentes no pueden llevarse bien, pero que aquellos con defectos similares, sí pueden. Nada está más lejos de la verdad. Algunas parejas que comparten los mismos defectos discuten entre sí y pelean entre ellos todo el tiempo. Uno tiene un temperamento muy fuerte, y el otro también es de carácter enérgico. Quizás usted piense que es maravilloso que ambos tengan el mismo carácter. En realidad, en tales casos las dificultades se han hecho más complejas debido a que ambos tienen los mismos defectos. Si hay una diferencia de personalidades, la conciencia no está involucrada, pero si es cuestión de defectos, la conciencia entra en juego. Si ambos cónyuges son creyentes, cualquier defecto de la otra persona ofenderá la conciencia de los dos. Así, la carga de la responsabilidad que recaiga sobre ellos será más compleja, y los problemas que surjan serán también más complejos. Por esto decimos que una pareja debe tener personalidades similares, pero defectos distintos.

Recuerdo un esposo que dejaba las cosas tiradas alrededor de la casa y que nunca arreglaba su habitación. Su esposa era igual. Uno desordenaba, y el otro desordenaba todavía más. Uno podría pensar que en tales casos no se harían acusaciones mutuas y tendrían paz el uno con el otro, pero esta pareja discutía todo el tiempo. El esposo decía: "¿No te parece que dejar las cosas tiradas alrededor es causar mucho desorden?", y la esposa le respondía: "¿Por qué no las recoges tú? ¿Acaso no ves que estoy muy ocupada?". Les ruego no se olviden que una carga es ya bastante pesada, pero que dos llegan a ser insoportables. El resultado será que los problemas familiares se harán más complejos. Jamás debiéramos suponer que los problemas disminuirán si ambas partes tienen los mismos defectos. Tener defectos similares resultará en mayores problemas; de hecho, los problemas se duplicarán. Si el defecto es de una sola persona, ella podrá soportar su propio defecto; pero si ambos cónyuges comparten el mismo defecto, entonces la carga es insoportable. Si ya es difícil para uno soportar sus propios defectos, entonces le resultará imposible soportar los defectos del otro además de los suyos propios.

Los jóvenes, tanto los hermanos como las hermanas, deben darse cuenta de que algunos defectos pueden ser tolerados incluso cuando están presentes en ambos, pero que otros defectos, si son propios de ambos cónyuges, se vuelven mucho más complejos. Tales defectos son intolerables. Es mejor que los defectos de las dos personas sean diferentes. Por supuesto, algunas veces parejas con defectos similares consiguen llevarse bien; no existe una norma definitiva al respecto. Simplemente, uno tiene que observar por sí mismo.

H. El carácter

Para que un matrimonio tenga éxito, ambas partes tienen que poseer atributos en su carácter que sean estimados por la otra persona. La esposa no debe menospreciar al esposo, ni el esposo debe menospreciar a la esposa. Una vez que surge cualquier clase de menosprecio o desdén, la familia estará acabada. El respeto por el carácter del otro debe ser mutuo. El esposo debe sentir respeto por el carácter de su esposa, y la esposa debe sentir respeto por el carácter de su esposo. Por tanto, no solamente debemos considerar el asunto de la personalidad y los defectos del otro, sino también el asunto del carácter del otro.

Por ejemplo, se puede tolerar que una esposa ocasionalmente esconda u omita ciertas cosas al hablar. Pero esto se convierte en un problema que atañe a su carácter si ella suele mentir todo el tiempo. Algunos esposos son egoístas por naturaleza y suelen preocuparse únicamente por sí mismos y no por los demás, pero su egoísmo no debiera llegar al extremo que pierdan el respeto de su esposa por ellos. Esto es muy distinto del asunto de la compatibilidad de caracteres. Ya es difícil para una pareja adaptarse a las fricciones y conflictos por las diferencias en cuanto a la personalidad. Si además de esto hay cierto desdén por el carácter del otro, los cimientos mismos de la familia serán sacudidos. Entonces, nada podrá hacerse para remediar tal situación.

A veces nos encontramos con un marido detestable. Otras veces, nos encontramos con esposas muy calculadoras, las cuales únicamente harán cosas que sean provechosas para ellas mismas y nada más. Sin duda, se trata de defectos fundamentales en el carácter de uno; no se trata de meras debilidades. Tales defectos son motivo de desdén y de falta de respeto. Una vez que se introduce tal elemento, el ingrediente básico para un matrimonio habrá desaparecido. Es por ello que tenemos que preguntarnos si podemos tolerar el carácter de la otra persona.

Algunas personas son crueles. Son personas ásperas con los demás, sin importar cuál sea el motivo. Son personas insensibles a los problemas y sentimientos del otro. Lo único que desean es expresar sus propios sentimientos y no les importa si los sentimientos de la otra persona han sido heridos. Ya no se trata de un asunto de incompatibilidad de caracteres, sino de un defecto fundamental del carácter, el cual abre la puerta para que surja la falta de respeto.

Algunas personas no ejercen control alguno sobre sí mismas; no se sujetan a ninguna disciplina. Son desordenadas en todo, inclusive en cuanto a su temperamento. Si surge algún problema, dan rienda suelta a su enojo. ¿Por qué se enoja una persona? Se enoja porque es egoísta y sólo le importa su propia satisfacción. En último análisis, el problema no estriba en el temperamento o en los defectos de esta persona, sino en su carácter. Una vez que este elemento se halle presente, también estarán

presentes el desdén y la falta de respeto.

Por tanto, antes que dos personas se casen, tienen que descubrir los atributos dignos de admiración que hay en la otra persona. Esto se aplica de manera particular en el caso de matrimonios entre hijos de Dios; siempre tiene que haber rasgos nobles en ambos cónyuges. Si una persona no tiene nada en ella que los demás puedan admirar, tal persona no está calificada para casarse. Una persona tiene que tener por lo menos uno o dos rasgos nobles a los ojos de Dios a fin de que pueda inspirar el respeto de su cónyuge.

I. Llevarse bien con los demás

Existe otro aspecto de la personalidad y de las consideraciones humanas que debemos tomar en cuenta. Si usted contempla la posibilidad de casarse con alguien, tiene que preguntarse si tal persona puede llevarse bien con los demás. El matrimonio implica convivencia, y una cuestión muy importante es si la otra persona puede vivir con otros. Algunas personas son muy individualistas por naturaleza. Tales personas simplemente no pueden vivir con otras. Si un hermano no está en buenos términos con su padre, su madre, sus hermanos y sus hermanas; entonces, lo único que usted puede esperar es un matrimonio miserable si se casa con él. Si una hermana no puede llevarse bien con nadie y siempre está peleándose con otros, pueden estar seguros que los momentos de felicidad serán muy escasos si usted la toma por esposa.

Todo aquel que desee casarse tiene que cumplir con un requisito básico: él o ella tiene que ser capaz de llevarse bien con otros. Debido a que el matrimonio consiste en convivir con otro, si uno no puede llevarse bien con otros, ¿cómo podría llevarse bien con usted? Las posibilidades de que esto suceda son muy pequeñas y será muy difícil que tal persona cambie. Si se trata de una persona que no muestra consideración o respeto por nadie, ¿piensa usted que tendrá respeto por usted? Si usted espera hasta después del matrimonio, descubrirá entonces que él tampoco tiene respeto por usted. Para tales personas es difícil casarse. Al elegir una esposa, usted tiene que asegurarse que su cónyuge posee las cualidades humanas indispensables para un matrimonio. Usted tiene que averiguar si se trata de una persona capaz de llevarse bien con los demás.

Supongamos que una hermana ha alcanzado la

edad en la que debe casarse. Si ella va a todo el mundo y les dice: “Mi mamá es terrible. Mi papá es terrible. Mis hermanos y hermanas son terribles. Todos en mi familia me tratan muy mal”. Pueden estar seguros que ella más tarde se quejará de que usted es una persona terrible y que la trata muy mal. Tal persona simplemente no es capaz de llevarse bien con los demás.

Por favor recuerden que si ustedes son personas que saben llevarse bien con los demás, las posibilidades que tienen de tener éxito en su matrimonio son muy elevadas. Por el contrario, si uno no puede convivir con nadie, las posibilidades de éxito matrimonial serán muy reducidas. No estoy diciendo que uno no sea capaz de convivir con tal clase de personas, pero me temo que no será nada fácil. Este factor es muy importante.

J. Ser una persona consagrada

Ya abordamos el asunto de la salud, el carácter y lo relativo al alma de las personas. Ahora, quisiéramos cubrir lo relativo al espíritu de la persona. En términos espirituales, una persona tiene que ser consagrada al Señor.

No debiéramos casarnos con un incrédulo. Sin embargo, hay mucho más involucrado que simplemente esto; debemos tener una visión mucho más elevada delante del Señor. Un matrimonio exitoso no solamente tiene la atracción física y la compatibilidad de caracteres, sino que también debe tener una unión en la que ambas partes comparten el mismo objetivo espiritual. Esto quiere decir que ambas personas anhelan servir al Señor. Ambos tienen que estar completamente entregados al Señor. Uno vive para Dios y el otro también. En todas las cosas, grandes o pequeñas, ambos son para el Señor. Esto quiere decir que la consagración al Señor es un elemento imprescindible. De hecho, tal consagración es aún más importante que poseer un buen carácter. Una vez que la pareja es una pareja consagrada al Señor, el matrimonio contará con una base firme. En tal matrimonio, ambos compartirán un interés común muy fuerte delante de Dios.

En tal familia, no se pondrá en tela de juicio quién debe ser la cabeza y quién debe obedecer. En lugar de ello, ambos dirán que Cristo es la

Cabeza y ambos le obedecerán. Entonces, no habrá necesidad que ninguno procure salvar las apariencias. Muchas veces, la esposa discute con su esposo, no porque ella esté en lo correcto y él se haya equivocado, sino simplemente porque quiere guardar las apariencias. Tal discusión no tiene nada que ver con lo correcto y lo erróneo, pues la esposa únicamente está esforzándose por la apariencias. Pero si ambos están consagrados, no estarán procurando guardar esa apariencia, pues ambos estarán dispuestos a ser avergonzados delante del Señor. Ambos podrán confesar sus faltas delante del Señor. Nosotros debemos ser personas que anhelan el cumplimiento de la voluntad de Dios. Cualquier conflicto se puede resolver si ambas partes anhelan el cumplimiento de la voluntad de Dios.

En una familia, si tanto el esposo como la esposa están consagrados al Señor, y si ambos sirven al Señor en unanimidad, tendrán una alta posibilidad de que tal matrimonio tenga éxito. Aun cuando existen diferencias de índole natural, y aun cuando la atracción física disminuya, ninguno de estos aspectos se convertirán en impedimentos para tal unión, y la familia seguirá hacia adelante de manera positiva.

Todos estos diez factores deben ser tomados en cuenta cuando se trata de elegir un cónyuge. Estos factores pueden ser clasificados como atributos de orden físico (o atributos externos), atributos de orden psicológico (o atributos del carácter) y atributos de orden espiritual. Tenemos que tomar en cuenta los tres aspectos. Tenemos que tomar en cuenta tanto los atributos físicos de una persona, como también su personalidad y su espiritualidad. Todos estos tres aspectos deben ser considerados con la debida perspectiva. Tenemos que tomar en cuenta todos estos tres aspectos y examinarlos uno por uno.

III. DENLE LA DEBIDA ATENCIÓN A LA ELECCIÓN DEL CÓNYUGE

Antes de que usted contemple la posibilidad de casarse con alguien o antes de comprometerse con alguien, usted debiera anotar todos sus rasgos personales uno por uno. ¿Qué tal la atracción natural? ¿Qué tal su salud? ¿Qué tal su familia? Tenemos que anotar todas estas características en detalle. Este es un asunto muy serio. No sean descuidados al respecto. Ustedes deben anotar cada atributo, uno por

uno. ¿Qué tal su personalidad? ¿Cuáles son sus defectos o debilidades? ¿Cuántos atributos que usted valora se encuentran en esa persona? ¿Es ella capaz de llevarse bien con otros? ¿Cuán bien se relaciona con su familia? ¿Cuán bien se relaciona con sus amigos? ¿Tiene amistades? Por favor no se olviden que aquellos que no tienen amistades resultan esposos y esposas muy deficientes. Una persona que no se lleva bien con los demás, casi no tiene posibilidad alguna de llevarse bien con usted. Usted debe observar cómo ella trata a la gente en privado; cómo trata a sus amigos, parientes, hermanos y hermanas más jóvenes, a los niños y a los padres. Luego, usted tiene que saber si se trata de una persona consagrada íntegramente al Señor y si anhela vivir para el Señor. Trate de averiguar cuánto ha dejado por seguir al Señor y cuánta experiencia espiritual posee.

Los hermanos más maduros en el Señor y que están a cargo de los jóvenes, también debieran hacer una lista con respecto a estas dos personas y deberán hacer una comparación. Sólo entonces tendrán ellos una idea de si estas dos personas pelearán entre ellas en el futuro. Son muchos los que se percatan de los problemas que existen sólo después que estos han salido a la superficie. Tenemos que estudiar esto cuidadosamente de antemano. Esto nos dará indicios de las posibilidades de éxito que una pareja tiene en el futuro.

Me gustaría decirles enfáticamente que la vida familiar de la siguiente generación tiene una relación muy estrecha con la vida de iglesia que habrá de llevar dicha generación. Quisiera decir algo a los mayores: tienen que cuidar de las familias de la siguiente generación. La vida de iglesia será fuerte y saludable sólo si ustedes cuidan bien de este asunto. Si la generación siguiente tiene familias terribles, la iglesia sufrirá grandes inconvenientes. Hoy en día, aquellos que ya tienen familias no pueden cambiarlas. Sólo podemos pedirles que sean más comprensivos, tolerantes, cuidadosos y cariñosos. Pero espero que aquellos que entre nosotros todavía no se han casado, se esfuercen ellos mismos por establecer y edificar una buena familia. Este es, por cierto, un empeño excelente. En los días venideros, quiera Dios derramar Su gracia sobre la iglesia a fin de que muchas familias jóvenes puedan surgir, familias en las que tanto el esposo como la esposa sirvan al Señor y recorran Su camino juntos y en unanimidad. ¡Qué hermoso cuadro

será este!

EL ESPOSO Y LA ESPOSA

Lectura bíblica: Col. 3:18-19; 1 P. 3:1-7; Ef. 5:22-23

Ya hablamos acerca de la elección del cónyuge. Lo dicho anteriormente estaba orientado a nuestros jóvenes, tanto hermanos como hermanas. Sin embargo, no todos los que se reúnen con nosotros son jóvenes. En el futuro, algunos de los nuevos creyentes serán parejas ya casadas. La Biblia tiene enseñanzas muy claras para aquellos que están casados. Algunos pasajes bíblicos contienen enseñanzas para los maridos, y otros pasajes contienen enseñanzas para las esposas. Antes de casarse, uno tiene que esforzarse por elegir un cónyuge con el menor número de defectos posible. Sin embargo, después que una persona se ha casado, tiene que comportarse de tal manera que evite causar problemas, tanto a la familia como a la iglesia.

I. DEDIQUE TIEMPO A APRENDER A SER UN ESPOSO O UNA ESPOSA

Lo primero que una persona casada tiene que comprender es que ser esposo o esposa es un asunto muy serio. Toda persona requiere cierta preparación antes de asumir cualquier responsabilidad o trabajo. Por ejemplo, un médico necesita de cinco, seis o siete años de adiestramiento antes de poder practicar medicina. Un profesor tiene que pasar algunos años en una escuela normal antes de empezar a enseñar. Un ingeniero también tiene que estudiar unos cuatro años en la universidad, antes de empezar su carrera. Incluso una enfermera requiere de al menos tres años para prepararse para su trabajo. Pero lo interesante es que nadie dedica ni un solo día para aprender a ser esposo o esposa. No es de asombrarse entonces que tantos fracasen en su rol matrimonial, pues ellos jamás se detuvieron a considerar cómo podrían ser esposos y esposas apropiados. Yo estaría muy indeciso y me sentiría muy incómodo si tuviera que pedirle asistencia médica a una persona que jamás estudió medicina. Asimismo, estaría lleno de dudas y temor si tuviera que valerme de una enfermera que jamás estudió para ser enfermera. Estaría temeroso e incómodo ante la posibilidad de contratar a un maestro que no haya recibido adiestramiento alguno. Y si quisiera edificar una casa, solamente contrataría para ello a un ingeniero civil. Asimismo, tengo mis dudas respecto de

aquellos que han llegado a ser esposos y esposas sin que jamás hayan sido adiestrados para ello.

Nuestros padres nunca nos enseñaron a ser esposos o esposas. Simplemente, al llegar a ser adultos, buscamos un trabajo, y en cuanto pudimos mantener una familia, encontramos una pareja y nos casamos. Por favor recuerden que muchas de las dificultades que surgen entre marido y mujer, se deben a que ninguno de los dos ha recibido preparación alguna. Cuando dos personas se casan sin haber recibido ninguna preparación y de improviso se encuentran que son marido y mujer, ¿qué otra cosa podrían esperar sino tener problemas familiares? Todo cuanto hacemos en nuestras vidas requiere de adiestramiento; ninguno de nosotros se atrevería a emprender una actividad sin haber reflexionado en ello antes. Nosotros nos preparamos para nuestro trabajo y procuramos aprender algo al respecto antes de emprenderlo.

Tenemos que comprender que no hay ninguna tarea que sea más difícil que la de ser esposo o esposa. Todo trabajo tiene horarios fijos. Este es el único trabajo que demanda las veinticuatro horas del día. En todo trabajo se establece una edad en la que uno se puede jubilar, con la excepción de este. Se trata, pues, de una vocación muy seria y muy importante.

Por ahora, nos olvidaremos de nuestro pasado. Si bien no estuvieron preparados para ser marido y mujer, aun así, ya han llegado a serlo. Ustedes ya están casados y han alcanzado esta etapa en sus vidas. Tal vez su ligereza en el pasado haya causado perjuicios serios a su familia, por lo que hay que ver que la familia es un asunto muy serio. Ahora, usted debe tener un nuevo comienzo y empezar todo de nuevo. Los esposos deben empezar a aprender cómo ser esposos, y las esposas deben tener un nuevo comienzo y aprender cómo ser esposas.

Quizá no siempre dé buenos resultados el intentar aplicar a nuestra vida familiar la misma vehemencia que usamos en nuestro trabajo. Sin embargo, la verdad es que muchas personas son mucho más descuidadas con su familia que lo que son con su trabajo. Tal ligereza inevitablemente propicia el fracaso familiar. Tenemos que invertir todas nuestras energías en la edificación de nuestra familia. Tenemos que ocuparnos de ello más

concienzudamente que de nuestros trabajos. Si nos comportamos con ligereza y no consideramos que ser esposo o esposa es una ocupación que reviste gran seriedad, entonces inevitablemente nuestra familia será un fracaso. Si queremos que nuestra familia tenga éxito, tenemos que estimarla como si fuera nuestra principal ocupación y debemos dedicar tiempo a tal empeño. Tenemos que hacer que nuestra familia marche bien a cualquier precio y poner nuestro máximo esfuerzo en este cometido que reviste de suma importancia. Aquellos que son negligentes con respecto a su matrimonio y no tienen la intención de que sea un éxito, jamás tendrán un matrimonio exitoso.

Todos los hermanos y hermanas casados tienen que aprender esta lección. Tenemos que pasar cierto tiempo delante del Señor a fin de hacernos cargo de este asunto de un modo responsable. Este trabajo es mucho más difícil que cualquier otro. Debemos pasar tiempo a solas con el Señor a fin de aprender bien nuestras lecciones. Espero que desde el día de hoy comencemos a aprender esta lección.

II. DEBEMOS CERRAR NUESTROS OJOS A LOS DEFECTOS DEL OTRO

Después que una persona se ha casado, deberá aprender a cerrar sus ojos para no ver. En un matrimonio, dos personas viven juntos como marido y mujer. Ellos conviven día tras día, año tras año, sin ninguna ausencia ni separación. Así pues, ambos tienen mucho tiempo para descubrirse sus debilidades y defectos. Por ello, ustedes tienen que aprender, delante del Señor, a cerrar sus ojos desde el día de su matrimonio. El propósito del matrimonio no es descubrir los defectos del otro, ni tampoco descubrir sus carencias. Su esposa no es su estudiante y su esposo no es su discípulo. No hay necesidad de que usted procure descubrir sus carencias a fin de "ayudar". Jamás procure descubrir sus defectos y nunca trate de corregir. Si ustedes prestan atención a esta advertencia, su familia estará erigida sobre cimientos firmes.

Tal como les dije anteriormente, uno tiene que abrir mucho sus ojos a fin de discernir y sopesar cuidadosamente las carencias de la otra persona, antes de empezar un matrimonio, pero una vez que se ha casado, debe procurar no saber más. Desde el día de su casamiento, no deberá tratar de entender nada. Si trata de encontrar defectos, podrá encontrarlos muy

fácilmente. Sin embargo, Dios ha unido a estas dos personas. Quizá ellos vayan a vivir juntos unos cincuenta años. Durante esos cincuenta años cada cónyuge tendrá todas las oportunidades que quiera para descubrir los defectos del otro. Por ello, lo primero que se debe hacer después de casados, es cerrar los ojos para no ver los defectos y carencias de la otra persona. Ya saben bastante del otro; si deliberadamente procuran averiguar más, no terminarán con nada más que problemas.

Cuando Dios une a dos personas como marido y mujer, tiene la intención de que en tal relación haya sumisión y amor. Dios no desea que uno se dedique a descubrir las carencias o errores del otro, o a corregirlo. Dios no te ha hecho amo o maestro del otro. Ningún esposo es el maestro de su esposa, y ninguna esposa es el amo de su esposo. Ninguno de los dos tiene que corregir al otro. Cualquiera sea la clase de persona con la que usted se haya casado, debe esperar que ella continúe igual. No hay necesidad de que usted investigue las carencias y defectos de su cónyuge a fin de intentar cambiarlo. Cualquier motivación que lo lleve a tratar de cambiar a su cónyuge es fundamentalmente errónea. Aquellos que están casados tienen que aprender a cerrar sus ojos. Aprendan a amar al otro. No traten de ayudarlo, ni corregirlo.

III. DEBEMOS APRENDER A ESTAR DISPUESTOS A CEDER

También es necesario aprender a ceder el uno al otro. Esta es la primera lección que uno tiene que aprender después de haberse casado. No importa cuán similares sean el esposo y la esposa entre sí, ni cuán compatibles sean sus caracteres, tarde o temprano descubrirán que existen muchas diferencias entre ellos. Ellos tendrán opiniones, preferencias y aversiones diferentes, ideas diferentes, y distintas tendencias. Tarde o temprano, ellos descubrirán que difieren mucho entre sí. Por eso, los cónyuges tienen que aprender a estar dispuestos a ceder entre sí, desde el primer día de su matrimonio.

¿Qué queremos decir con estar dispuestos a ceder? Ceder el uno al otro significa que ambos cónyuges están dispuestos a lograr un acuerdo mutuo, para que en las desavenencias que tengan, se encuentren a mitad de camino. Debemos notar que se trata de algo recíproco. Por tanto, lo ideal es que ambas partes cedan, pero si no es posible que ambos cónyuges se

den el paso, por lo menos uno de ellos debe tomar la iniciativa de ceder ante el otro. Incluso, si uno de ellos ve muchos problemas, aun así, debe procurar abandonar su propia postura y adoptar la del otro. Es mucho mejor ceder del todo y abandonar nuestra propia posición, pero si esto no es posible, por lo menos debemos encontrarnos a mitad de camino. En otras palabras, después que dos personas se casan, ambas tienen que aprender a cambiar, como mínimo la mitad de todo cuanto hacen. Siempre deben estar dispuestos a sacrificarse, con tal de complacer a su cónyuge. Así pues, acoplarse al cónyuge significa no aferrarnos a nuestros propios puntos de vista y estar dispuestos a abandonar nuestras propias ideas. Quizás uno tenga cierta perspectiva, pero está dispuesto a transigir al respecto por el bien del otro.

Si una pareja joven aprende esta lección y se dispone a ceder entre sí durante sus primeros cinco años de vida matrimonial, después de esos cinco años tendrá una vida familiar llena de paz y felicidad. Estar dispuestos a ceder significa que ambos cónyuges ceden hasta la mitad. Ello implica que uno de ellos se acerca al otro mientras que el otro hace lo mismo. El esposo cede ante la esposa, y la esposa cede ante el esposo. Si durante los primeros cinco años de vida matrimonial, ninguno de los dos cónyuges aprende el significado de esto, a tal familia le será muy difícil proseguir armoniosamente. El matrimonio no es un asunto sencillo. Debemos esforzarnos y ser dedicados para tener un buen matrimonio.

Estar dispuesto a ceder implica comprender las limitaciones de la otra persona. Algunas personas son muy sensibles al ruido, mientras que para otras, el silencio les inspira temor. Mientras que algunos no soportan el menor ruido, otros no pueden vivir sin ruido y agitación a su alrededor. Por ello, debemos aprender a ceder el uno al otro. Si una persona ama la tranquilidad y la otra persona disminuye el tono de su voz por esta causa, ambos habrán sabido ceder. Supongamos que uno de los cónyuges es una persona extremadamente esmerada y pulcra, mientras que el otro es una persona muy descuidada. Si el cónyuge desaliñado tiene que ceder hasta acoplarse por completo a su cónyuge excesivamente pulcro, cuando este vaya de visita a la casa de sus padres, se sentirá muy feliz de poder tirar sus almohadas y su ropa al piso, y cantará de

alegría. Por otro lado, si una esposa que es de pulcritud impecable siempre tiene que adaptarse a su marido desordenado, ella deseará mudarse a la casa de sus padres cuando ya no pueda soportar tanto desorden.

Por ser cristianos, tenemos que aprender a negarnos a nosotros mismos. La abnegación hace que seamos personas que nos adaptamos. Tanto el esposo como la esposa deben aprender a ceder el uno al otro. De este modo, la familia disfrutará de paz aun si todavía no llegara a alcanzar la felicidad completa. Si en nuestra vida familiar aprendemos a negarnos a nosotros mismos, en nuestro hogar estará presente la capacidad para ceder. Si ninguno de los cónyuges es capaz de ser abnegado en la vida familiar, entonces tampoco estará dispuesto a ceder al otro.

No solamente es necesario ceder al otro en ciertas cosas o hasta en una docena de cosas, sino en cientos y miles de cosas. No debiéramos esperar nada menos. Esta es la disciplina provista por Dios en el seno familiar. Debido a que tenemos que aprender a estar dispuestos a ceder a los otros en nuestra familia, somos disciplinados mediante la familia. Es de este modo que aprendemos a ser disciplinados. Tenemos que aprender a renunciar a nuestros propios puntos de vista y a aceptar los puntos de vista de los demás. Tenemos que aprender a estar dispuestos a ceder.

IV. DEBEMOS APRENDER A VALORAR LAS VIRTUDES DEL OTRO

Una vez que nos hemos casado, tenemos que aprender a valorar las virtudes del otro. En una familia, por un lado, tenemos que aprender a cerrar nuestros ojos para no ver los defectos del otro y a ceder y, por otro lado, debemos aprender a valorar las virtudes del otro. Esto quiere decir que cuando la otra persona hace algo bueno, debemos ser sensibles al respecto. Si un esposo no sabe valorar a su esposa ni ella a él, él o ella estará abriendo una gran fisura en su familia. Esto no quiere decir que el esposo tiene que adular a la esposa, o que la esposa tenga que hacer algo muy especial a fin de complacer al esposo. Esto quiere decir que ambos tienen que aprender a valorar las virtudes, la bondad y la belleza de la otra persona.

Conozco a un hermano que asume la responsabilidad en una iglesia local. Todos los hermanos y hermanas en esa localidad piensan que este es un hermano muy bueno, pero si usted le pregunta a su esposa acerca de él, ella le dirá que él es un caso perdido. La hermana constantemente critica a su esposo, diciendo que él no es apto para ser un hermano responsable. En esa iglesia local, todos los hermanos y hermanas son personas muy sumisas, con la excepción de una sola: la esposa de ese hermano. Ustedes descubrirán que tal clase de familia no puede marchar bien.

También conocemos casos en los que sucede lo opuesto; es decir, todos afirman que esa hermana es muy buena, con la excepción de su esposo. Hace un tiempo yo estaba en Pekín y me encontraba conversando con algunas personas, y todas ellas hablaban muy bien de cierta hermana. A mitad de la conversación, su esposo entró. Mientras que la conversación acerca de la hermana continuaba, su esposo permanecía callado. Él parecía estar diciendo: "Ustedes no la conocen. Yo me he casado con la persona equivocada". El pensamiento de que uno se ha casado con la persona equivocada, ha destruido a muchas familias.

Un esposo no debiera dejarse ganar por nadie en cuanto al aprecio por su esposa. Quizás no tenga que superar por mucho a los demás en cuanto a tal aprecio, pero jamás debiera dejarse ganar por ningún otro al respecto. Usted no es un cónyuge apropiado si valora a su pareja menos que otros. Si usted siente que su cónyuge es la persona errada, ¿por qué entonces se casó con ella? Esto prueba que usted fue el primero en estar equivocado. A fin de tener una buena familia, un esposo debe saber valorar a su esposa, y la esposa debe saber valorar a su esposo. Uno no debiera decir algo malo acerca de su cónyuge mientras los demás hablan bien de él. Usted tiene que descubrir sus virtudes. Tiene que ser sensible a sus méritos. Siempre que se presente alguna oportunidad, usted debe reconocer públicamente las virtudes de su cónyuge y expresar sus sentimientos al respecto. Usted no está mintiendo. Usted está reconociendo los hechos. Cuando usted valora a su esposo o esposa, su familia se volverá más unida y su relación se hará más sólida. Pero si no lo hace, estará provocando muchos problemas en el seno de la familia. Son muchos los malentendidos y los problemas que surgen en una familia como resultado de haber

descuidado este asunto.

En cierta ocasión, en Inglaterra, una hermana se casó con un hermano, pero este hermano jamás dijo nada bueno acerca de ella en toda su vida. Esta hermana estaba siempre preocupada, diciéndose: “He fracasado como esposa. He fracasado como cristiana”. Ella se preocupaba tanto por ello, que contrajo tuberculosis, y después murió. Poco antes de morir, su esposo le dijo: “Si mueres, no sé que haré; tú has hecho tanto por mí. Si tú mueres, ¿qué sucederá con nuestra familia?”. La esposa le preguntó: “¿Por qué no me dijiste esto antes?”. Luego, ella continuó diciendo: “Siempre sentí que no era buena y me reprendía a mí misma por ello. Tú jamás me dijiste que yo era buena. Yo estaba triste y preocupada, y siempre pensé que yo estaba errada. Es por ello que me he enfermado y estoy a punto de morir”. Esta es una historia verdadera. El esposo manifestó sus sentimientos por ella sólo al verla en su lecho de muerte. Por favor recuerden que en una familia siempre se puede proferir palabras bondadosas. Debemos aprender a pronunciar más palabras bondadosas. Debemos aprender a valorar a nuestros respectivos cónyuges.

Conozco algunos hermanos que no avanzan debido a que no son apreciados por sus esposas. Tales esposas siempre piensan que su esposo es un inútil. Ellas le dicen a su esposo: “Entre todos los hermanos, tú eres el único inútil”. Estos hermanos se convierten en personas que siempre se están condenando a sí mismas. Ellos dicen: “Yo no sé hacer nada. Mi esposa me dice que soy un inútil. La persona que mejor me conoce dice que soy un inútil”. Como resultado de ello, verdaderamente se convierten en personas inútiles. El hecho de que uno tenga una familia feliz o no, depende no solamente de que aprendamos a cerrar nuestros ojos a los defectos del otro, sino también de que descubramos las virtudes del otro y las valoremos. Algunas veces, tenemos que decírselo a la otra persona o reconocerlo en público. Si hacemos esto, muchos de los problemas familiares desaparecerán.

V. SEAMOS CORTESES

Además, debemos comportarnos cortésmente en el seno de la familia. Es repugnante ser descorteses con los demás. Usted debe tratar a todos con la debida cortesía, no importa quién

sea él o ella. No importa cuánta confianza le tenga a un amigo, usted jamás debería olvidar sus buenos modales, pues en cuanto lo haga, perderá tal amistad. No importa cuán íntima sea su relación con la otra persona, usted perderá su amistad con ella en cuanto pierda sus modales. En el capítulo 13 de 1 Corintios, Pablo nos dijo que el amor jamás se porta indecorosamente. El amor no le permite a nadie abandonar sus buenos modales. Por favor, nunca olviden que los problemas en el hogar con frecuencia surgen debido a cuestiones insignificantes. Con frecuencia, es en el hogar donde una persona suele manifestar sus malos modales. La mayoría de las personas piensa que pueden abandonar sus buenos modales, debido a que tienen tanta confianza con su esposo o su esposa. Por favor recuerden que el gozo y el deleite que nos conceden las relaciones humanas se hallan estrechamente vinculados con los buenos modales. En cuanto usted se despoja de ellos, un aspecto horrible de su naturaleza humana saldrá a la superficie. No importa cuánta confianza exista entre dos personas, ellas tienen que seguir tratándose con los modales apropiados. Un hermano se expresó muy bien cuando dijo una vez que los modales son como el aceite que lubrica una maquinaria. Cuando dos personas están juntas y carecen de estos, surgirán las fricciones y se fomentarán sentimientos desagradables.

A. Las palabras

En el hogar, tenemos que aprender a decir siempre: "Gracias" y "Discúlpame". Debemos preocuparnos por usar expresiones de cortesía, tales como: "Gracias", "¿Puedo?", "Discúlpame" y "Por favor". Si usted no sabe cómo usar estas palabras, no podrá ni siquiera hacer amigos, mucho menos tener éxito en su hogar. Los cristianos tienen que recordar que el amor no se porta indecorosamente. Tienen que aprender a decir: "Discúlpame", "Gracias" y "¿Podría...?", cuando están en el hogar. Aprendan a utilizar expresiones de cortesía en la familia.

B. El vestido

En la familia, no solamente nuestras palabras deben ser las más apropiadas y amables, sino que incluso la manera en que nos vestimos debe ser apropiada y pulcra. A todos nos gusta estar apropiadamente vestidos delante de nuestros amigos, pero uno también debe vestirse apropiadamente delante de su familia. Tienen que vestirse con pulcritud y apropiadamente. El

amor no se porta indecorosamente. No sean descuidados por causa de la confianza. Una vez que ustedes estén familiarizados se descuidarán y les será fácil comportarse descortésmente. La confianza fomenta la falta de respeto y el desdén mutuo. Los esposos y las esposas ya están familiarizados entre ellos, y si no se tratan apropiadamente, se fomentará la excesiva confianza mutua. Por ello, sean apropiados en cuanto a su manera de vestir. No guarden su peor vestido para usarlo dentro de la casa.

C. La conducta

Además, uno tiene que comportarse apropiadamente. Siempre que uno sirva algo de comer, es mejor servirlo en un plato y ofrecerlo a otro usando ambas manos. Si sólo puede usar una mano, aun así debe ser propio en su actitud. Al pasar el cuchillo a otros, debe hacerlo evitando darles la punta, sino darles el mango. Al pasar las tijeras, también evite darle la punta al otro. Al servirles a otros, debe entregar las cosas de la manera apropiada y no tirárselas. Tenemos que darle la debida importancia a tales gestos dentro del hogar. La diferencia entre tirarle algo al otro y alcanzárselo apropiadamente es apenas tres segundos, ¡pero cuánta diferencia hace! Por tanto, tenemos que aprender buenos modales.

No podría afirmar que he conocido a muchas familias, pero tampoco podría decir que he conocido a pocas. Cuando una persona se conduce con discreción en su hogar, su familia tendrá menos problemas. He observado que cuando ambos cónyuges se tratan con cortesía, hay más paz y menos ruido de los platos y palillos. Donde carecen de buenos modales y se tiran las cosas, hay muchas fricciones en la familia. Si ambos cónyuges son corteses entre ellos en el hogar, por lo menos tendrán una vida familiar apacible.

Creo que si muchas esposas trataran a sus amigas de la misma manera que tratan a su familia, ninguna de ellas querría visitarla. Y en el caso de muchos esposos, también creo que si ellos se comportaran con sus colegas de la misma manera en que se comportan en el hogar, ninguno de ellos querría trabajar con él. Quisiera decirles a los hermanos que sus esposas han sido muy tolerantes con ellos. Ellas han tolerado lo que ninguno de sus colegas hubiese tolerado. También quisiera decirles a las esposas que sus esposos han sido muy tolerantes con ellas. Si ellas trataran a sus

mejores amigas del mismo modo que ellas tratan a sus cónyuges, sus amigas las habrían abandonado. Ser descortés es manifestación de que somos groseros. Ningún cristiano puede ser grosero. Una persona que ha sido instruida apropiadamente, jamás será una persona descortés.

D. La voz

Hay otro factor crucial para poder ser amables, y es nuestra voz. Podemos decir cosas similares, pero la manera en que las decimos puede variar. El tono de nuestra voz puede variar. Cuando un jefe habla a sus subalternos, usa cierto tono de voz. Cuando los amigos hablan con sus amigos, usan otro tono de voz. Cuando dos personas están enamoradas, hay amor en el tono de su voz. Cuando una persona odia, habrá rencor en el tono de su voz. El problema con la gran mayoría de personas hoy en día es que han agotado su tono amable de voz y una vez que llegan al hogar, sólo les queda un tono feo. Somos amables con nuestros colegas en la oficina, somos tolerantes con nuestros pacientes en el hospital y somos cuidadosos al hablar con nuestros estudiantes en la escuela. Pero cuando estamos en casa, hablamos con brusquedad. Si usted hablara en la oficina con el tono de voz que usa para hablar en su casa, lo correrían en menos de dos días. Mucha gente tiene un tono de voz que raya en lo vulgar cuando está en su casa. Ellos utilizan el lenguaje más vulgar en el hogar. No es de asombrarse que no puedan mantener una vida familiar apropiada.

Tenemos que darnos cuenta de que no gozaremos de paz en nuestra familia mientras hablemos con el tono de voz equivocado. Cualquier tono de voz que sea impropio, fuerte, áspero o altanero no debe ser permitido en la familia. Cualquier tono de voz que denote conmiseración propia, complacencia propia o que da la impresión de que uno se considera un mártir, jamás debería encontrarse en la vida familiar. Si usted habla en otro sitio con el tono de voz que usa en su hogar, arruinaría su carrera. Sin embargo, usted sí permite que ese tono de voz permanezca en su familia. No es de asombrarse que ustedes estén experimentando problemas en su hogar. Por lo tanto, tenemos que aprender a ser corteses. El amor no se porta indecorosamente, ni siquiera con el tono de su voz. No hablen descuidadamente. Si uno es descuidado con el tono de voz que emplea con su familia, su familia no podrá marchar

bien.

VI. PERMITIR QUE EL AMOR CREZCA

A fin de que una familia marche bien, el amor deberá crecer. Uno no debe permitir que el amor muera. Con frecuencia, la gente joven pregunta: “¿Es posible que el amor muera?”. Hoy, yo les respondería: “Sí, el amor puede morir y muere fácilmente”. El amor es como cualquier cosa que es orgánica: necesita ser alimentado; necesita comida. Si no es nutrido, el amor se muere. Si usted no le da de comer, el amor morirá, pero si usted lo alimenta, el amor crecerá.

El amor es el fundamento mismo del matrimonio. Es también el cimiento de la familia. El amor lleva a que dos personas se casen y se mantengan unidas en la familia. El amor crece fácilmente si usted lo alimenta apropiadamente, sin embargo, muere fácilmente si usted no lo alimenta. Muchos se aman antes de casarse, y debido a su amor se casan, pero después que se han casado, comienzan a matarlo de hambre, y poco a poco ese amor muere.

El matrimonio sin amor es algo doloroso, y una familia que carece de amor es algo todavía más doloroso. Si en una familia no hay amor, quizás ello no nos cause dolor ahora mismo, y puede ser que no se perciba pesadumbre alguna antes que la pareja alcance la edad mediana. Pero cuando ellos envejezcan, descubrirán que hay algo que no anda bien en su familia: ¡es demasiado fría! La diferencia entre una familia en la que hay amor y otra en la que no lo hay, es abismal. Aprendan a alimentar su familia con amor antes de llegar a la edad mediana. Esfuércense al máximo por alimentar el amor y nutrirlo. Si hacen esto, su hogar estará lleno de amor.

Otro aspecto que requiere la debida atención es este: toda persona casada debe averiguar cuáles son las cosas que le inspiran mayor temor a su pareja. No sea tan indulgente consigo mismo como para vivir despreocupadamente a su manera. Toda persona teme o detesta algo en particular. Este odio o temor puede relacionarse con alguna debilidad moral. Tanto el esposo como la esposa tiene que aprender a estar dispuestos a ceder a su cónyuge y, en casos como estos, aprender a realizar los ajustes necesarios. Puede ser que una persona tema y deteste algo que no tiene nada que ver con una

debilidad moral. En este caso, el otro cónyuge deberá aprender a transigir por completo.

Permítanme darles uno o dos ejemplos. Hace algunos años, leí acerca de un esposo en los Estados Unidos que demandó a su esposa por abuso. Quizá les vaya a parecer que es una historia muy graciosa, pero también es una historia que da miedo. Este esposo no podía tolerar ninguna clase de ruido monótono. Simplemente no podía tolerarlo. Inicialmente, él y su esposa estaban muy enamorados, pero su matrimonio sufrió una crisis muy grave después de dos años. A su esposa le encantaba tejer, pero él no podía tolerar el ruido que esto producía. Durante el primer año y el segundo, él trató de soportarlo, pero su condición no hacía sino empeorar. Al séptimo año, ya no podía tolerarlo y la demandó por abuso mental. El juez dictaminó que no era un crimen tejer y no le concedió el divorcio. El esposo le dijo al juez: “Antes de casarme, ella era como un corderito conmigo, y yo la amaba mucho. Después de un año de casados, descubrí que tejer era para ella una adicción. Cada vez que terminaba una prenda, la deshacía y la volvía a tejer; a ella le encantaba tejer. Ahora, yo no puedo soportar ver hilos de lana; ni siquiera puedo soportar ver una oveja, pues en cuanto la veo siento deseos de matarla. Si usted no me concede el divorcio, no me culpe si mato una oveja que pertenece a otro”. ¿Ven cuál es el problema aquí? Es un verdadero problema. Su esposa sentía que no había nada de malo en tejer, pero su esposo detestaba tanto el tejer que llegó al grado de querer matar cualquiera oveja que veía.

Por favor recuerden que todos tenemos cosas que nos disgustan o que tememos. Tal vez tales cosas no tengan nada que ver con asuntos de índole moral. Una persona puede detestar los ruidos monótonos; este es su rasgo peculiar. Todos tienen algún rasgo peculiar que no tiene nada que ver con la moralidad. Para que una familia tenga éxito, ni el esposo ni la esposa debieran hacer cosas que el otro considere detestables, aun cuando él o ella no sienta lo mismo al respecto. Si usted hace algo que su pareja no puede soportar y, aun así, usted no siente ninguna clase de remordimiento por ello, usted terminará teniendo problemas con su familia.

En Shanghái tuve muchas oportunidades de conversar con varias familias, y durante mis

viajes también conversaba con muchas de ellas. Con frecuencia, las cosas que causan las disputas familiares son cosas pequeñas. Para los extraños y los amigos, tales cosas pueden ser insignificantes, pero cuando estas cosas presuntamente insignificantes suceden con tanta frecuencia que agotan la paciencia de uno de los cónyuges, ocurren problemas muy serios en la familia.

Delante de Dios, tenemos que darnos cuenta de que es algo muy delicado que dos personas vivan juntas. No se trata de una tarea fácil. Jamás piensen que pueden ser descuidados al respecto. Lo que a usted le parece que no tiene importancia alguna, a la otra persona le puede parecer intolerable. Usted estará torturando mentalmente a la otra persona si hace algo que él o ella no puede soportar.

VII. NO SEAMOS EGOÍSTAS

Hay otro aspecto que debemos considerar y es algo muy importante para una familia: no debemos ser egoístas. Si usted se ha casado, debe vivir como una persona casada; ya no debe vivir como una persona soltera. En 1 Corintios 7 se nos dice que una persona se casa con la otra a fin de complacerla (vs. 33-34). El egoísmo es probablemente una de las causas principales de los problemas familiares.

Recuerdo un pastor en los Estados Unidos que celebró más de 750 matrimonios en el curso de su vida. En todos los casamientos que celebraba, aconsejaba a los recién casados que tuvieran cuidado especialmente de una cosa: de no ser egoístas. Después de casarse, tenían que amarse mutuamente y no ser egoístas. Cuando el pastor llegó a viejo, escribió a todas estas parejas preguntándoles cómo les había ido en su matrimonio. Todos ellos le contestaron que habían sido capaces de disfrutar de una vida familiar feliz debido a que siguieron su consejo de no ser egoístas. Esto es poco común en los Estados Unidos, donde hoy al menos el veinticinco por ciento de los matrimonios acaba en divorcio. Pero estas setecientas o más parejas consiguieron ser felices juntas.

Tenemos que comprender que el egoísmo es un problema muy serio. Tenemos que aprender a sentir lo que la otra persona siente. Tenemos que aprender a sentir como si fuera nuestro su dolor, su gozo, sus aversiones, sus conflictos y sus inclinaciones. Nadie puede ser un buen esposo o una buena esposa si él o ella está

inmerso en su subjetivismo. Aquellos que son subjetivos son muy egoístas. De hecho, el amor propio es lo más subjetivo que hay.

Un requisito fundamental para el matrimonio es sacrificarse. Sacrificarse significa aprender a complacer a la otra persona. Si usted desea agradar a la otra persona, tiene que ser objetivo, no subjetivo. No se trata de lo que a usted le gusta y disgusta, sino de lo que a la otra persona le gusta y disgusta. Aprenda a descubrir lo que a la otra persona le gusta. Aprenda a entenderla y conozca sus puntos de vista. Aprenda a ponerse al lado del otro, y aprenda a comprenderlo a él y a usted mismo desde la perspectiva del otro. Aprenda a sacrificar, en lo que sea posible, sus propios sentimientos, sus propias opiniones y sus propios puntos de vista. Trate de comprender a la otra persona y trate de conocerla. Procure tener abnegación y amor. Si hace esto, tendrá menos problemas en su familia.

Muchos maridos piensan que son el centro del universo. Piensan que el universo entero gira alrededor de ellos. Cuando se casan con una señorita, la reciben en el seno de su familia con miras a su propio bien y beneficio. Aquellos que piensan así, con certeza le traerán muchos problemas a su familia. Una esposa podría también pensar que ella es el centro del universo y que todos los demás existen para beneficio de ella; quizás piense que todos existen para su felicidad y que, al encontrar un esposo, ella ha encontrado un esclavo. Para ella todos los demás conforman la periferia, mientras que ella es el centro. Ella contrae matrimonio con el único propósito de lograr su meta. Ciertamente, tal clase de matrimonio fracasará, pues no sirve para nada más que el interés personal de uno. Hermanos y hermanas, sus familias tendrán problemas a menos que ustedes le den la debida importancia a este asunto.

VIII. DAR A NUESTRO CÓNYUGE LA LIBERTAD DE MANTENER SECRETOS Y DE CONSERVAR POSESIONES PERSONALES

En un hogar, usted tiene que permitir que la otra persona tenga cierta medida de libertad y confidencialidad. Además, tiene que permitir que la otra persona conserve sus posesiones personales.

En muchos hogares, las esposas no tienen

ningún derecho, y en otros, a los esposos les pasa lo mismo. Esta clase de familia está destinada a tener problemas. Quizás usted sea el esposo o la esposa, pero no se olvide que todo tipo de persona puede ser amada, excepto una: el carcelero. Nadie puede amar a un carcelero o a alguien que nos mantiene en una prisión. Nadie puede amar a aquellos que le quitan su libertad. Hay muchos esposos que son como los carceleros de sus esposas. Que ellos pretendan que su esposa los ame, es como hacer que un prisionero ame a su carcelero; nada es más imposible que esto. Esos maridos esperan lo imposible. Muchas esposas son los carceleros de sus maridos. Piden algo imposible cuando quieren que su esposo las ame. Los carceleros son objeto de nuestro temor, no de nuestro afecto. Usted jamás podrá quitarle completamente su libertad a nadie. Si bien el matrimonio reduce la libertad de los cónyuges, no debe sacrificarse toda la libertad. El esposo no tiene que renunciar a toda su libertad ante la esposa, ni la esposa tiene que renunciar a toda su libertad ante el esposo. Si usted pretende que su esposa renuncie a toda su libertad, esto equivale a decir que quiere que ella le tenga temor o lo aborrezca.

A nadie le gusta perder toda su libertad; esto es propio de la naturaleza humana. Hasta Dios mismo nos da libertad. La mejor prueba de esto es que no hay cercas alrededor del infierno. Desde el principio, el árbol del conocimiento del bien y del mal no estaba resguardado por la flameante espada de un querubín. Si Dios no hubiese querido otorgarle ninguna libertad al hombre, Él hubiera resguardado el árbol del conocimiento del bien y del mal con la espada del querubín desde el principio, y Adán y Eva no habrían comido de su fruto. Pero Dios jamás viola la libertad del hombre. Por este motivo, todo esposo debiera darle cierto espacio a su esposa, y toda esposa debiera igualmente darle cierto espacio a su esposo. Si usted le quita toda su libertad y toma todas las decisiones, es natural que su cónyuge le tenga miedo. Si usted no es cuidadoso, la otra persona irá más allá; lo odiará. Apenas desaparece la libertad, el odio es introducido. Como mínimo, entrará el temor.

El esposo tiene que aprender a darle a su esposa algo de libertad, y la esposa tiene que aprender a darle a su esposo algo de libertad. Permita que la otra persona tenga su propio tiempo, su propio dinero y sus propias posesiones. No piense que puede pedir

prestado del tiempo de su esposa para su propio uso, simplemente porque usted es el esposo. Tanto el esposo como la esposa tienen que aprender a conservar su lugar. Cuando usted desperdicia el tiempo de su esposa, está quitándole su libertad. Asuntos pequeños pueden convertirse en problemas serios más tarde.

Todo esposo y esposa debiera tener sus propios secretos. Esto es algo legítimo. No es necesario que la mano derecha sepa lo que hace la mano izquierda. Si él es la mano izquierda, no es necesario que usted, por ser la mano derecha, sepa lo que él está haciendo. Aprenda a respetar su individualidad. No haga que dos personas sean una. Si usted aplica esta regla, evitará muchos problemas en la familia.

IX. LA MANERA DE RESOLVER LOS PROBLEMAS FAMILIARES

¿Qué debiéramos hacer cuando surgen disputas entre el esposo y la esposa? ¿Cómo podemos resolver las disputas familiares? Es inevitable que los esposos y esposas encuentren problemas y tengan discusiones. Sin embargo, puesto que se trata de dos personas adultas y dos hijos de Dios, ellos tienen que aprender a conocer cuál es el problema de la otra persona y en qué no están de acuerdo. Antes de poder resolver cualquier disputa, ellos primero tienen que descubrir dónde radica el problema.

A. Cualquier resolución tiene que ser justa

Cualquier convenio debe ser justo. Si no lo es, no durará. No pretenda que la otra persona aguante hasta el fin. Uno de cada diez cristianos quizás sea capaz de aguantar hasta el fin, pero ninguno de los otros nueve será capaz de aguantar así. Si la solución no es equitativa, tarde o temprano el problema resurgirá. Cuando estuve en Shanghái, serví de árbitro en algunas disputas familiares. Mucha gente se asombraba que asuntos insignificantes pueden engrandecerse tanto. Tienen que darse cuenta que cuando asuntos triviales se engrandecen, no se engrandecen por causa de los asuntos en sí mismos, sino a causa de una determinada historia. Es la acumulación de una serie de cosas que hace que ocurran estas explosiones. Puede ser que tal explosión haya sido provocada por asuntos triviales, pero la causa subyacente es por lo general una acumulación de pequeñas rencillas a través de los años. No

debiéramos considerar nada como trivial. Si hay problemas que resurgen hoy, se debe a que no fueron tratados con la debida equidad y justicia en su momento y, mientras tanto, la paciencia se agotó.

B. Debemos hacer que los cónyuges conversen entre sí

Es mejor que nadie más intervenga en una discusión familiar. Deje que la pareja tenga su propia conversación. Deje que ellos mismos resuelvan sus propias discusiones cuando surge alguna disputa. Tampoco permita que se difundan las noticias fuera de la familia mientras que la propia familia no sabe nada al respecto. A veces, noticias acerca del esposo se difunden veinte millas a la redonda, y él mismo no sabe nada al respecto. A veces, noticias acerca de la esposa se propagan del mismo modo. Dejemos que la esposa converse personalmente con su esposo acerca de sus propios asuntos, y que el esposo converse personalmente con su esposa acerca de sus propios asuntos. De esta manera, ambos tendrán las cosas claras. Nuestra experiencia nos dice que los esposos rara vez saben qué es lo que piensan sus esposas, y viceversa. Todos los demás saben qué opinan ellos al respecto, pero ellos mismos no saben qué es lo que su cónyuge piensa. Por tanto, permitamos que ambos tengan la oportunidad de conversar el uno con el otro, y cada uno de ellos debe esperar que el otro termine de hablar antes de emitir su opinión. No permitan que el cónyuge más hablador domine la conversación. El esposo tiene que escuchar a la esposa, y la esposa tiene que escuchar al esposo.

En muchas ocasiones, los problemas se resuelven en cuanto la esposa escucha algunas palabras de boca de su esposo, o el esposo escucha algunas palabras de boca de su esposa. Muchas esposas únicamente hablan, mas no escuchan a sus esposos. Si ellas tan sólo les escucharan, sus problemas desaparecerían.

Tanto el esposo como la esposa debieran sentarse y discutir el asunto de manera objetiva, no de un modo subjetivo. Una vez que se vuelven subjetivos, la discusión acabará. Mientras conversan, deben procurar encontrar el discernimiento apropiado y el sentimiento apropiado. Quizás ellos no sepan quién está en lo correcto, pero deben procurar descubrir qué es lo correcto. Ellos deben esforzarse por entender qué es lo que el otro está diciendo.

Ambos tienen que hacer esto con objetividad, sin ser subjetivos al respecto. Ambos deben hablar y, después de haber hablado, deben orar juntos. Siempre debemos buscar una solución por medio de la oración. Pídanle al Señor que les muestre claramente dónde reside el problema. Si ellos siguen este consejo, el problema estará más o menos resuelto para cuando se reúnan a orar una segunda vez. Son muchos los problemas que surgen debido a que los cónyuges no se escuchan el uno al otro con la debida objetividad. En cuanto se sienten a conversar y se escuchen con objetividad, la mitad del problema estará resuelto. Al sentarse a conversar y escucharse un poco más, descubrirán en qué radica el problema.

Durante los primeros años de vida matrimonial, una familia debería tener esta clase de reunión unas dos o tres veces al año. Cada uno de los cónyuges aprenderá dónde radican los problemas y cómo deben enfrentarse a ellos. Son muchas las familias que tienen que aprender esta lección. Con toda certeza, esto resolverá muchos problemas en el seno familiar.

X. LA NECESIDAD DE CONFESIÓN Y PERDÓN

En la relación familiar entre dos personas, tiene que haber confesión y perdón. Muchos errores necesitan ser confesados, no simplemente ser ignorados. No sean descuidados respecto de sus propias faltas; deben confesarlas siempre. En cuanto a las faltas del otro, usted tiene que perdonarlas.

Cuando un cristiano hace algo errado, el principio fundamental no es encubrirlo. Tampoco basta con arrepentirse. Cuando un cristiano ha hecho algo errado, el principio básico es confesar. Un cristiano no encubre su pecado ni lo ignora; esto no es suficiente para uno que se llama cristiano. Cuando un cristiano hace algo errado, tiene que confesarlo y decir: “Me equivoqué en esto”. Todo error debe ser confesado. Siempre que haya algo errado entre el esposo y la esposa, tiene que haber confesión. Uno tiene que admitir: “Me equivoqué en esto o aquello”.

Uno confiesa cuando se ha equivocado, pero ¿qué sucede cuando es el otro el que erró? Tiene que tratarlo de la misma manera como cualquier otra relación entre cristianos. Cuando

se cometió alguna injusticia, aprenda a perdonarla. Pero no profundice en tal asunto ni trate de vengarse. El amor no toma en cuenta el mal. Esto quiere decir que no recuerda los pecados de otros. Aprenda a perdonarlos delante del Señor. Una vez que usted perdona, debe olvidarse de ellos, tiene que hacer a un lado aquello que perdonó. No sea como Pedro, que intentó llevar la cuenta del número de veces que otros lo ofendieron (Mt. 18:21-22). Si usted lleva cuentas, no está perdonando. El perdón verdadero no cuenta las veces que ha perdonado. En cuanto usted perdona, el asunto ha concluido. Para que una familia avance, tiene que haber perdón.

XI. BUSCAR AYUDA DE LA IGLESIA CON EL CONSENTIMIENTO DE AMBOS

Cuando una familia enfrenta algún problema, tiene que tratar de resolverlo, primero, por medio de convocar una reunión familiar. En algunos casos, uno debe perdonar. En otros casos, uno debe confesar. Es difícil que una tercera persona pueda resolver las disputas que surgen en el seno de una familia. Las disputas entre dos personas se resuelven mucho más fácilmente entre ellas dos. Si una tercera persona se involucra, la situación se complica. Debemos procurar resolver cualquier disputa de la manera más sencilla posible. No procuren soluciones complicadas. Referir una disputa a una tercera persona es como echarle barro a una pierna herida. Una pierna herida que no está embarrada es fácil de tratar, pero si ha sido embarrada, es difícil de curar. Las disputas entre dos personas se resuelven más fácilmente cuando no se involucra a una tercera persona. En cuanto se le informa a una tercera persona, el problema se complica. Por tanto, la pareja debe aprender a resolver sus propios problemas y debe procurar no informar estos asuntos a otros.

Sin embargo, a veces uno tiene que referir cierto asunto a la iglesia. Por favor, no se olviden que una persona no debe traer estos asuntos a la iglesia por sí misma. El esposo debe procurar el consentimiento de la esposa, y viceversa, antes que puedan llevar su disputa a la iglesia. Las dos personas deben haber agotado sus propios medios de afrontar la situación y ahora desean que la iglesia intervenga a fin de ayudarlos. Ellos no deben acudir a la iglesia con sus discusiones, sino con la actitud de quienes buscan ayuda de parte de

la iglesia. Ambos deben acudir y ambos deben hablar. Supongamos que ambos están dispuestos a acudir a la iglesia y decir: "Somos cristianos y hay algo entre nosotros. Nos gustaría que la iglesia nos indicara en dónde está el problema". Uno le dirá a la iglesia cómo se siente, y el otro hará lo mismo. Cuando ambos cónyuges hacen esto, será más fácil para la iglesia intervenir y resolver el problema. Esta no es ocasión para vengarse ni para exponer los defectos y faltas del otro. Tampoco es tiempo para armar un pleito. Al hablar con la iglesia, sinceramente ambas partes deben tener como propósito descubrir dónde estriba el problema.

XII. DEBEMOS VIVIR JUNTOS EN LA PRESENCIA DEL SEÑOR

A fin de resolver los problemas de la familia y gozar de una buena vida familiar, existe también la necesidad de tener influencias positivas. En particular, las familias con hijos deben separar un tiempo para orar como familia, un tiempo dedicado a esperar en el Señor y tener comunión acerca de asuntos espirituales. Tanto el esposo como la esposa deben estar abiertos a que la luz del Señor los juzgue en cuanto a muchos asuntos. Ni el esposo ni la esposa deben evitar ser avergonzados. Antes bien, ambos deben estar dispuestos a someterse al juicio de la luz de Dios. Deben ocurrir muchas transacciones espirituales en el seno de una familia. Los miembros de una familia deben pasar mucho tiempo orando juntos y teniendo comunión espiritual juntos. Esto es especialmente cierto en el caso de familias con hijos. Tales familias deben buscar oportunidades para acudir al Señor con mayor frecuencia. A fin de que una familia pueda avanzar apropiadamente, tanto el esposo como la esposa deben vivir en la presencia del Señor. Si ellos no viven delante del Señor, su familia tendrá problemas.

XIII. LA VIDA DE IGLESIA APROPIADA SE MANTIENE MEDIANTE UNA VIDA FAMILIAR APROPIADA

He mencionado doce puntos aquí y espero que ustedes aprendan estas lecciones en la familia. No sean descuidados ni necios en estos asuntos. Si usted no aprende bien estas lecciones, los problemas familiares pronto se convertirán en los problemas de la iglesia. Si un hombre no puede vivir junto a su esposa en el hogar ni puede ser uno con ella, jamás podrá ser uno con los hermanos y hermanas en la iglesia. Esto es

un hecho. Es imposible que una persona pelee con su cónyuge en la casa y luego venga a la iglesia con aleluyas brotando de sus labios. Uno puede ser un buen hermano en la iglesia sólo cuando es un buen esposo y padre en su hogar. Una vida de iglesia buena se mantiene mediante familias buenas. Los esposos tienen que ser buenos esposos y las esposas también tienen que ser buenas esposas. Entonces la vida de iglesia estará libre de problemas.

LOS PADRES

Lectura bíblica: Ef. 6:1-4; Col. 3:20

I. LAS RESPONSABILIDADES DE LOS PADRES

Aparte del libro de Proverbios, el Antiguo Testamento no parece impartir muchas enseñanzas sobre cómo ser padres. En el Nuevo Testamento, sin embargo, Pablo escribió algo acerca de cómo ser padres. La mayoría de los libros de este mundo enseñan a los hijos cómo ser hijos, pero no hay muchos libros que enseñen a los padres cómo ser padres. La mayoría de las personas le dan más importancia a las enseñanzas orientadas a los hijos. El Nuevo Testamento no presta mucha atención a las enseñanzas de cómo ser hijos, pero si presta más atención a la enseñanza para los padres. Si bien el Nuevo Testamento nos enseña algo sobre los hijos, el énfasis no está en ellos; más bien, tanto Efesios 6 como Colosenses 3 ponen más énfasis en los padres que en los hijos. Así pues, nosotros debemos aprender a ser padres debido a que Dios mismo le da más importancia al papel que desempeñan los padres que al que cumplen los hijos.

Si tratáramos de resumir lo que la Biblia dice acerca de cómo ser padres, veremos que entre las muchas cosas que deben hacer los padres, su deber más importante es criar a sus hijos en la enseñanza y amonestación del Señor, sin provocarlos a ira ni desalentarlos. Esto quiere decir que los padres deben ejercer dominio propio y no pueden ser negligentes en ningún sentido. Esto es lo que Pablo enseña al respecto.

Si bien es muy difícil ser esposo o esposa, espero que se den cuenta que hay algo más difícil todavía: ser padres. Ser un esposo o una esposa involucra a dos personas nada más, mientras que ser padre involucra a más de dos personas. Ser un esposo o una esposa es una cuestión que atañe a nuestra felicidad personal, pero al ser padres, determinamos el bienestar de la siguiente generación. Son los padres de hoy quienes llevan sobre sí la responsabilidad del futuro de sus hijos, los cuales conforman la siguiente generación.

Tenemos que comprender la seriedad que reviste tal responsabilidad. Dios ha colocado el cuerpo, el alma y el espíritu de una persona, incluso su vida entera y porvenir, en nuestras manos. Nadie influye tanto ni controla tanto el

futuro de una persona como sus padres. Es casi como si los padres pudiesen decidir si sus hijos irán al cielo o al infierno. Tenemos que aprender a ser buenos esposos y buenas esposas, pero sobre todo tenemos que aprender a ser buenos padres. Estoy persuadido que la responsabilidad de ser padre es aún mayor que la de ser cónyuge.

Ahora consideraremos la manera cristiana de ser padres. Tal conocimiento nos ahorrará muchos dolores de cabeza.

A. Debemos santificarnos por el bien de nuestros hijos

En primer lugar, todo padre deberá santificarse ante Dios por el bien de sus hijos.

1. El Señor se santificó a Sí mismo por el bien de Sus discípulos

¿Qué queremos decir con santificarse ante Dios? El Señor Jesús dijo: "Y por ellos Yo me santifico a Mí mismo" (Jn. 17:19). Esto no se refiere a ser santo, sino a si uno es santificado o no. El Señor Jesús es santo y Su naturaleza es santa, mas por el bien de Sus discípulos Él se santificó a Sí mismo. Había muchas cosas que Él podía haber hecho, las cuales no eran contrarias a Su santidad; sin embargo, Él se abstuvo de las mismas a causa de la debilidad de Sus discípulos. En muchos asuntos, las debilidades de los discípulos dirigían al Señor y restringían Su libertad. Había muchas cosas que el Señor pudo haber hecho, pero que no las hizo porque no quería que Sus discípulos las malinterpretaran o sufrieran tropiezos por causa de ellas. En lo que concierne a la naturaleza misma del Señor, con frecuencia le hubiera sido posible actuar de otro modo, pero se abstuvo de hacerlo por el bien de Sus discípulos.

2. No debemos andar de una manera suelta

De modo similar, aquellos que tienen hijos deben santificarse a sí mismos por el bien de sus hijos. Esto quiere decir que, por el bien de nuestros hijos debemos dejar de hacer muchas cosas que pudiéramos hacer. Asimismo, hay muchas cosas que pudiéramos decir, pero que no las decimos por el bien de nuestros hijos. Desde el día que traemos niños al seno de nuestra familia, debemos santificarnos.

Si usted no se restringe a sí mismo, no será

capaz de restringir a sus propios hijos. La ligereza de aquellos que no tienen hijos, ocasiona, en el peor de los casos, problemas sólo para ellos mismos, pero en el caso de aquellos que tienen hijos, su irresponsabilidad perjudicará a sus hijos tanto como a ellos mismos. Una vez que un cristiano trae a un niño a este mundo, tiene que santificarse. Recuerde que dos pares de ojos, a veces cuatro, están observándolo todo el tiempo. Estos habrán de observarlo por el resto de sus días. Incluso después que usted haya dejado este mundo, sus hijos no se olvidarán de lo que lo han visto hacer, y todo cuanto usted haya hecho permanecerá con ellos.

3. Debemos comportarnos en conformidad con ciertas normas

El día que nace su hijo debe ser el día en que usted se consagre. Usted debe fijarse determinados principios morales, normas de conducta en el hogar y juicios de orden moral que determinen lo que es correcto y lo que es erróneo. Usted tiene que fijar normas elevadas para determinar lo que es ideal y también tiene que definir un estándar en cuestiones espirituales. Usted tiene que actuar estrictamente en conformidad con tales normas. De otro modo, usted mismo tendrá problemas y, además, perjudicará a sus hijos. Son muchos los niños que son arruinados, no por extraños sino por sus propios padres. Si los padres carecen de principios éticos, morales y espirituales, ellos mismos arruinarán a sus propios hijos.

Tanto las decisiones como los juicios que hará un joven en el futuro, estarán determinados por el adiestramiento que haya recibido de sus padres durante los primeros años de su vida. Lo que usted le diga a su hijo puede ser olvidado o recordado por él, pero con toda seguridad, aquello que él ve en su casa permanecerá con él para siempre. Es de usted que él desarrollará su propio juicio moral y también es de usted que él desarrollará su propia escala de valores.

Todo padre debe recordar que sus acciones serán repetidas por sus hijos; lo que hagan no los afectará solamente a ellos. Si usted no tiene niños, puede hacer todo lo que quiera cuando está feliz, y puede dejar de hacer cualquier cosa y olvidarse de todo cuando no está contento. Pero una vez que usted tiene niños, tiene que restringirse. Tiene que actuar conforme a las normas más elevadas de conducta, le guste o

no. La vida entera de los niños que proceden de hogares cristianos dependerá del comportamiento de sus padres.

Recuerdo lo que un hermano me dijo cuando su hijo se involucró en ciertos problemas. Él dijo: “Mi hijo no es sino una réplica mía, y yo soy igual que él”. Cuando un padre ve algo en sus hijos, deberá darse cuenta que se está viendo a sí mismo. Él tiene que comprender que está contemplando un reflejo de su propia persona, pues sus hijos no hacen sino reflejarlo. A través de ellos, él se puede ver a sí mismo.

Es por esto que toda pareja debe consagrarse nuevamente a Dios en cuanto nace su primer hijo. Ellos deben acercarse al Señor y consagrarse nuevamente a Él. Desde ese momento, el Señor les ha encomendado un ser humano, poniendo en sus manos todo su ser: espíritu, alma y cuerpo, así como toda su vida y todo su futuro. Desde ese día, ellos tienen que ser fieles al encargo del Señor. Al firmar un contrato de trabajo, algunos se comprometen a realizar una determinada labor durante uno o dos años, pero esta labor de ser padres dura toda la vida; este compromiso no tiene límite en el tiempo.

4. Debemos estar conscientes de que nuestros hijos nos han sido confiados

Entre los creyentes de China, ningún fracaso es tan grande como tener un fracaso como padres. Me parece que esto se debe a la influencia que ejerce el paganismo. El fracaso que uno pueda sufrir en su carrera profesional no se puede comparar con el fracaso que uno puede sufrir como padre. Inclusive fracasar como esposo o esposa no se puede comparar con el fracaso como padres. Un esposo o una esposa todavía puede protegerse a sí mismo, pues ambos llegan al matrimonio con más de veinte años de edad. Pero cuando un niño es puesto en nuestras manos, él no se puede proteger a sí mismo. El Señor les ha confiado un niño. Ustedes no pueden retornar al Señor diciéndole: “Tú me confiaste cinco niños y he perdido tres”. Ustedes no podrán decirle: “Tú me confiaste diez niños y perdí ocho”. La iglesia no podrá avanzar si los padres no están conscientes de que a ellos se les ha confiado esos niños. No queremos ver que nuestros hijos tengan que ser rescatados del mundo. Supongamos que engendramos niños, los perdemos al mundo y, después tratamos de

rescatarlos. Si permitimos que esto suceda, el evangelio jamás será predicado hasta lo último de la tierra. A nuestros hijos se les ha impartido muchas enseñanzas y hemos estado cuidándolos por muchos años; por lo menos estos niños tienen que ser conducidos al Señor. Estamos equivocados si no cuidamos de nuestros propios hijos. Les ruego que no olviden que es responsabilidad de los padres asegurarse de que sus hijos resulten personas de bien.

Permítanme decirles esta palabra. A lo largo de la historia de la iglesia, el fracaso más grave entre los cristianos ha sido el fracaso en ser padres, y esto es algo que a nadie le importa mucho. Los niños son personas todavía tiernas que están en vuestras manos y no pueden hacer mucho por sí mismas. Si usted es suelto en su vida personal, también lo será con sus hijos. Tiene que comprender que, por ser padre, deberá ejercer dominio propio y sacrificar su libertad personal. Dios le ha encomendado en sus manos a un ser humano, con su cuerpo y su alma. Si usted no ejerce dominio propio ni renuncia a sus libertades, se verá en aprietos cuando tenga que responder ante Dios en el futuro.

B. La necesidad de andar con Dios

En segundo lugar, los padres no solamente tienen que percatarse de la responsabilidad que han asumido y, por ende, santificarse ellos mismos por el bien de sus hijos, sino que además, tienen que andar con Dios.

Uno se santifica a sí mismo por el bien de sus hijos. Pero esto no significa que uno pueda ser suelto y frívolo cuando está solo. Un padre no deberá ejercer dominio propio sólo por el bien de sus hijos. El Señor Jesús no carecía de santidad en Sí mismo; Él no se santificaba a Sí mismo sólo por el bien de Sus discípulos. Si el Señor Jesús se santificara a Sí mismo solamente por el bien de Sus discípulos, pero no fuese santo Él mismo, habría sido un fracaso completo. Del mismo modo, los padres tienen que santificarse por el bien de sus hijos, pero ellos mismos también tienen que andar con Dios.

No importa cuánta devoción manifieste en presencia de sus hijos, si usted no es genuino en su fervor, sus hijos fácilmente se darán cuenta de su verdadera condición. Aun cuando usted mismo no esté claro al respecto, ellos sí lo estarán. Quizás usted sea una persona suelta,

pero se esfuerce por comportarse muy cuidadosa y prudentemente cuando están presentes sus hijos. Pero, en realidad, usted no es aquella persona que pretende ser. Por favor, recuerden que a los hijos les es muy fácil descubrir su verdadera condición. Si usted es una persona descuidada y trata de actuar de una manera discreta delante de sus hijos, ellos fácilmente detectarán su verdadera condición y se darán cuenta de que usted pretende ser alguien que no es. Así pues, usted no solamente tiene que santificarse a sí mismo delante de sus hijos por el bien de ellos, sino que usted también tiene que ser una persona que genuinamente anda con Dios igual que Enoc lo hizo.

Quisiera llamar su atención hacia el ejemplo de Enoc. Génesis 5:21-22 dice: "Vivió Enoc sesenta y cinco años, y engendró a Matusalén. Y caminó Enoc con Dios, después que engendró a Matusalén, trescientos años, y engendró hijos e hijas". No sabemos la condición en la que se encontraba Enoc antes de cumplir sesenta y cinco años de edad, pero después que engendró a Matusalén, sabemos que él caminó con Dios por trescientos años. Después, él fue arrebatado por Dios. Este es un caso especial en el Antiguo Testamento. Antes que Enoc engendrara hijos, no sabemos nada acerca de su condición, pero después que él engendró a Matusalén, la Biblia afirma que Enoc caminó con Dios. Cuando tuvo sobre sus hombros la carga de la familia, él comenzó a percibir su debilidad. Él se percató de que su responsabilidad era demasiado grande y que él no podría asumirla por su propia cuenta. Así que, él comenzó a caminar con Dios. Él no sólo caminó con Dios en presencia de su hijo; él caminó con Dios incluso cuando estaba solo. Él sentía que si no caminaba con Dios, él no sabría cómo criar a sus niños. Enoc no sólo engendró a Matusalén, sino a muchos otros hijos; no obstante, él caminó con Dios por trescientos años. Su responsabilidad como padre no le impidió caminar con Dios; más bien, tal responsabilidad hizo que él caminara con Dios. Finalmente, él fue arrebatado. Por favor recuerden que la primera persona en ser arrebatada fue un padre. La primera persona en ser arrebatada fue una que tuvo muchos hijos y, aun así, caminó con Dios. La manera en que uno cumple con sus responsabilidades en una familia, no es sino el reflejo de su condición espiritual delante de Dios.

Tenemos que comprender que a fin de conducir nuestros hijos al Señor con la debida autenticidad, es necesario que seamos personas que caminan con Dios. No podemos enviar nuestros hijos a los cielos simplemente indicándoles el camino a seguir. Tenemos que ir delante de ellos. Sólo entonces podemos pedir de nuestros hijos que nos sigan. Aunque los padres cristianos quieren que sus hijos sean mejores que ellos mismos y abrigan la esperanza de que sus hijos no amarán al mundo y proseguirán de una manera positiva, hay muchas familias que no andan bien debido a que los padres mismos no avanzan. Si este es el caso, independientemente de cuánto se esfuerce, tal familia jamás logrará sus objetivos. Tenemos que recordar que el estándar que adopten los hijos no podrá ser más elevado que lo adoptado por sus padres. Esto no quiere decir que debemos fijar un estándar falso. Debemos tener un estándar que es genuino y espiritual. Si lo tenemos, nuestros hijos se ceñirán a lo mismo.

Por favor perdónenme por decir algo que suena simple y elemental. Cierta vez visité a una familia y vi que la mamá le daba una paliza a su hijo por haber mentido. Sin embargo, en esta familia, también el padre y la madre solían mentir. Yo averigüé que ellos habían mentido en muchas ocasiones, pero cuando su niño mintió, fue castigado. Hablando con franqueza, el verdadero error del niño consistía en la técnica que empleó para mentir, es decir, fue atrapado mintiendo. La única diferencia entre los padres y el niño era que este fue atrapado mintiendo, mientras que aquellos no. No era cuestión de si había mentido o no, sino de su habilidad para mentir. Uno de ellos mintió, y fue atrapado y castigado. Si usted aplica criterios distintos para cada caso, ¿cómo podrá criar a sus hijos? ¿Cómo puede decir a sus hijos que no mientan, cuando usted mismo es un mentiroso? Usted no debiera aplicar un criterio para su vida y otro criterio para la vida de sus hijos. Esto jamás tendrá éxito. Suponga que sus hijos ven en usted y reciben de usted únicamente mentiras y embustes. Cuanto más los castigue, más problemas tendrá. Algunos padres les dicen a sus hijos: “Espera a llegar a los dieciocho años y sólo entonces te dejaré fumar”. Lo que muchos hijos se dicen en sus corazones es: “Cuando tenga dieciocho años, mi padre me dejará mentir. Todavía no tengo dieciocho años, así que no puedo mentir, pero cuando los cumpla podré mentir”. Con esto

usted está empujando a sus hijos al mundo. Usted tiene que caminar con Dios tal como lo hizo Enoc, a fin de poder criar a sus hijos tal como lo hizo Enoc. Si usted no camina con Dios, no puede pretender criar a sus hijos tal como lo hizo Enoc.

Por favor no se olviden que sus hijos aprenderán a amar lo que usted ama y a aborrecer lo que usted aborrece. Ellos aprenderán a valorar lo que usted valora y a condenar lo que usted condena. Usted tiene que establecer ciertos principios morales, tanto para usted como para sus hijos. Los principios morales que usted adopte, también serán los de sus hijos. Sus hijos amarán al Señor en la misma medida en que usted lo ama. En una familia, únicamente se puede establecer un estándar, no dos.

Conozco a una familia cuyo padre es un cristiano nominal, sólo de nombre. Él nunca asiste a las reuniones de la iglesia, pero quiere que sus hijos vayan todos los domingos. Cada domingo por la mañana, él les da a sus hijos una propina y les dice que vayan a la iglesia. El dinero es para que los niños den alguna ofrenda. Por la tarde, esta persona se dedica a jugar en casa un juego de azar, el *mahjong,* con sus tres amigos. Sin embargo, con el pretexto de ir a las reuniones de la iglesia, sus hijos gastaban las propinas de su padre en golosinas y se escabullían del salón de reunión para irse a jugar afuera hasta que el pastor estaba a punto de acabar su sermón; entonces entraban a hurtadillas al salón para escuchar una o dos frases finales. Cuando llegaban a casa, le daban a su padre un informe agradable. Estos niños compraron golosinas, jugaron y dieron su informe. Este es, claro, un caso extremo.

Espero que comprendamos que Dios nos ha encomendado a nuestros hijos, y que debemos aplicar las mismas normas de conducta para toda la familia. Nosotros mismos no debemos practicar todo cuanto les prohibimos a nuestros niños. Jamás se debieran aplicar dos diferentes estándares en el seno de una misma familia, uno para los hijos y otro para nosotros los padres. Todos tenemos que medirnos con el mismo estándar por el bien de nuestros hijos. Tenemos que santificarnos a nosotros mismos a fin de mantener las mismas normas de conducta para toda la familia. Una vez que fijamos cierto criterio de conducta, nosotros mismos tenemos que respetarlo. Espero que

todos nosotros cuidemos bien a nuestros hijos. Ellos nos están observando constantemente. El hecho de que ellos se porten bien o no, depende de si nosotros nos conducimos adecuadamente. Ellos no sólo nos escuchan, sino que nos están viendo todo el tiempo. Tal parece que ellos llegan a enterarse de todo. Ellos perciben cuando estamos tratando de intimidarlos y cuando estamos actuando para ser vistos de ellos. No debiéramos pensar que podemos engañar a nuestros hijos. ¡No! Ellos no pueden ser engañados. Ellos saben cómo nos sentimos y ven con claridad lo que realmente sucede en nosotros. Todo cuanto exigimos de nuestros hijos, también tenemos que asumirlo como parte de nuestra propia postura.

Después que Enoc engendró a Matusalén, caminó con Dios por trescientos años. ¡Qué cuadro tan maravilloso es este! Él engendró muchos niños; aun así, fue capaz de caminar con Dios por trescientos años. Él era un padre auténtico, despojado de cualquier pretensión. Tal andar es apropiado a los ojos de Dios.

C. La necesidad de que ambos padres sean de un mismo parecer

En tercer lugar, ambos padres tienen que compartir el mismo parecer a fin de que su familia sea saludable. Ellos tienen que ser de un mismo parecer al sacrificar su propia libertad por causa de Dios y al establecer en su hogar estrictos principios morales. El punto de vista del padre no debiera diferir del de la madre. Estoy hablando acerca de las familias en las que ambos padres son cristianos. Si uno de ellos no es cristiano, entonces es un caso distinto.

Frecuentemente, la postura del padre y la madre ante ciertos asuntos no es la misma. Como resultado, dan cabida a que sus hijos pequen libremente. Será muy difícil que los hijos adopten ciertos principios absolutos que rijan su conducta si sus padres no son de un mismo parecer. Si con respecto a cierto asunto el padre da un sí de aprobación, mientras que la madre dice que no, o viceversa, entonces los hijos acudirán al padre que más les convenga. Si les resulta más conveniente preguntar al padre, acudirán al padre; pero si les resulta más conveniente la respuesta de la madre, acudirán a la madre. Esto de inmediato crea una gran discrepancia en la familia.

Me enteré de una pareja de ancianos cristianos que tenían diferentes puntos de vista. Uno de

los cónyuges tenía cierto parecer, mientras que el otro tenía un parecer distinto. Su relación como marido y mujer era bastante deficiente. Como resultado, llegaron a ser padres muy deficientes. Sus hijos adoptaron la costumbre de preguntar a la madre acerca de aquellas cosas que ella aprobaba y preguntar al padre cuando se trataba de asuntos que él aprobaba. Así ellos los manipulaban al hacerles sus pedidos. Si la madre, al llegar a casa, reconvenía a sus hijos por cierto comportamiento, ellos respondían: "Le pedimos permiso a papá". Si el padre, al llegar a su hogar, reconvenía a sus hijos por algo que hicieron, ellos le dirían: "Le pedimos permiso a mamá". Como resultado de manipular a sus padres, tales niños obtenían completa libertad. Hace veinte años, le dije al padre: "Si esta clase de situación continúa, con toda seguridad tus hijos se apartarán del Señor". Él me respondió: "No será así". Actualmente, todos sus hijos se han graduado de la universidad y algunos hasta tienen estudios en el extranjero, pero ninguno de ellos ha creído en el Señor. Además, todos ellos son muy indisciplinados.

Es diferente si uno de los padres es un incrédulo. Sin embargo, si ambos son creyentes, la severa disciplina de Dios les espera. Si uno de ellos no es creyente, el esposo o la esposa creyente puede orar pidiendo misericordia de una manera específica, pero si ambos son creyentes y aun así conducen a sus hijos en direcciones divergentes, sólo pueden esperar problemas en el futuro.

Siempre que sus hijos se metan en problemas, ambos padres deben esforzarse por ser de un mismo parecer. Tienen que manifestar un mismo parecer ante sus hijos. Sea lo que fuere que sus hijos pidan o pregunten, la primera respuesta del esposo debiera ser: "¿Ya le preguntaste a tu madre? ¿Qué dijo ella? Si ella te dijo que sí, entonces puedes hacerlo". Si usted es la esposa y sus hijos le preguntan algo, su primera respuesta debiera ser: "¿Ya le preguntaron a su padre? Cualquiera cosa que les haya dicho, yo les diré lo mismo". Si su cónyuge está equivocado o no, ya es un asunto distinto. Usted tiene que adoptar la misma postura que su cónyuge. Si existe algún desacuerdo, ambos cónyuges deben encerrarse en su habitación hasta ponerse de acuerdo. No permitan que se genere una vía de escape. En cuanto encuentren una escapatoria, sus hijos aprovecharán para tomarse libertades. A los

hijos siempre les gusta buscar salidas. Si el esposo se percata de algún error cometido por su esposa, y viceversa, cualquier cuestionamiento sobre por qué se dijo algo a los hijos, deberá ser hecho a puertas cerradas. Es muy importante aclarar cualquier desacuerdo, pero usted jamás debiera permitir que sus hijos encuentren una vía de escape entre ustedes. Si los padres son de un mismo parecer, les será fácil conducir a sus hijos al Señor.

D. Los derechos de los hijos deben ser respetados

En cuarto lugar, un principio bíblico elemental es que los hijos nos han sido dados por Jehová (Sal. 127:3). Según la Biblia, al hombre le han sido confiados sus hijos de parte de Dios. Un día, él tendrá que rendir cuentas a Dios por aquello que le fuera confiado. Nadie puede decir que sus hijos son suyos y de nadie más. El pensamiento de que los hijos de uno son solamente suyos y que, por ello, uno puede hacer lo que se le antoje con ellos y ejercer control absoluto sobre ellos, es un concepto pagano; no se trata de un concepto cristiano. El cristianismo jamás enseñó que nuestros niños son nuestra propiedad. Más bien, reconoce que los hijos nos fueron confiados por Dios y que los padres no pueden ejercer un control despótico sobre ellos durante su niñez.

1. La autoridad paterna no es ilimitada

Algunas personas tienen el concepto de que, por ser padres, siempre están en lo correcto. Tales personas suelen aferrarse a este concepto aún después de haberse hecho cristianas. Por favor recuerden que son muchos los padres que no siempre están en lo correcto; en muchas ocasiones los padres están completamente equivocados. No debiéramos adoptar conceptos paganos y no debiéramos suponer que tenemos autoridad ilimitada sobre nuestros hijos.

Les ruego tengan presente que los padres no tienen una autoridad absoluta sobre sus hijos. Sus hijos tienen espíritu y alma propios, sobre los cuales los padres no ejercen control alguno. Puesto que los hijos poseen espíritu y alma propios, ellos ejercen control sobre sí mismos. Ellos pueden ir al cielo o al infierno. Ellos tienen que ser responsables de ellos mismos ante Dios. No podemos tratarlos como si fueran objetos o como si fueran nuestra propiedad. Así pues, no debiéramos suponer que podemos ejercer autoridad ilimitada sobre ellos; Dios no

nos ha otorgado tal autoridad absoluta sobre ellos. Dios nos ha dado autoridad ilimitada sobre objetos inertes, pero Él no nos dio autoridad ilimitada sobre seres humanos que poseen espíritu y alma propios. Nadie puede tener autoridad absoluta sobre otra persona poseedora de espíritu y alma propios. Pensar que pueda existir tal clase de autoridad absoluta sobre otras personas es un concepto pagano, el cual se relaciona con la soberbia y no debe ser hallado entre nosotros.

2. Los hijos no son el medio por el que los padres pueden dar rienda suelta a su ira

Nosotros solemos comportarnos razonablemente con nuestros amigos y con otros miembros de nuestra familia. Solemos ser amables y considerados con nuestros colegas, y somos todavía más respetuosos con nuestros superiores. Procuramos llevarnos bien con toda clase de persona. Sin embargo, tratamos a nuestros hijos como si fuesen nuestra propiedad, olvidándonos que ellos también poseen espíritu y alma propios, y que son regalos de Dios. Es posible que nosotros desfoguemos nuestra ira en nuestros hijos y que los tratemos como se nos antoje. Algunas personas creen que necesitan ser amables con todo el mundo, excepto con sus propios hijos. Pareciera que ellos ven a sus hijos como el medio que les permite dar rienda suelta a su ira. Yo sé de padres que se comportan así en su hogar. Ellos parecen creer que un hombre debe ser amable y gentil, pero que a la vez debe tener mal genio. Pareciera que estas personas no se sienten completas si no han perdido los estribos. No obstante, ellos se dan cuenta de que se meterían en problemas si perdieran los estribos con cualquier otra persona. Si ellos se comportaran así frente a sus superiores, serían despedidos; y si lo hacen con sus amigos, serían despreciados. Así pues, tales personas piensan que sólo hay un lugar en el que pueden perder la paciencia sin tener que sufrir ningún castigo; y este lugar es en su hogar y con sus niños. Muchos padres manifiestan un genio terrible hacia sus hijos. Es como si sus hijos fuesen el caldo de cultivo apropiado para su ira.

Por favor discúlpenme por hablarles con tanta severidad. He visto a muchos padres gritar a sus hijos durante la cena y después volverse a mí y decir: “Señor Nee, por favor sírvase; la comida está deliciosa”. Cuando esto sucede, no me queda ningún deseo de probar la comida. Con frecuencia tales cosas suceden con un

intervalo de sólo unos minutos. Por un lado, riñen a sus hijos; por el otro, dicen: “Señor Nee, sírvase por favor”. El problema con algunos padres es que consideran que sus hijos son el medio por el cual ellos, justificadamente, pueden dar rienda suelta a su ira. ¿Acaso Dios nos dio hijos para que tengamos alguien con quién desfogar nuestra ira? ¡Que Dios tenga misericordia de nosotros!

Debemos tener presente que Dios no le ha negado todos los derechos a los niños. Dios no ha despojado a los niños de autoestima, libertad personal, ni de sus propios rasgos personales. Él no nos ha confiado nuestros niños para que los golpeemos y regañemos. No hay tal cosa. Tales pensamientos no corresponden al pensamiento cristiano; no forman parte del conceptos cristianos. Por favor que tengan presente que el estándar por el cual distinguimos lo correcto y lo equivocado es el mismo, tanto para nosotros como para nuestros hijos. Tanto nosotros como nuestros niños debemos estar regidos por las mismas normas de conducta. No podemos tener un estándar para nosotros y otro para ellos. Permítanme decirle algo a los nuevos creyentes: ustedes tienen que ser tiernos y amables con sus hijos. Jamás sea rudo con ellos. No debe regañarlos ni reprenderlos arbitrariamente y mucho menos debe golpearlos a su antojo.

Por favor recuerden que semejante conducta con sus hijos los llevará a ser indulgentes consigo mismos. Todo aquel que quiera conocer a Dios tiene que aprender a dominarse a sí mismo. En especial, uno debe controlarse a sí mismo cuando disciplina a sus hijos. Esta clase de dominio propio viene de respetar apropiadamente el alma de sus hijos. No importa cuán pequeño o débil sea un niño, recuerden que él posee su propia personalidad; Dios le ha dado personalidad y alma propias. Usted no debe dañar su carácter ni destruir su personalidad o menospreciar su alma. No debe tratarlo de manera arbitraria. Tiene que aprender a respetarlo como persona.

Al mismo tiempo, nuestros hijos han sido confiados a nuestra familia. Así pues, nuestros propios principios morales tienen que ser los principios morales de toda la familia. Todo cuanto se aplique a los hijos, también deberá aplicarse a nosotros. Los padres no tienen derecho alguno a desfogar su ira con sus hijos. Un cristiano no debe perder la paciencia con

nadie, ni siquiera con sus propios hijos. Es incorrecto dar rienda suelta a nuestro enojo con cualquiera, no importa quién sea la otra persona. Tenemos que comportarnos como personas razonables y, lejos de adoptar cualquier otra actitud, lo único que nos está permitido es tratar de razonar con nuestros hijos. No trate de intimidarlos simplemente porque ellos son pequeños y débiles. Los que oprimen a los pequeños y a los débiles son los más cobardes entre los hombres.

3. No se conviertan en la cruz de sus hijos

En cierta ocasión, dos estudiantes conversaban en la escuela. Una de las niñas le decía a la otra: "Yo conozco a mi padre; él daría su vida por mí". ¡Escúchenla! Se trata del comentario de una niña acerca de su padre. Su padre era un cristiano. Esta era la clase de padre que él era hacia ella. La otra niña también procedía de una familia cristiana. Su padre era áspero con ella y fácilmente desfogaba su ira en ella. Cierta vez, esta niña escuchó un sermón dado en la escuela; después de ello, fue a casa y su padre le preguntó que había aprendido ese día. Ella le contestó: "Ahora sé que el Señor ha querido que tú seas mi padre a fin de que seas mi cruz". Ambos padres eran cristianos; sin embargo, ¡cuánta diferencia había entre ellos!

Me gustaría decirles a los padres: no se apresuren en exigir obediencia de sus hijos. En lugar de ello, primeramente exijan de ustedes mismos ser buenos padres delante del Señor. Si ustedes no son buenos padres, jamás podrán ser buenos cristianos. Dios no nos dio a nuestros hijos con el propósito de que nos convirtamos en su cruz. Dios nos dio hijos a fin de que, delante del Señor, aprendamos a honrar su libertad y personalidad, así como sus almas.

E. No provoquemos a ira a nuestros hijos

En quinto lugar, Pablo nos indicó algo importante que no deben hacer los padres: no deben provocar a ira a sus hijos (Ef. 6:4).

1. No debemos abusar de nuestra autoridad

¿Qué quiere decir provocar a ira a nuestros hijos? Esto se refiere a abusar de nuestra autoridad. Uno puede ejercer dominio sobre sus hijos por medio de su fuerza física. Esto siempre es una posibilidad debido a que los padres son más fuertes que sus hijos. O uno puede tratar de subyugar a sus hijos por medio

de su poderío financiero. Uno puede decirles: "Si no me obedecen, no les daré dinero alguno. Si no me hacen caso, los privaré de alimentos y de vestido". Puesto que los niños dependen de su padre para su sustento, él los domina por medio de su dinero cuando los amenaza con privarlos de tal suministro. Mientras que algunos padres dominan a sus hijos por medio de su poderío físico, otros los dominan por medio de su férrea voluntad. Esto puede provocar a ira a sus hijos. Cuando ellos son provocados de esa manera, siempre estarán buscando la oportunidad de ser libres. Llegará el día en que romperán toda atadura y buscarán ser completamente libres.

Yo conozco un hermano cuyo padre era jugador y fumador empedernido, y que solía comportarse groseramente en su casa. Él malversó fondos públicos y estaba involucrado en muchos otros negocios turbios. A pesar de ello, asistía a las reuniones de la iglesia y quería que todos sus hijos fueran a la iglesia. Si sus hijos no iban, él los reprendía con dureza y los castigaba con toda severidad. Tal padre hizo que sus hijos perdieran todo gusto por su familia, mientras que al mismo tiempo insistía que sus hijos asistieran a las reuniones de la iglesia. Después, un hermano, cuyo padre era esta persona me confesó: "Yo había jurado que el día que fuese adulto jamás volvería a ir a una sola reunión de la iglesia. En cuanto pudiese sostenerme a mí mismo, yo iba a alejarme de la iglesia". Aunque este hermano juró de esta manera, al final fue salvo. ¡Gracias a Dios! De otro modo, se habría convertido en otro opositor del cristianismo. Este es un asunto muy serio. Tal padre no se esforzaba por hacer que sus hijos lo amasen a él y, aun así, les exigía ir a la iglesia. Esto jamás dará resultado. Esto provoca a ira a los hijos. Los padres no deben abusar de la autoridad que tienen sobre sus hijos ni deben provocarlos a ira. Ellos jamás deberían hacer que sus hijos se endurezcan en contra de ellos o sean rebeldes hacia ellos.

Recuerdo otro hombre que no es salvo, a quien no hace mucho volví a ver. Esta persona había sido obligada a leer la Biblia, tanto en su casa como en su escuela parroquial. No quiero decir que los padres no deban fomentar que sus hijos lean la Biblia. Lo que digo es que tienen que atraerlos y los padres mismos deben ser un ejemplo para ellos. Jamás dará resultado si ustedes simplemente les dicen que el Señor es precioso y, al mismo tiempo, abusan de ellos

constantemente. Había una mamá que se decía ser cristiana. Ella tenía un genio malísimo. Ella se obstinaba en que su hijo leyera la Biblia y fuese a una escuela parroquial. Un día su hijo le preguntó cuándo podría dejar de leer la Biblia. Su madre le respondió: “Cuando te gradúes de la escuela secundaria, podrás dejar de leer la Biblia”. El día en que este muchacho recibió su diploma de escuela secundaria, tomó sus tres ejemplares de la Biblia y los quemó en su patio. Usted debe atraer a sus hijos de una manera natural. De otro modo, cuando ellos son provocados a ira podrían hacer cualquier cosa. Usted quiere que ellos sean buenos, pero ellos se rebelarán contra usted en cuanto sean libres para hacerlo. Cuando se habla de provocar a ira a nuestros hijos, se está haciendo referencia a esto. No provoquéis a ira a vuestros hijos. Tienen que aprender a ser padres apropiados, a manifestar amor, ternura y un testimonio apropiado para sus hijos. También tienen que atraerlos ellos. No abusen de su autoridad. La autoridad puede ser ejercitada únicamente si hay dominio propio. Si usted abusa de su autoridad, estará sofocando su relación con sus hijos.

2. Debemos manifestar el debido aprecio

Además, ustedes deben manifestar el aprecio debido hacia sus hijos cuando ellos se portan bien. Algunos padres únicamente saben castigar y regañar a sus hijos; no saben hacer otra cosa. Esto fácilmente provoca a ira a sus hijos. No se olviden que muchos niños tienen el deseo de ser buenos. Si usted solamente los regaña y castiga, sus hijos se sentirán desalentados, tal como dice Pablo en Colosenses 3:21. Ellos se dirán que no vale la pena portarse bien porque sus padres, de todas maneras, jamás expresarán reconocimiento alguno. Usted debe alentar a sus hijos cuando se portan bien. Quizá usted puede decirles: “Hoy se han portado muy bien. Quiero recompensarlos por ello y darles algo especial”. Los hijos no solamente necesitan ser disciplinados, sino también recompensados. De otro modo, serán desalentados.

Una vez leí un relato acerca de una niña cuya madre sólo la golpeaba y la regañaba. En aquel entonces, esta niña era buena por naturaleza. Puesto que sentía que su madre no aprobaba lo que ella hacía, un día decidió que ella habría de esforzarse por complacerla. Al llegar la noche, habiendo desvestido y puesto en cama a su hija,

la mamá se disponía a salir de la habitación. Mientras la mama se alejó, su hija la llamó. La mamá le preguntó qué quería, pero su hija no respondió. Nuevamente, la mamá comenzó a alejarse, y la hija la volvió a llamar. Cuando la mamá le preguntó nuevamente, su hija respondió: “Mamá, ¿no tienes nada que decirme?”. Este es uno de los relatos que cuenta el Sr. Bevin. Después que la mamá se fue, la niña lloró durante dos horas. Su madre era muy insensible. Ella sólo sabía castigar y regañar a su hija; pero carecía de la sensibilidad necesaria para hacer otra cosa.

Les ruego tengan presente que el Nuevo Testamento contiene más enseñanzas para los padres que para los hijos. El mundo entero habla acerca de los errores que los hijos suelen cometer, pero el Señor habló acerca de los errores que los padres cometen. Puesto que el mundo habla tanto acerca de los errores que los hijos cometen, nosotros no tenemos que decir mucho al respecto. La Biblia nos dice que si los padres no son lo suficientemente sensibles, serán propensos a provocar a ira a sus hijos así como a desalentarlos. A esto se debe que la Biblia hable tanto acerca de cómo ser padres. No hay oficio más difícil en este mundo que esto. Aquellos que son padres deben dedicarse con todas sus fuerzas y con toda su mente a ser padres apropiados. Por favor, no sean insensibles hacia sus hijos.

F. Debemos ser exactos al hablar

En sexto lugar, las palabras de los padres revisten mucha importancia para sus hijos. No solamente usted mismo debe ser un modelo para sus hijos, sino que también debe darse cuenta que sus palabras revisten gran importancia para ellos.

1. No debemos hacer promesas vanas

Por favor recuerden que los padres jamás debieran ofrecer a sus hijos aquello que no podrán llevar a cabo. Usted no debe hacer vanas promesas a sus hijos. No les prometa nada que usted no esté en posibilidades de cumplir. No les prometa algo que no podrá cumplir. Si sus hijos desean que usted les compre algo, usted primero debe considerar su capacidad financiera. Si usted buenamente puede hacerlo, hágalo. Si no puede hacerlo, tiene que decirles: “Me esforzaré al máximo y haré lo que pueda, pero no puedo hacer aquello que excede mi capacidad”. Cada palabra que

salga de su boca debe ser digna de confianza. No deben pensar que esto es algo insignificante. Usted jamás debiera permitir que sus hijos abriguen alguna duda acerca de sus palabras. No solamente ellos no deben abrigar dudas respecto de lo que usted les diga, sino que, además ellos deberían tener la certeza de que usted les habla con exactitud. Si los hijos constatan que lo que sus padres les dicen no es digno de confianza, crecerán comportándose irresponsablemente. Ellos darán por sentado que si uno puede ser descuidado al hablar, también puede comportarse irresponsablemente en todo aspecto. Existen ciertas expresiones que solamente pueden ser usadas en la política y tales expresiones no se ajustan a los hechos. Los padres deben abstenerse de usar tales expresiones. Son muchos los padres que aparentemente, son muy bondadosos con sus hijos. Les prometen todo cuanto ellos piden, pero nueve de cada diez veces ellos no pueden cumplir con lo que prometen. Tal clase de promesas maravillosas únicamente produce una cosa en los hijos: desilusión. Usted tiene que prometer únicamente aquello que es capaz de cumplir. Si usted no va a poder hacer algo, no lo prometa. Si usted no está seguro de poder llevarlo a cabo, dígaselos. Sus palabras tienen que ser exactas.

2. Las órdenes deben ser cumplidas

Otras veces, quizás usted no prometa algo, sino que da cierta orden. Si usted abrió su boca para ordenarles algo a sus hijos, tiene que asegurarse que ello sea llevado a cabo. Usted tiene que hacer que ellos comprendan que usted siempre habla en serio. Muchas veces usted da una orden, pero luego lo olvida. Esto es un error. No debiera decirles a sus hijos que está bien que ellos no lo hagan en esta oportunidad, siempre y cuando lo hagan la próxima vez. Si usted los excusa, no les está haciendo favor alguno. Usted debe dejar bien en claro ante sus hijos que una vez que usted les ordena algo, ellos tienen que hacerlo ya sea que usted lo recuerde o no. Si usted se los dijo una vez, lo puede decir cien veces. Si sus palabras cuentan en una ocasión, ellas deberán contar en cien ocasiones. Usted no debe anular sus propias palabras. Muéstreles a sus hijos, desde su juventud, que la palabra de uno es sagrada, ya sea que se trate de una promesa o una orden. Por ejemplo, si usted le dice a su niño que barra su cuarto cada mañana, primero usted tiene que haber considerado si él será capaz de hacer esto o no.

Si él no lo hizo hoy, usted tiene que asegurarse de que lo haga mañana. Si al siguiente día no lo hizo, usted tiene que asegurarse que lo haga el día subsiguiente. Usted tiene que mantener su orden este año y tiene que mantenerlo el siguiente. Tiene que ser patente para sus hijos que ninguna de sus palabras fueron dichas a la ligera y que, una vez pronunciadas, tienen que ser ejecutadas. Pero, si ellos constatan que las palabras de sus padres no cuentan para nada, cualquier cosa que les digan carecerá de eficacia. Por tanto, toda palabra que salga de sus labios debe ser práctica y basada en ciertos principios.

3. Debemos corregir cualquier exageración

Algunas veces, usted exagera sus palabras. Entonces, deberá buscar una ocasión propicia para decirle a sus hijos que en tal ocasión usted exageró. Usted tiene que ser exacto al hablar. Algunas veces usted quizás haya visto solamente dos vacas, pero dijo que eran tres; o quizás vio cinco pájaros, pero dijo que eran ocho. En tales ocasiones, corríjase de inmediato. Al hablar con sus hijos usted tiene que aprender a corregirse todas las veces que sea necesario. Debe aprender a decir: “Lo que les acabo de decir no es exacto. Había dos vacas, no tres”. Usted debe dejar bien en claro ante ellos que todas nuestras palabras deben ser santificadas. Todo cuanto ocurre en el seno de nuestra familia debería ser usado para la formación de un carácter cristiano en nuestros hijos. Así pues, sus palabras tienen que ser santificadas. Cuando sus hijos hablen, también sus palabras deben ser santificadas y exactas. Cuando usted diga algo equivocado, deberá darle la debida importancia al reconocer su error. De este modo, usted estará adiestrando a sus hijos a santificar sus palabras. Muchos padres suelen decir cinco cuando quieren decir tres, y dicen tres cuando en realidad querían referirse a dos. Tales padres hablan irresponsablemente y no constituyen un buen ejemplo en el hogar. Como resultado de ello, sus hijos jamás comprenderán cuán sagradas son sus palabras.

Todos estos problemas ocurren debido a que nos hace falta recibir más disciplina del Señor. Nosotros debiéramos experimentar la disciplina del Señor y conducir a nuestros hijos en la disciplina del Señor. Por lo menos, debemos mostrarles que nuestras palabras son sagradas. Toda promesa debe ser realizada y toda orden debe ser cumplida. Si hacemos esto,

nuestros hijos recibirán el adiestramiento apropiado.

G. Debemos criar a nuestros hijos en la disciplina y amonestación del Señor

En séptimo lugar, deben criar a sus hijos en la disciplina y amonestación del Señor (Ef. 6:4). La disciplina del Señor consiste en decirle a una persona cómo debe comportarse. Ustedes deben considerar que sus hijos son cristianos, no gentiles. La disciplina del Señor le indica a una persona cuál es el comportamiento que es propio de un cristiano. El Señor se ha propuesto hacer que todos nuestros hijos lleguen a ser cristianos. Él no desea que ninguno de ellos sea gentil o incrédulo. Usted debe hacer planes para que sus hijos no sólo lleguen a ser cristianos, sino cristianos ejemplares. Así pues, usted debe darles a entender lo que es un cristiano apropiado por medio de instruirlos en la disciplina del Señor. Al respecto, debemos tratar una serie de aspectos.

1. Debemos ayudar a nuestros hijos a tener aspiraciones apropiadas

Lo más importante para un niño son sus aspiraciones. Todo niño tiene alguna aspiración para su futuro. Si el gobierno permitiera que todos los niños imprimieran sus propias tarjetas de presentación, creo que habría muchos niños que imprimirían títulos como: “Presidente”, “Director” o “Reina”. Los padres deben fomentar en sus hijos las aspiraciones apropiadas. Si ustedes aman el mundo, sus hijos probablemente querrán ser presidentes, millonarios o famosos eruditos. La manera como ustedes viven afectará las aspiraciones que tengan sus hijos. Los padres tienen que aprender a canalizar las ambiciones de sus hijos en la dirección apropiada. Ellos deben aspirar a amar al Señor. No deben aspirar a amar al mundo. Usted debe fomentar tal ambición en ellos mientras son jóvenes. Muéstreles lo honroso que es morir por el Señor y háganles comprender que es algo muy precioso ser un mártir por causa del Señor. Ustedes tienen que ser un ejemplo para ellos y tienen que compartir con ellos sus propias aspiraciones. Si ellos le dan la oportunidad, dígales lo que a usted le gustaría ser. Dígales qué clase de cristiano usted desea ser. De este modo, usted estará canalizando sus ambiciones, dándoles la dirección apropiada. Así, sus metas cambiarán

y ellos sabrán lo que es noble y lo que es precioso.

2. No debemos fomentar el orgullo en nuestros hijos

Nuestros hijos tienen otro problema: no sólo son ambiciosos y tienen muchas aspiraciones, sino que, además, se sienten orgullosos de sí mismos. Quizás ellos se jacten de su inteligencia, de sus propias habilidades o de su elocuencia. A los niños les es fácil encontrar motivos de jactancia propia y pueden llegar a pensar que son personas muy especiales. Los padres no deben desalentarlos, pero tampoco deben fomentar su orgullo. Muchos padres fomentan el orgullo de sus hijos y los alientan a ir en búsqueda de vanagloria por medio de abrumarlos con alabanzas delante de los demás. Mas nosotros debemos decirles: "Hay muchos otros niños en este mundo que tienen capacidades parecidas a las tuyas". No traten de fomentar su orgullo. Nosotros debemos iluminar a nuestros hijos en concordancia con la disciplina y amonestación del Señor. Ellos deben ser capaces de desarrollar su intelecto, elocuencia y todas sus capacidades; pero usted debe decirles que hay muchos que son tan hábiles como ellos en este mundo. No destruyan su estima personal, pero tampoco les permitan convertirse en personas orgullosas. No es necesario herir su autoestima, pero sí tienen que hacerles notar su orgullo o vana jactancia personal. Son muchos los jóvenes que, solamente al salir de su hogar, descubren que tienen que pasar diez o veinte años en el mundo para aprender a comportarse apropiadamente. Para entonces ya es demasiado tarde. Son muchos los jóvenes que manifiestan su mal genio en el hogar y luego llegan a ser personas tan arrogantes que, una vez que son adultos, no pueden trabajar apropiadamente. No queremos que nuestros hijos se sientan desalentados, pero tampoco queremos que sean orgullosos o piensen que son algo.

3. Debemos enseñar a nuestros hijos a aceptar las derrotas y aprender a ser humildes.

Un cristiano necesita saber apreciar a los demás. Es fácil ser victoriosos, pero es difícil aceptar la derrota. Podemos encontrar campeones que son humildes, pero es difícil encontrar perdedores que no sean amargados. Esta no es una actitud cristiana. Aquellos que son buenos en una determinada actividad,

deben aprender a ser humildes y a no jactarse. Asimismo, si uno sufre alguna derrota, debe aprender a aceptarla con propiedad. Los niños son muy competitivos; por naturaleza. Está bien que sean competitivos, a ellos les encanta ganar en los deportes, las carreras y concursos escolares. Usted tiene que dejar en claro que lo correcto es que ellos se esfuercen por ser estudiantes sobresalientes en la escuela, pero tienen que aprender a ser humildes. Aliéntenlos a ser humildes. Háganles comprender que hay muchos otros estudiantes que seguramente son mejores que ellos. Cuando son derrotados, ustedes tienen que enseñarles a aceptar su derrota con gracia. Los problemas en los que se mete un niño, generalmente están vinculados con estas actitudes. Después de un juego, el ganador se siente orgulloso, mientras que el perdedor se queja de que el árbitro no fue justo o que se equivocó porque el sol le daba en los ojos. Usted debe ayudarles a que cultiven un carácter humilde. Sus hijos deben saber sufrir las amonestaciones cristianas y deben aprender a desarrollar un carácter cristiano. Ellos deben saber ganar y, cuando les toque perder, también tienen que saber estimar a los demás. Saber perder constituye una virtud. Entre los chinos, esta virtud hace mucha falta. Entre nosotros los chinos, la mayoría suele atribuir a otros la culpa de su derrota, en lugar de aceptar con gracia tal derrota. Ustedes deben criar a sus hijos en la disciplina y la amonestación del Señor.

Son muchos los niños que aducen que sus profesores tienen favoritos cuando otros los superan en los exámenes. Si ellos no sacan buenas notas en un examen, aducen que su profesor no los quiere. Esto denota la necesidad de humildad. Los cristianos deben saber perder. Si otros son buenos en algo, tenemos que ser prontos en reconocerlo abiertamente. Además, tenemos que aprender a aceptar derrotas y aceptar que los otros fueron más inteligentes, que laboraron más o son mejores que nosotros. Es una virtud cristiana aceptar la derrota. Cuando ganamos, no debemos menospreciar al resto. Tal actitud es indigna de un cristiano. Cuando otros son mejores que nosotros, quizás salten más alto o sean más fuertes que nosotros, debemos apreciarlos. Mientras nuestros niños todavía viven con nosotros, debemos procurar adiestrarlos en reconocer los logros de los demás. Esta clase de adiestramiento les ayudará a conocerse a sí mismos cuando crezcan en su vida cristiana.

Debemos conocernos a nosotros mismos y estimar a quienes son mejores que nosotros. Si nuestros hijos se comportan de esta manera, será fácil para ellos tener experiencias espirituales.

4. Debemos enseñar a nuestros hijos a tomar decisiones

Espero que prestemos atención a este asunto. Son muchos los aspectos acerca de los cuales debemos instruir a nuestros hijos en concordancia con la disciplina del Señor. Debemos darles, desde su juventud, la oportunidad de tomar sus propias decisiones. No debemos tomar todas las decisiones por ellos hasta que tengan dieciocho o veinte años de edad. Si lo hacemos, les será imposible tomar decisiones cuando sean adultos. Siempre debemos darles la oportunidad de que tomen sus propias decisiones. Debemos darles la oportunidad de elegir lo que quieren y lo que no quieren. Tenemos que hacerles ver si sus elecciones fueron las correctas o no. Denles a sus hijos la oportunidad de elegir y luego muéstrenles cuál es la elección correcta. A algunas niñas les gusta vestirse con vestimentas cortas; a unas les gusta un color mientras que las otras prefieren otro color. Permítanles que elijan por sí mismas.

Algunas personas no le dan a sus niños la oportunidad de elegir por ellos mismos. Como resultado, cuando sus hijos alcanzan los veinte años de edad y se casan, no saben cómo ser cabeza de la familia. Puede ser que usted le diga que el esposo es la cabeza de la esposa, pero él no sabrá cómo ser el esposo. Usted no debería permitir que ellos esperen a casarse para descubrir que no saben ser la cabeza del hogar. Siempre que sea posible, denles a sus hijos suficientes oportunidades para tomar decisiones. Cuando ellos crezcan, ellos sabrán qué hacer. Ellos sabrán distinguir entre lo equivocado y lo correcto. Den a sus hijos la oportunidad de tomar decisiones desde su juventud. Diré algo a todos los que tienen hijos: “Denles la oportunidad de elegir”. De otro modo, muchos niños chinos serán perjudicados en su vida adulta. Tal perjuicio con frecuencia se manifiesta cuando los hijos tienen entre dieciocho y veinte años de edad. Ellos se comportan irresponsablemente cuando llegan a esta edad debido a que nunca se les exigió tomar decisiones por sí mismos. Debemos enseñar a nuestros niños según la disciplina del Señor. Debemos enseñarles a nuestros hijos a

tomar decisiones, en vez de tomar todas las decisiones por ellos, y tenemos que dejarles saber si ellos han tomado la decisión correcta o no.

5. Debemos enseñar a nuestros hijos
a hacerse cargo de sus propios asuntos

También tenemos que enseñar a nuestros hijos a encargarse de sus propios asuntos. Tenemos que darles la oportunidad de cuidar de sus enseres personales, sus zapatos, calcetines y otros asuntos. Dé a sus hijos algunas pautas y luego deje que ellos mismos procuren encargarse de sus cosas. Desde su juventud, enséñeles cómo deben encargarse de sus propios asuntos. Algunos niños tuvieron un mal comienzo debido a que sus padres los amaban ciegamente y no supieron adiestrarlos. Por ser cristianos, tenemos que enseñar a nuestros hijos a hacerse cargo de sus propios asuntos apropiadamente.

Yo creo que si el Señor nos da la gracia, la mitad de los que se añadan a la iglesia provendrá de nuestras propias familias y la otra mitad del "mar" (o sea, el mundo). Si todos los que son añadidos proceden del mundo y ninguno es de entre nuestros propios hijos, no tendremos una iglesia fuerte. Si bien toda la generación de Pablo tuvo que ser rescatada del mundo, la siguiente generación estaba compuesta de personas, como Timoteo, que procedían de las mismas familias que conformaban la iglesia. No debemos esperar que siempre procedan del mundo los que nos son añadidos. Debemos esperar que la segunda generación, jóvenes como Timoteo, procederán de nuestras propias familias. El evangelio de Dios sí salva a los hombres que se encuentran en el mundo, pero también debemos atraer hombres como Timoteo. Para que la iglesia llegue a ser rica, tiene que haber abuelas como Loida y madres como Eunice que sepan criar, edificar y formar a sus hijos en la disciplina del Señor. Si no existe tal clase de personas, la iglesia jamás llegará a ser rica. Tenemos que darles a nuestros hijos la oportunidad de que se encarguen de sus propios asuntos desde su juventud. Debemos darles la oportunidad de aprender a arreglar sus cosas por sí mismos. Tengan frecuentes reuniones familiares y permitan que sus hijos tomen ciertas decisiones. Cuando quiera volver a acomodar sus muebles, involucre a sus hijos en tales decisiones. Si tiene que ordenar la alacena, involucre a sus hijos en dicha actividad.

Enséñeles a manejar ciertos asuntos. Si tenemos hijas o hijos, tenemos que enseñarles a manejar los asuntos. Entonces llegarán a ser buenos esposos y esposas en el futuro.

¿Cuál es nuestra situación hoy en día? Las niñas tienen que ser cuidadas por sus madres, pero muchas madres no las cuidan y la responsabilidad recae sobre la iglesia. Los niños deberían ser cuidados por sus padres, pero muchos padres no cuidan de sus niños y la responsabilidad recae sobre la iglesia. Como consecuencia de ello, a medida que las personas de este mundo son salvas y traídas a la iglesia, las tareas de la iglesia se duplican. Esto se debe a que hay padres que no viven apropiadamente como corresponde a padres cristianos. Después que la iglesia predica el evangelio y se preocupa por la salvación de las personas de este mundo, tiene que enfrentarse a toda clase de problemas familiares que tales personas traen consigo. Pero si los padres asumen su responsabilidad de criar apropiadamente a sus hijos, y si tales niños son criados en la iglesia, la iglesia será liberada de la mitad de sus tareas. En Shanghái, con frecuencia me ha parecido que los colaboradores no debieran estar encargados con muchos de los asuntos que tienen a su cargo; muchos de esos asuntos deberían ser responsabilidad de los padres. Los padres no instruyen apropiadamente a sus hijos, y estos son arrastrados hacia el mundo. Como resultado de ello, tenemos que rescatarlos del mundo y asumir la responsabilidad de instruirlos nosotros mismos. Esto genera excesivo trabajo para la iglesia.

H. Debemos conducir a nuestros hijos al conocimiento del Señor

Como octava responsabilidad, debemos conducir a nuestros hijos al conocimiento del Señor. Ciertamente es necesario establecer un altar familiar. En el Antiguo Testamento, el tabernáculo estaba ligado al altar. En otras palabras, la familia está vinculada al servicio a Dios, así como a la consagración a Dios. Ninguna familia podrá proseguir sin orar y sin leer la Palabra. Esto es especialmente cierto en el caso de las familias con hijos.

1. Las reuniones familiares deben estar al nivel de los niños

Algunas familias fracasan en sus tiempos de oración y de lectura de la Biblia, porque sus

reuniones familiares son demasiado largas y demasiado profundas. Los niños no entienden qué están haciendo. Ellos no saben por qué se les pide que se sienten allí. A mí no me gusta ver que algunas familias que nos invitan a sus hogares, obligan a sus hijos a estar sentados con ellos, mientras quieren sostener con nosotros conversaciones acerca de doctrinas muy profundas. Algunas de esas reuniones en el hogar acerca de doctrinas difíciles se prolongan por una o dos horas. Esto ciertamente constituye un verdadero sufrimiento para los niños; aun así, muchos padres no son sensibles a ello. Los niños están sentados allí, pero no comprenden nada. Por ejemplo, si el tema de la conversación es el libro de Apocalipsis, ¿cómo los niños lo pueden entender? Las reuniones de hogar tienen que ser apropiadas para los niños. Estas reuniones familiares no están diseñadas para ustedes; las reuniones suyas están en el salón de reunión. No imponga tal estándar a su familia. Lo que usted haga con su familia tiene que adaptarse al gusto de sus hijos y tiene que estar al nivel de ellos.

2. Debemos alentar y atraer a nuestros hijos

Otro problema con algunas reuniones de hogar es que en ellas no se manifiesta suficiente afecto. No es que los niños sean atraídos por su padre o su madre a fin de permanecer en tales reuniones, sino que el látigo es la única motivación por la cual los niños continúan reuniéndose. Ellos no quieren participar de tales reuniones, pero vienen porque se les amenaza con el látigo. Si el látigo estuviese ausente, ellos no vendrían. Esto jamás marchará bien. Ustedes tienen que idear algunas maneras en las que sus hijos puedan ser atraídos y alentados a participar de tales reuniones. No los castiguen. Jamás castigue a sus hijos por no haber participado de su reunión de adoración familiar. Si usted los golpea una vez, esto podría crear un problema que persistirá en ellos por el resto de sus días. Los padres tienen que atraer a sus hijos a la reunión de adoración familiar. No los obligue a venir. Esto únicamente resultará en terribles consecuencias.

3. Debemos reunirnos una vez en la mañana y otra vez al anochecer

Sugerimos que se celebren dos reuniones de hogar al día, una por la mañana y la otra al anochecer. El padre deberá dirigir la reunión de la mañana, y la madre la reunión al anochecer. Levántense un poco más temprano. Los padres

no debieran permanecer en cama después que los hijos han tomado su desayuno y se han ido a la escuela. Si ustedes tienen niños en casa, tienen que levantarse más temprano. Pasen un tiempo juntos antes que los niños se vayan a la escuela. Vuestra reunión deberá ser breve, llena de vida y jamás debe prolongarse. Quizás diez minutos sean suficientes. Quince minutos es lo máximo que debiera durar tal reunión. Nunca exceda de quince minutos ni la haga de menos de cinco minutos. Pídale a cada uno de los asistentes que lea un versículo. El padre debe tomar la iniciativa de elegir unas cuantas frases y hablar acerca de ellas. Si los niños pueden memorizar algo, pídanles que memoricen. No citen el versículo completo. Simplemente pidan a sus hijos que recuerden el significado de una sola oración. Al final de la reunión, el padre y la madre deberían elevar una oración pidiendo la bendición de Dios. No eleven oraciones profundas ni sublimes. Oren acerca de cosas que los niños puedan entender. Tampoco hagan oraciones largas; sean sencillos. Después envíenlos a la escuela.

Cada vez que usted se siente a comer, debe agradecer al Señor por los alimentos. Ya sea que se trate del desayuno, el almuerzo o la cena, usted debe ser sincero al dar las gracias. Ayude a sus niños a dar gracias. Las reuniones al anochecer deben ser un poco más extensas y deberían ser dirigidas por las mamás. No es necesario que se lea la Biblia al anochecer, pero es necesario que la familia ore reunida. En particular, la madre tiene que reunir a los niños y hablarles. Acompañada del padre, la madre debe alentar a los niños a hablar. Pregúntenles si tuvieron que afrontar algún problema ese día. Pregúntenles si pelearon entre ellos y si hubo algo que les molestara. Si una madre no puede hacer que sus hijos le hablen, algo tiene que andar mal. La madre habrá fracasado como tal si ha permitido que surja alguna barrera entre ella y sus hijos. La mamá seguramente ha cometido algún error en perjuicio de sus hijos si estos tienen miedo de hablarle. Sus niños deben sentirse libres de hablarle con toda confianza. La madre tiene que aprender a sacar a luz lo que está en el corazón de sus hijos. Si ellos no quisieran hablar ese día, pregúnteles nuevamente al día siguiente. Dirija a sus hijos. Deje que ellos oren un poco y enséñeles a decir unas cuantas palabras. Esta reunión tiene que estar llena de vida. Pídanles que confiesen sus pecados, pero no los obliguen a ello. No debe haber fingimiento alguno. Todo debe ser hecho

de un modo muy natural. Permita que sus niños tomen alguna iniciativa. Si tienen algo que quieren confesar, que lo hagan, pero si no tienen nada que confesar, no los obligue a ello. No debe haber fingimiento alguno. Algunos niños aprenden a fingir como resultado de la presión que sobre ellos ejercen los padres estrictos. Los niños no dicen mentiras, pero usted puede obligarlos a mentir. Los padres deben conducirlos a hacer oraciones sencillas uno por uno. Asegúrese que todos oren. Finalmente, concluya orando usted mismo, mas no haga una oración muy larga. Una vez que su oración se hace demasiado larga, sus niños se aburrirán. Aliméntelos de acuerdo a su capacidad. Una vez que usted trata de hacer demasiado, los abrumará. Ore unas cuantas frases junto con ellos y luego déjelos ir a dormir.

4. Debemos darle la debida importancia al asunto del arrepentimiento

Explíquenles lo que significa el pecado. Todos pecamos. Usted debe darle la debida importancia al asunto del arrepentimiento y entonces conducirlos al Señor. Después de cierto tiempo, puede pedirles que reciban al Señor sinceramente. Entonces, tráigalos a la iglesia y permita que se integren a ella. De este modo, usted estará guiando a sus hijos en el conocimiento de Dios.

I. La atmósfera familiar debe ser una atmósfera de amor

En noveno lugar, la atmósfera familiar debe ser una atmósfera de amor. Algunas personas tienen anomalías psicológicas o se aíslan, debido a que no reciben amor en sus respectivos hogares.

La manera en que un niño crece depende de la atmósfera familiar. Si un niño no es criado con amor, se convertirá en una persona obstinada, individualista y rebelde. Mucha gente no se puede llevar bien con otros en su vida como adultos debido a que cuando eran niños no experimentaron amor en sus familias. Solamente fueron testigos de disputas, discusiones y peleas en la familia. Los niños que crecen en tales familias se desarrollan anormalmente. Aquellos que proceden de tales familias anormales, ciertamente se desarrollan como personas solitarias, pues desarrollarán antagonismos personales hacia los demás. Debido a que ellos se sienten inferiores en lo

profundo de su corazón, procuran mejorar la imagen que tienen de ellos mismos por medio de considerarse superiores a los demás. Todos aquellos que tienen un complejo de inferioridad tienen la tendencia a exaltarse a ellos mismos. Este es el medio al que recurren para compensar por su propio sentimiento de inferioridad.

Muchos de los elementos malignos de la sociedad, tales como los ladrones y los rebeldes, proceden de esta clase de familias carentes de amor. Su personalidad se deforma y al crecer, se vuelven en contra de su prójimo. Cuando llegan a la iglesia, traen consigo sus problemas. Me parece que la mitad de la labor que desempeña la iglesia es una labor que podría ser desarrollada por buenos padres. Pero hoy en día, tal carga recae sobre nuestros hombros debido a que hay muy pocos padres que son buenos padres. Los nuevos creyentes deben ver que ellos deben tratar a sus niños de la manera apropiada. En una familia tiene que prevalecer una atmósfera de amor y ternura. Tiene que haber amor genuino. Los niños criados en tales familias crecerán hasta llegar a ser personas normales.

Los padres tienen que aprender a ser amigos de sus hijos. Jamás permitan que sus hijos se distancien de ustedes. Nunca se convierta en un padre al cual es difícil acercarse. Por favor recuerden que la amistad se funda en la comunicación; no es algo que se hereda por nacimiento. Así pues, usted tiene que aprender a acercarse a sus hijos. Cuando les brinde alguna ayuda, hágalo gustosamente, de tal manera que cuando ellos enfrenten problemas se sientan libres para contárselo y cuando se sientan débiles, busquen su consejo. Ellos no deberán tener que acudir a otras personas cuando se sientan débiles. Ellos deben poder compartir con usted tanto sus éxitos como sus fracasos. Usted debe convertirse en su buen amigo, en aquella persona asequible y solícita a la que ellos pueden acudir en busca de ayuda. Ellos deben acudir a usted cuando se sientan débiles y pueden tener comunión con usted cuando tienen éxito. Tenemos que ser sus amigos. Cuando ellos se sienten débiles, pueden acudir a nosotros en busca de ayuda. No debiéramos ser para ellos como un juez que juzga desde lo alto de su trono, sino que debiéramos serles de ayuda. Debemos estar cerca de ellos siempre que necesiten nuestra ayuda y debemos ser capaces de sentarnos a

conversar con ellos acerca de sus problemas. Ellos deben sentirse libres de buscar nuestro consejo como quien acude a un amigo. En una familia, los padres deben ganar la confianza de sus hijos hasta el grado de llegar a ser sus amigos. Si los padres logran esto, habrán hecho lo correcto.

Ustedes tienen que aprender esta lección desde que sus niños son tiernos. El grado en el cual sus hijos se sentirán cercanos a usted y queridos por usted estará determinado por cómo los trate durante sus primeros veinte años de vida. Si no se sienten cercanos a usted durante los primeros veinte años de sus vidas, no se acercarán a usted cuando tengan treinta o cuarenta años, sino que se alejarán más y más de usted. A muchos hijos no les gusta estar cerca de sus padres. Ellos no son amigos de sus padres y no existe una relación dulce entre ellos. Si al tener problemas acuden a sus padres, lo hacen como un reo presentándose delante de su juez. Ustedes tienen que laborar hasta que sus hijos los busquen a ustedes en primer lugar siempre que enfrenten algún problema. Ellos tienen que sentirse cómodos al depositar su confianza en ustedes. Si ustedes pueden lograr esto, encontrarán muy pocos problemas en su vida familiar. De hecho, todos los problemas serán resueltos.

J. Sobre el castigo

En décimo lugar, está el tema del castigo. Cuando un niño ha hecho algo malo, tiene que ser castigado. Es incorrecto no castigarlo.

1. Debemos tener temor de golpear a nuestros hijos

Nada es más difícil que castigar a alguien. Los que son padres deben tener temor de golpear a sus hijos. Ellos deben considerar esto tan serio como si tuvieran que castigar físicamente a sus propios padres. Ningún hijo debiera golpear a sus propios padres. Uno puede ser perdonado por haber golpeado a sus propios padres, pero no será fácilmente perdonado por haber golpeado a sus propios hijos. Tienen que aprender a sentir temor de golpear a sus propios hijos y tienen que considerar que se trata de algo que reviste tanta seriedad como golpear a sus propios padres.

2. Castigar a los hijos es necesario

Sin embargo, golpear a los hijos es a veces necesario. Proverbios 13:24 dice: "El que escatima la vara, a su hijo aborrece; / Mas el que lo ama, desde temprano lo corrige". Esta es la sabiduría de Salomón. Los padres deben castigar con vara a sus hijos. Tal castigo es necesario.

3. El castigo físico debe ser justo

Sin embargo, si golpea a sus hijos, tal castigo tiene que ser justo. No dé rienda suelta a su enojo y jamás golpee a sus hijos mientras esté airado. Nadie puede castigar a sus hijos estando airado. Hay algo errado en usted si al castigar está lleno de ira. Hermanos y hermanas, cuando sus hijos hacen algo errado y usted los golpea en su ira, debieran darse cuenta de que usted también merece ser golpeado. Primero, usted tiene que estar calmado delante de Dios. Mientras usted esté airado, no puede castigar a nadie.

4. Debemos hacerles notar a nuestros hijos sus errores

Algunos asuntos tienen que ser resueltos por medio del castigo físico, pero usted tiene que mostrarle a su niño por qué causa usted tiene que castigarlo así. Si usted tiene que castigarlo físicamente, también tiene que mostrarle al niño cuál ha sido su falta. Cada vez que lo castigue, usted tiene que haberle mostrado a su hijo el error que cometió para hacerse merecedor a tal castigo. Usted tiene que decirle cuál es su error. No basta con tratar de impedir que él siga cometiendo tal falta por medio de golpearlo. Usted tiene que explicarle que lo está castigando porque él erró con respecto a cierto asunto específico.

5. Castigar es algo muy serio

Cada vez que golpea a su hijo, no debe hacerlo como si fuese un acto común. Usted tiene que hacerle ver que ejecutar tal clase de castigo físico es un asunto serio. Toda la familia tiene que saberlo. Todos los adultos y niños tienen que reunirse. El padre o la madre tiene que ejecutar dicho castigo tal como un cirujano efectuaría una operación. Un médico no usa el bisturí porque está enojado; él lo hace para extirpar la causa del problema. Del mismo modo, un padre jamás debiera castigar estando airado; él o ella tiene que estar en completa calma. Los padres jamás deben golpear a sus hijos en un estado de furia. Por un lado, ellos tienen que indicarles cuál ha sido la falta

cometida; por otro, no deben estar airados de ninguna manera.

¿Cómo debieran ejecutar tal castigo? Tengo una sugerencia. Para que usted tome la vara, su hijo tiene que haber cometido una falta muy grave. Mientras tiene la vara en su mano, usted debe pedir al hermano del niño que prepare una vasija con agua tibia y a la hermana que prepare una toalla. Entonces, usted debe explicarle al niño cuál ha sido su falta. Tiene que decirle que cualquiera que haya cometido algo tan serio, tiene que ser severamente castigado. Él no debe tratar de huir su responsabilidad por la falta cometida. Huir del castigo también es erróneo. Si ha tenido la valentía de cometer un pecado, tiene que tener la valentía de afrontar el castigo. Dígale que él ha hecho algo malo y que usted no tiene otra opción que castigarlo. El castigo es para que él se dé cuenta de que ha hecho algo malo. Quizá usted le dé con la vara dos veces; quizá lo haga tres veces. Y tal vez la mano del niño vaya a amoratarse o, incluso, sangrar. Entonces, usted debe pedir a su hermano que acerque la vasija con agua tibia y haga que el niño sumerja su mano golpeada en el agua tibia a fin de facilitar la circulación de la sangre y disminuir el dolor. Después, usted deberá secar su mano con la toalla provista. Usted tiene que hacer todo esto ceremoniosamente. Hágales ver que en la familia sólo hay amor y no hay rastro de odio. Creo que esta es la manera adecuada de castigar.

Hoy en día, gran parte de los castigos que se aplican en el seno de las familias son producto de la ira y el odio, no del amor. Usted dice que ama a sus hijos, pero ¿quién le puede creer? Yo no. Usted tiene que hacerles ver su error. Tiene que hacerles ver que su padre no los está golpeando cuando está airado. Cuando usted los golpea, hágalo con la debida propiedad. Después que usted ha castigado a sus hijos, debe llevarlos a la cama. Si la ofensa es demasiado seria, el padre y la madre pueden recibir dos de los golpes que merece el niño. Usted tiene que decirle al niño: “Este asunto es muy grave. Tengo que castigarte con la vara cinco veces. Pero me temo que tú no podrás soportarlo si te pego cinco veces con la vara. Así que tu madre recibirá dos golpes y tu padre recibirá un golpe en tu lugar y tú mismo deberás recibir los dos golpes que quedan”. Ustedes tienen que hacerle comprender que se trata de un asunto muy serio y grave. Así su hijo

recordará por el resto de sus días que no puede pecar a su antojo.

En esto consiste la disciplina del Señor; no es la disciplina nacida del mal genio de los padres. Se trata de la amonestación *del Señor*, no de la amonestación nacida del enojo de uno de los padres. Yo no favorezco la ira de ninguno de los padres. El mal genio de los padres arruinará el futuro de sus hijos. Los padres tienen que aprender a disciplinar con toda seriedad a sus hijos, pero al mismo tiempo tienen que aprender a amarlos. Esta es la manera apropiada de tener una familia cristiana.

II. BUENOS HIJOS SON EL FRUTO DE BUENOS PADRES

Finalmente, me gustaría decirles que muchos de los hombres que Dios ha usado en este mundo, proceden de padres que supieron ser buenos padres. Comenzando con Timoteo, podemos encontrar numerosos hombres que fueron usados por Dios y que procedían de padres que eran muy buenos. John Wesley fue uno de ellos. Otro fue John Newton. En nuestro himnario tenemos muchos himnos escritos por John Newton. Otro fue John G. Paton. Él fue uno de los misioneros más famosos del mundo moderno. No recuerdo otro padre tan extraordinario como el padre de Paton. Aun en su vejez, Paton se acordaba: "Siempre que quería pecar, me acordaba de mi padre, quien siempre estaba orando por mí". Su familia era muy pobre. Tenían apenas un dormitorio, una cocina y otro pequeño ambiente. Paton contó alguna vez: "Yo temblaba cada vez que mi padre oraba y suspiraba en aquel pequeño ambiente, pues él oraba pidiendo por nuestras almas. Aún ahora que soy viejo recuerdo sus suspiros. Le doy gracias a Dios por haberme dado un padre así. Yo no puedo pecar, porque cuando lo hago, cometo transgresión en contra de mi Padre celestial y en contra de mi padre terrenal". Es difícil encontrar un padre como el de Paton y es difícil encontrar un hijo como el propio John G. Paton.

No se imaginan cuántos creyentes fuertes y saludables tendríamos como parte de nuestra segunda generación, si todos los padres de la generación actual fueran buenos padres. Siempre he deseado poder decirles esto: el futuro de la iglesia depende de los padres. Cuando Dios desea derramar Su gracia sobre la iglesia, Él requiere de vasos. Es necesario que criemos más "Timoteos". Si bien es cierto que

podemos rescatar a las personas que están en el mundo, existe una necesidad todavía mayor y es que criemos bien a quienes forman parte de las familias cristianas.

LA SALVACION DE LA FAMILIA

I. DIOS PROMETIÓ LA SALVACIÓN DE LA FAMILIA

Ahora trataremos el tema de la unidad básica en lo que respecta a la salvación. Todo se mide por unidades, y la unidad básica con respecto a la salvación es la familia.

De acuerdo a la Biblia, Dios, al relacionarse y comunicarse con el hombre, le hizo muchas promesas. Conocer tales promesas nos reportará grandes beneficios, y si las desconocemos, sufriremos gran pérdida.

Al prometer la salvación, Dios tomó la familia como su unidad, no al individuo. Si una persona que recién ha sido salva comprende esto al inicio mismo de su vida cristiana, se ahorrará muchos problemas y obtendrá muchos beneficios. Cuando Dios salva al hombre, Él no toma al individuo como unidad, sino a toda la familia.

Con respecto a la vida eterna, la Biblia toma al individuo como unidad, no a la familia. Sin embargo, con respecto a la salvación, la Biblia indica que las personas son salvas familia por familia. Así pues, la unidad de la salvación es la familia. A continuación, quisiéramos examinar algunos pasajes bíblicos que nos mostrarán claramente que la salvación es para toda la familia. Después, podremos indagar con Dios en conformidad con esos versículos, y podremos relacionarnos con Dios ya no solamente por nosotros mismos, como individuos, sino también por toda nuestra familia.

Esperamos que en el futuro ninguno de nuestros niños requiera de un esfuerzo extraordinario para conducirlos a la salvación y rescatarlos de este mundo. Debemos asegurarnos que aquellos a quienes engendramos en la carne, también lleguen a pertenecer a nuestra familia espiritual. No podemos permitir que nuestros hijos se extravíen año tras año para luego vernos obligados a pugnar por rescatarlos. No podemos simplemente traerlos a este mundo, sino que además, tenemos que conducirlos al Señor.

Si todos los hermanos y hermanas concuerdan en que debemos optar por este camino,

entonces tendremos entre nosotros tantos salvos como el número de los que han crecido en el ceno de nuestra familia. El Señor nos ha confiado a nuestros hijos. No debemos permitir que se pierdan, sino que tenemos que asegurarnos que sean salvos. De otro modo, cuando hayan crecido tendremos que esforzarnos mucho para rescatarlos del mundo. Todos los pececillos que hayan engendrado nuestros peces mayores deben permanecer con nosotros y no debemos permitir que la corriente los arrastre alejándolos de nosotros, para luego tener que luchar por pescarlos nuevamente. Por lo que, todos nuestros hijos deben pertenecer al Señor y así la iglesia seguirá adelante por medio de su segunda generación.

Espero que los hermanos y hermanas vean cuán importante es este asunto. Si la iglesia podrá seguir avanzando con la siguiente generación, y si aquellos que vienen después de nosotros podrán proseguir, va a depender de si nosotros podemos conducir nuestros hijos al Señor. Si el número de los que se alejen de nosotros es igual al número de los nacidos en nuestras familias, entonces careceremos de una segunda generación. Si aquellos que hemos engendrado permanecen firmes generación tras generación y, además, algunos de afuera se añaden a nosotros, la iglesia será fuerte y aumentará en número. Jamás deberíamos engendrar un hijo para luego perderlo. Es imprescindible que los que han nacido entre nosotros sean regenerados.

II. ALGUNOS EJEMPLOS DE LA BIBLIA

La Biblia revela el principio básico de que Dios salva a los hombres familia por familia. ¿Cómo podemos demostrar esto? Para ello, debemos examinar algunos pasajes bíblicos.

A. En el Antiguo Testamento

1. Fue una familia completa la que entró al arca

Génesis 7:1 dice: “Dijo luego Jehová a Noé: Entra tú y toda tu casa en el arca”, y 1 Pedro 3:20 dice: “...el arca, en la cual algunos, es decir, ocho almas, fueron llevadas a salvo por agua”.

El arca no era para un solo individuo, sino para toda una familia. En Génesis 6 se nos muestra a

un hombre que era justo delante de Dios, Noé. La Biblia no dice que los hijos de Noé, ni tampoco sus esposas, fueran personas justas. La Biblia únicamente afirma que Noé era un varón justo delante de Dios. Sin embargo, cuando Dios preparó el medio por el cual Noé sería salvo, Él mandó que la familia completa de Noé entrara en el arca. Por tanto, toda la casa, y no un individuo, fue la que entró en el arca. Un nuevo creyente debe introducir a cada uno de los miembros de su familia en el arca. Usted podría decirle al Señor: "Yo he creído en Ti y Tú has dicho que toda mi casa puede entrar en el arca. Ahora Señor, por favor, trae a toda mi familia y ponla en el arca". Dios honrará su fe.

2. La circuncisión fue prescrita para toda la casa

Génesis 17:12-13 dice: "Y de edad de ocho días será circuncidado todo varón entre vosotros por vuestras generaciones; el nacido en casa, y el comprado por dinero a cualquier extranjero, que no fuere de tu linaje. Debe ser circuncidado el nacido en tu casa, y el comprado por tu dinero; y estará mi pacto en vuestra carne por pacto perpetuo".

Dios llamó a Abraham e hizo pacto con él diciendo: "Y estableceré mi pacto entre mí y ti, y tu descendencia después de ti" (v. 7). La señal de que existía un pacto entre Dios y Abraham era la circuncisión. Todos aquellos que habían sido circuncidados, pertenecían a Dios, y aquellos que no habían sido circuncidados, no pertenecían a Dios. Dios también le dijo a Abraham que toda su casa debía ser circuncidada, incluyendo tanto a los nacidos en su casa como a los que pasaron a formar parte de ella por haber sido adquiridos con dinero. Por tanto, la promesa que corresponde a la circuncisión no le fue hecha únicamente a Abraham, sino a toda su casa. Así pues, en lo que a la circuncisión se refiere, la familia es la unidad básica. La promesa de Dios le fue hecha a la casa de Abraham, no solamente a Abraham.

3. Un cordero pascual por familia

Éxodo 12:3 y 7 dice: "Hablad a toda la congregación de Israel, diciendo: En el diez de este mes tómese cada uno un cordero según las familias de los padres, un cordero por familia ... Y tomarán de la sangre, y la pondrán en los dos postes y en el dintel de las casas en que lo han de comer".

Es claro que el cordero pascual era entregado a una familia, no a un individuo. Así pues, nuevamente vemos aquí la importancia que tiene la familia para Dios. El cordero que se sacrificaba en la Pascua era para la familia y no para un individuo. No se preparaba un cordero para cada persona, sino para cada casa. Asimismo, la sangre untada sobre los postes y el dintel de la puerta cumplía la función de proteger a toda la casa, y el ángel aniquilador dejaba ilesa a toda la familia.

Resulta maravilloso ver que la salvación preparada por medio del Señor Jesucristo, al igual que con el cordero pascual, no está destinada a individuos, sino a la familia en su totalidad. Si un individuo come del cordero, esto significa que solamente él es salvo, pero si toda la casa come del cordero, esto significa que toda la familia es salva, porque la salvación es para toda la familia. La familia entera come del cordero y, asimismo, toda la familia se beneficia de la sangre, y todos juntos disfrutan de estas cosas. Quiera el Señor abrir los ojos de nuestro entendimiento para que lleguemos a comprender que la salvación es un asunto que involucra a toda la familia, no solamente a individuos.

4. El sacerdocio fue confiado a una familia

Asimismo, la promesa del sacerdocio fue hecha por Dios a toda una familia, a una sola casa. No fue algo que se otorgara a uno o dos individuos. Números 18:1 dice: “Jehová dijo a Aarón: Tú y tus hijos, y la casa de tu padre contigo, llevaréis la iniquidad del santuario”.

El versículo 11 dice: “Esto también será tuyo: la ofrenda elevada de sus dones, y todas las ofrendas mecidas de los hijos de Israel, he dado a ti y a tus hijos y a tus hijas contigo, por estatuto perpetuo; todo limpio en tu casa podrá comer de ellas”. Dios encomendó todos los sacrificios y ofrendas a la casa de Aarón. Los sacrificios pasaban a ser pertenencia de la casa de Aarón, no de Aarón solamente. Esto se debe a que Dios acepta a la familia como una sola entidad. Por favor, recuerden que el sacerdocio le fue dado a la casa de Aarón y no solamente a Aarón. El sacerdocio tomó la familia como una sola unidad.

5. La salvación de una familia

Josué 2:19 dice: “Cualquiera que salga fuera de

las puertas de tu casa a la calle, su sangre será sobre su cabeza, y nosotros sin culpa. Mas cualquiera que se estuviere en casa contigo, su sangre será sobre nuestra cabeza, si mano le tocare". Y Josué 6:17 dice: "Y será la ciudad dedicada para destrucción a Jehová, con todas las cosas que están en ella; solamente Rahab la ramera vivirá, con todos los que estén en casa con ella, por cuanto escondió a los mensajeros que enviamos".

Aquí vemos cómo Rahab la ramera y su casa fueron salvos. ¿Qué hizo ella? Ella recibió a los espías. Cuando ella recibió a los espías, Dios le concedió una señal. Ella debía atar un cordón de grana a una de las ventanas de su casa. Luego, todos los que estuvieran en aquella casa que exhibía el cordón de grana serían librados, mientras que el resto de habitantes de Jericó sería aniquilado. El cordón de grana simboliza la salvación. La salvación tipificada por el cordón de grana salvó a toda la casa de Rahab, no solamente a ella.

Es necesario que conozcamos en toda su extensión el espectro que abarca la salvación. El capítulo 2 de Josué nos relata la promesa hecha a Rahab, mientras que en el capítulo 6 se nos relata la ejecución de dicha promesa. Tanto la promesa en el capítulo 2, como la ejecución de la misma en el capítulo 6, nos muestran que toda la casa de Rahab fue salva. Todos aquellos que estaban en la casa que tenía el cordón de grana fueron salvos. La salvación de Dios es para toda la familia y no tan solo para individuos.

6. Una familia es bendecida

En 2 Samuel 6:11 dice: "Y estuvo el arca de Jehová en casa de Obed-edom geteo tres meses; y bendijo Jehová a Obed-edom y a toda su casa".

En el Antiguo Testamento la bendición de Jehová era derramada sobre toda la familia. Mientras el arca permaneció en la casa de Obed-edom, Jehová bendijo a toda su casa. En lo que se refiere a la bendición de Jehová, la familia es la unidad y no el individuo.

Ya hablamos acerca de la salvación. Ahora veremos que este principio no está confinado solamente a la salvación, sino que además rige muchos otros asuntos, tanto del Antiguo Testamento como del Nuevo Testamento. La casa es considerada como una unidad. Los hijos

de Dios, en especial aquellos que son jefes de familia, deben darse cuenta que Dios se relaciona con los hombres en función de sus familias. Si usted no toma en cuenta este hecho, sufrirá gran pérdida. Si usted es jefe de familia, tiene que aferrarse a este hecho. Necesita decir: "Señor, Tú me has dicho que Tú te relacionas con mi familia y no solamente conmigo. Así pues, te ruego que salves a toda mi familia".

No solamente quien es cabeza de familia debe apoyarse en este hecho, sino que también los otros miembros de la familia deben pedir al Señor con respecto a la casa de sus padres. Rahab no era la cabeza de su casa, ella tenía un padre. Pero Rahab se aferró a Dios, y su casa fue bendecida y salvada. Es muy bueno que usted sea la cabeza de su hogar, pues ello le permite hablar en representación de toda su familia. Pero incluso si usted no es la cabeza del hogar, usted puede hablar por fe, tal como lo hizo Rahab, y decir: "Señor, haz que mi familia se vuelva a Ti para recibir Tu gracia y bendición".

7. Nos regocijamos con toda nuestra familia

Deuteronomio 12:7 dice: "Y comeréis allí delante de Jehová vuestro Dios, y os alegraréis, vosotros y vuestras familias, en todo lo que emprendieres en lo cual Jehová tu Dios te hubiere bendecido". Usted y toda su casa reciben la bendición de Dios y se regocijan en ello.

Deuteronomio 14:26 dice: "Y darás el dinero por todo lo que deseare tu alma, por bueyes, por ovejas, por vino, por sidra, o por cualquier cosa que deseare tu alma; y comerás allí delante de Jehová tu Dios, y te alegrarás tú y tu familia".

¿Comprenden esto? Dios prometió a los israelitas que, en aquel día, ellos comerían, beberían y se alegrarían delante de Dios casa por casa. En otras palabras, la bendición es dada a toda la casa, y no a individuos.

B. En el Nuevo Testamento

¿Y con respecto al Nuevo Testamento? En el Antiguo Testamento, Dios salvaba a los hombres casa por casa, y lo mismo sucede en el Nuevo Testamento.

1. La casa de Zaqueo

Lucas 19:9 dice: "Jesús le dijo: Hoy ha venido la

salvación a esta casa". ¡Esto es maravilloso! El Nuevo Testamento proclama el mismo principio. Me temo que muchos han predicado por más de veinte años únicamente una salvación personal. Sin embargo, el Señor nos dice que "la salvación ha venido a esta *casa*".

Cuando usted predique el evangelio, tiene que hacerlo con miras a la salvación de toda la casa. No debe procurar únicamente la salvación personal de un solo individuo. Si usted verdaderamente cree en esto y esta es su expectativa, entonces la manera en que usted labore será completamente distinta. Esto depende íntegramente de la fe y expectativa que usted tenga. Si usted tiene la expectativa de que las personas vendrán una por una al Señor, ellas vendrán una a una. Pero si usted cree en que las personas vendrán al Señor casa por casa, entonces ellas sí vendrán familia por familia. La salvación de Dios abarca a toda la casa. No debiéramos reducir el espectro que abarca la salvación.

2. La casa de un noble

Juan 4:53 dice: "El padre entonces entendió que aquella era la hora en que Jesús le había dicho: Tu hijo vive; y creyó él con toda su casa". En este caso, solamente una persona fue sanada: el hijo. Sin embargo, la Biblia dice que "creyó *él con toda su casa*". Este es un hecho al que usted puede aferrarse delante del Señor. Si bien el hijo era quien había recibido directamente la gracia de Dios, toda la casa se volvió al Señor y creyó en Él. Nuestra esperanza, nuestra expectativa, es que nosotros también llevemos fruto de una manera prevaleciente.

3. La casa de Cornelio

Hechos 10:2 dice que Cornelio era "devoto y temeroso de Dios con toda su casa, y que hacía muchas limosnas al pueblo, y oraba a Dios siempre", y Hechos 11:14 dice: "Él te hablará palabras por las cuales serás salvo tú, y toda tu casa".

Toda la casa de Cornelio fue salva; no fue solamente una persona la que se salvó. Cornelio invitó a sus parientes y amigos más íntimos a su casa para que ellos también escucharan lo que Pedro iba a decirles. Mientras Pedro estaba hablando todavía, el Espíritu Santo fue derramado sobre todos aquellos que se encontraban en la casa de Cornelio, y todos ellos recibieron la salvación.

4. La casa de Lidia

Hechos 16:15 dice: "Y cuando fue bautizada ella, lo mismo que su familia". El apóstol predicó el evangelio a la familia de Lidia, y toda su casa creyó y fue bautizada

5. La casa del carcelero

Hechos 16:31 dice: "Cree en el Señor Jesús, y serás salvo, tú y tu casa". Este es uno de los versículos más conocidos entre los cristianos. Cree en el Señor Jesús y serás salvo, tú y tu casa. La Palabra de Dios no dice que si usted cree en el Señor Jesús, usted y su casa recibirán la vida eterna; más bien, dice que si usted cree en el Señor Jesús, usted y su casa serán salvos.

A través de todo el Antiguo Testamento vemos que Dios se relacionó con el hombre únicamente por familias. De la misma manera, en el Nuevo Testamento vemos que Dios se relaciona con el hombre por medio de familias. La familia es la unidad básica, no existe otra unidad menor que esta. Si alguno cree en el Señor Jesús, toda su casa será salva. ¡Esto es verdaderamente maravilloso! Yo no podría explicarles por qué es así, pero la palabra del Señor dice que es así. El Antiguo Testamento y el Nuevo concuerdan entre sí, pues ambos reconocen la misma unidad.

La iglesia en Filipos tuvo sus comienzos con un carcelero. Pablo le dijo: "Cree en el Señor Jesús, y serás salvo, tú y tu casa". El versículo 34 del mismo capítulo dice: "Y haciéndolos subir a su casa, les puso la mesa; y se regocijó de que toda su casa hubiera creído en Dios". Aquí podemos contemplar un cuadro maravilloso. Al comienzo, la promesa le fue hecha al carcelero, pero nadie más escuchó tales palabras. "Cree en el Señor Jesús, y serás salvo, tú y tu casa". Más tarde, el carcelero trajo su familia a Pablo. Después que Pablo les hubo hablado, ellos fueron bautizados. Entonces, el carcelero trajo a todos a su casa, y se regocijó él y toda su casa por haber creído en Dios. "Cree en el Señor Jesús, y serás salvo, tú y tu casa", fíjense que no se trata de algo muy difícil de lograr. El apóstol le hizo al carcelero una promesa, y toda su casa fue salva. Todos escucharon, todos fueron bautizados y todos se regocijaron.

Supongamos que el apóstol le hubiese dicho al carcelero: "Cree en el Señor Jesús, y serás salvo". Si tal fuera el caso, tendríamos que dejar

pasar algunos días posteriores a la salvación de esta persona, enseñarle algo con la esperanza de que comprenda y, sólo entonces, poco a poco, podríamos testificar a su familia, y entonces al final quizás su familia podría llegar a creer y ser salva. Si este hubiese sido el caso, ¿cuánto tiempo hubiera requerido la casa del carcelero para ser salva? El apóstol no predicó el evangelio de esta manera. Él no trató con cada individuo en forma particular; en lugar de ello, él se dirigió a toda la familia, y le dijo: "Tú y tu casa" serán salvos. Es imprescindible que comprendamos esto: la salvación de una familia no difiere en nada de la salvación de una persona ni es más difícil. Nunca debiéramos renunciar al privilegio de hacer que toda la familia sea salva. Si toda su familia le acompaña, toda su familia será salva.

Espero que en unos cinco a diez años, cuando la iglesia predique el evangelio, sean familias las que acudan al Señor. De ahora en adelante, la meta de nuestros obreros que salen a evangelizar, deberá ser ganar familias completas. Si nuestra meta es ganar familias, serán familias las que ganemos, pero si nuestra meta es simplemente ganar individuos, solamente ganaremos individuos. Dios actúa conforme a nuestra fe.

Si entendemos bien la manera en que Dios se relaciona con los hombres, no sufriremos pérdidas innecesarias. Para Dios, la familia es la unidad. Si Dios gana una persona, deberá ganar a toda su familia también, sin importar cuántas personas conformen dicha familia. Espero que ustedes exhorten a los hermanos a tomar resoluciones firmes, casa por casa. Aquellos que son cabeza del hogar tienen la prerrogativa de traer a su familia completa al Señor, y son ellos quienes deben hacer que toda la familia sea salva.

La salvación de la familia implica el regocijo de toda la familia. ¡Este asunto es muy importante! Si comprendemos que Dios se relaciona con el hombre en función de sus familias, experimentaremos muchas bendiciones. Tenemos que aprender a tomar posesión de esta promesa de Dios.

6. La casa de Crispo

Hechos 18:8 dice: "Y Crispo, el principal de la sinagoga, creyó en el Señor con toda su casa ... y

eran bautizados”.

En la Biblia podemos encontrar tanto individuos como familias que creyeron en el Señor. Nótese cuán fácil es que la gracia de Dios alcance a toda una familia. Toda la casa de Crispo creyó y fue bautizada.

7. La promesa del Pentecostés fue dada a vosotros y a vuestros hijos

Examinemos cual fue la condición de Pentecostés. Hechos 2:39 dice: “Porque para vosotros es la promesa, y para vuestros hijos, y para todos los que están lejos; para cuantos el Señor nuestro Dios llame a Sí”.

La promesa del Pentecostés incluye recibir el perdón de los pecados y recibir al Espíritu Santo. Esta promesa fue dada a “vosotros” *y* a “vuestros hijos”; no fue dada meramente a *vosotros*. Especialmente los que son jefes de familia deben apropiarse de esta promesa y decir: “Señor, Tu promesa es tanto para mí como para mis hijos. Ella no puede ser sólo para mí sin que mis niños fuesen incluidos. Yo la quiero para mí y también para mis hijos”.

8. Paz sea a esta casa

Lucas 10:5-6 dice: “En cualquier casa donde entréis, primeramente decid: Paz sea a esta casa. Y si hay allí algún hijo de paz, vuestra paz reposará sobre aquélla; y si no, se volverá a vosotros”.

El Señor afirma que cuando alguno sale a predicar el evangelio, en el momento de entrar a una casa debe decir: “Paz sea a esta *casa*”. Esto nos muestra que la paz de Dios viene a los hombres casa por casa. Tal paz no es dada a individuos, sino a familias. Si en esa casa hay alguno sobre quien dicha paz se dignara reposar, entonces tal paz habrá venido a toda su casa. Este versículo es muy claro. Al relacionarse con el hombre, Dios lo hace de familia en familia. Damos gracias a Dios porque la paz viene al hombre casa por casa.

9. La familia de Estéfanas

En 1 Corintios 1:16 dice: “También bauticé a la familia de Estéfanas”. Aquí Pablo afirma haber bautizado a todos y cada uno de los miembros de la casa de Estéfanas. Al igual que la familia del carcelero y la casa de Lidia, toda la casa de Estéfanas creyó y fue bautizada.

10. La casa de Onesíforo

En 2 Timoteo 4:19 dice: "Saluda a Prisca y a Aquila, y a la casa de Onesíforo", y en 2 Timoteo 1:16 dice: "Tenga el Señor misericordia de la casa de Onesíforo, porque muchas veces me confortó, y no se avergonzó de mis cadenas". He aquí una familia que auxilió a Pablo, una familia que no se avergonzaba de sus cadenas. Nótese nuevamente que no se trataba de un solo individuo, sino de una familia entera.

Todos estos numerosos casos son evidencia suficiente para concluir que, tanto en el Antiguo Testamento como en el Nuevo, Dios se relaciona con el hombre casa por casa. Esto resulta particularmente cierto con respecto al tema de la salvación, pues Dios considera a la familia como la unidad mínima.

III. AL ADMINISTRAR SU CASTIGO, DIOS TOMA LA FAMILIA COMO LA UNIDAD BÁSICA

Ahora debemos examinar algunos versículos que nos muestran que, también al administrar Su castigo, Dios toma a la familia como la unidad. Cuando el hombre se rebeló en contra de Dios, Dios fue provocado y juzgó al hombre. Al hacerlo, Él consideró la familia como la unidad. El juicio de Dios vino por medio de un hombre sobre toda la casa, de la misma manera Su bendición viene sobre toda la casa también por un solo hombre. Una vez que comprendamos esto, tomaremos una firme postura con respecto a nuestra familia, y proclamaremos que nuestra casa es para el Señor.

A. Faraón y su casa

Génesis 12:17 dice: "Mas Jehová hirió a Faraón y a su casa con grandes plagas, por causa de Sarai mujer de Abram". El pecado de Faraón trajo sobre toda su casa las plagas que Dios envió. Dios castigó a toda su casa. Si el juicio de Dios viene sobre toda la casa, debiera ser nuestra expectativa que también Su bendición venga sobre toda la casa. Nosotros no somos aquellos que están bajo Su condenación, sino bajo Su bendición.

B. La casa de Abimelec

Génesis 20:18 dice: "Porque Jehová había cerrado completamente toda matriz de la casa de Abimelec, a causa de Sara mujer de

Abraham". Dios cerró toda matriz de las mujeres de la casa de Abimelec. Toda su casa fue castigada, no solamente una o dos personas.

C. La casa de David

En 2 Samuel 12:10-11 dice: "Por lo cual ahora no se apartará jamás de tu casa la espada, por cuanto me menospreciaste, y tomaste la mujer de Urías heteo para que fuese tu mujer. Así ha dicho Jehová: He aquí Yo haré levantar el mal sobre ti de tu misma casa, y tomaré tus mujeres delante de tus ojos, y las daré a tu compañero, el cual yacerá con tus mujeres a la vista del sol".

Después que David pecó, la reprensión y el castigo de Dios no cayeron solamente sobre David como individuo, sino que Dios le dijo: "Por lo cual ahora no se apartará jamás de tu casa la espada". Esto está muy claro. Fue únicamente David quien pecó individualmente; sin embargo, el resultado fue que toda su casa sufrió el juicio de Dios. Esto nos muestra que cuando Dios considera a la humanidad no ve individuos, sino familias. Por tanto, los hombres deben acercarse a Dios familia por familia.

D. La casa de Jeroboam

En 1 Reyes 13:34 se nos dice: "Y esto fue causa de pecado a la casa de Jeroboam, por lo cual fue cortada y raída de sobre la faz de la tierra". El que se hacía ídolos era Jeroboam, pero Dios juzgó su casa y la desarraigó de la faz de la tierra.

En 1 Reyes 14:14 se nos dice: "Y Jehová levantará para Sí un rey sobre Israel, el cual destruirá la casa de Jeroboam en este día; y lo hará ahora mismo". Fue Jeroboam quien adoraba ídolos, pero Jehová desarraigó a toda su casa. No sé por qué Dios hizo esto. Únicamente puedo decir que a los ojos de Dios, la familia es una unidad. Esto está muy claro. A menos que deliberadamente elijamos hacer caso omiso de este hecho, no podemos hacer nada más que reconocer tal realidad.

E. La casa de Baasa

En 1 Reyes 16:3 dice: "He aquí Yo barreré la posteridad de Baasa, y la posteridad de su casa; y pondré su casa como la casa de Jeroboam hijo de Nabat". Debido al pecado de un hombre: Baasa, Dios aniquiló la posteridad de Baasa junto con su casa, de la misma manera que desarraigó a toda la casa de Jeroboam. Dios se relaciona con el hombre familia por familia.

F. La casa de Acab

Creo que una de las familias más conocidas del libro de 1 Reyes es la casa de Acab. En 1 Reyes 21:22 dice: "Y pondré tu casa como la casa de Jeroboam hijo de Nabat, y como la casa de Baasa hijo de Ahías, por la provocación con que me provocaste a ira, y con que has hecho pecar a Israel". ¿Por qué Dios pronunció juicio sobre la casa de Acab? Porque Acab provocó a Dios. Acab fue un rey maligno en tiempos del Antiguo Testamento. Dios dijo que aniquilaría la casa de Acab de la misma manera que había hecho con la casa de Jeroboam y de Baasa. La casa entera sería desarraigada. Incluso con respecto al juicio que Dios ejecuta sobre los hombres, la unidad es la familia. Esto es obvio y evidente.

G. Las casas de Datán y Abiram

Examinaremos un pasaje más, el cual demuestra claramente lo que queremos decir. Deuteronomio 11:6 dice: "Y lo que hizo con Datán y Abiram, hijos de Eliab hijo de Rubén; cómo abrió su boca la tierra, y los tragó con sus familias, sus tiendas, y todo lo que les pertenecía, en medio de todo Israel". Cuando Datán y Abiram pecaron, Dios hizo que se abriera la tierra y tragara, no solamente a Datán y Abiram, sino a sus familias también.

En la Biblia, tanto en sentido positivo como negativo y tanto en el Antiguo Testamento como en el Nuevo, todos los relatos coinciden en mostrarnos claramente que Dios se relaciona con el hombre familia por familia. Hermanos, deben darle mucha importancia a la manera en que vivimos delante de Dios, porque todo cuanto hagamos individualmente afectará a toda nuestra casa.

IV. ES NECESARIO QUE LA CABEZA DEL HOGAR HAGA UNA DECLARACIÓN

Ahora, quiero dirigirme particularmente a los que son la cabeza del hogar. En la Biblia, la mayoría de las personas que asumieron alguna responsabilidad fueron jefes de familia. Delante de Dios, el jefe de familia tiene la especial responsabilidad de traer a toda su casa al Señor y ponerla al servicio del Señor. Es necesario que ustedes asuman una postura definida en vuestra condición de cabeza del hogar y declaren que sus familias habrán de creer en el Señor y que ustedes no permitirán que ninguno de los suyos sea un incrédulo. Los jefes de familia pueden decidir esto en representación

de toda su casa. Incluso si sus hijos aún no creen, usted aún puede afirmar que su familia creerá en el Señor, debido a que la familia le pertenece a usted y no a sus niños. Es usted, no sus hijos, el responsable de la familia. Así pues, usted puede declarar lo dicho en Josué 24:15 delante del Señor y delante de toda su familia: "Pero yo y mi casa serviremos a Jehová". Ustedes tienen que reconocer que su familia es una familia de creyentes. Ustedes tienen que declarar esto por fe, y además tienen que establecer esto en su esposa e hijos. Siempre manténganse en esta posición. "Yo soy la cabeza de este hogar, y mi familia creerá en Dios. Mi casa no va a creer en el diablo. Yo he decidido que esta familia será una familia que cree en el Señor". Si usted declara esto con fe, y si usa su autoridad para tomar la delantera en hacerlo, sus hijos lo seguirán.

Yo creo que la cabeza de todos los hogares deben hacer la declaración de Josué 24:15. Deben reunir a todos sus hijos y los dependientes suyos, y decirles: "Pero yo y mi casa serviremos a Jehová". Entonces, mientras usted exista, su familia servirá al Señor, pues esta es su familia y usted tiene la potestad para decidir si su familia servirá al Señor. Cuando usted resuelva esto con firmeza, todos los que se encuentran bajo su autoridad vendrán al Señor, pues no tendrán otra opción. ¡Esto es maravilloso!

V. ALGUNOS EJEMPLOS EN INGLATERRA

Durante mis primeros años como creyente, leí sobre este tema en la Biblia, pero en ese entonces mi experiencia era muy limitada. Doy gracias al Señor que cuando estuve en Inglaterra, el Señor me dio la oportunidad de conocer ciertos hermanos que también creían en la salvación de la familia. En docenas de casos que observé en diversas localidades en Inglaterra, familias enteras eran cristianas. Esto me impresionó profundamente. Dios opera conforme a la fe del hombre. Allí, casi en todas las familias se experimentó la salvación de todos sus integrantes. "Cree en el Señor Jesús, y serás salvo, tú y tu casa". Entre quienes habían creído conforme a este versículo, eran muy pocos los que aún no habían experimentado la salvación entre ellos. Todos ellos fueron salvos familia por familia, incluyendo al padre, la madre, esposa, los hijos y todos los demás miembros de sus familias. A medida que me entrevistaba con estos

hermanos, aumentaba mi asombro.

En una ocasión visité al señor George Cutting, autor del famoso folleto *Safety, Certainty and Enjoyment* [La seguridad, la certeza y el gozo]. Sin duda, este folleto debe ser el segundo libro más vendido después de la Biblia; y aunque se trata de un pequeño tratado, es una de las publicaciones más difundidas en el mundo. Cuando conocí al señor Cutting, él tenía más de ochenta años de edad. Sus cabellos y su barba eran completamente blancos. Tenía que guardar cama permanentemente, y su mente ya no era tan lúcida como antes. Cuando lo conocí, él me dijo: "Hermano Nee, yo no puedo vivir sin Él, y Él no puede vivir sin mí". Él disfrutaba de una comunión muy profunda con el Señor. Doy gracias al Señor que todos los miembros de su familia, más de ochenta, eran salvos. Cada uno de sus hijos, yernos y nueras, nietos y nietas, sobrinos y sobrinas, así como bisnietos y bisnietas, fueran viejos o jóvenes, varones o mujeres, todos ellos habían sido salvos. George Cutting mismo creyó estas palabras: "Cree en el Señor Jesús, y serás salvo, tú y tu casa"; y en consecuencia, toda su casa era salva.

Para George Cutting, este asunto revestía gran seriedad. Él le daba mucha importancia a la salvación de la familia, no solamente a la salvación del individuo. Su familia estaba conformada por lo menos por unas ochenta o noventa personas, y todos ellos eran salvos. ¡Gracias al Señor! "Cree en el Señor Jesús, y serás salvo, tú y tu casa". Fiel es Su Palabra.

VI. ES NECESARIO QUE TODA NUESTRA FAMILIA SEA CONDUCIDA AL SEÑOR

Espero que los hermanos y hermanas que recién han sido salvos presten mucha atención a este asunto. Ahora que son salvos, ellos deben reunir a los miembros de su familia y declararles: "Desde ahora en adelante, ustedes los de mi casa pertenecen a Dios". Ya sea que en ese momento ellos pertenezcan al Señor o no, y ya sea que ellos estén de acuerdo o no, es necesario que usted haga tal declaración. Por ser la cabeza de ese hogar a usted le corresponde hacer tal declaración. Usted tiene que tomar cartas en el asunto y declarar que su casa servirá al Señor. Usted finalmente prevalecerá si ha ejercitado su fe al adoptar una postura firme al respecto.

Si los que se salvan entre nosotros fueran salvos familia por familia, en lugar de uno por uno, ¡cuán diferente sería nuestra situación! Hermanos y hermanas, no sean descuidados con sus hijos. Uno de los mayores fracasos entre los protestantes consiste en no haber sabido cuidar de las siguientes generaciones; ellos han permitido que sus generaciones posteriores elijan su propia fe. Los católicos no tienen que predicar el evangelio. Ellos experimentan incremento numérico únicamente en virtud de los niños nacidos entre ellos y, nada más con eso, superarán el incremento que logran los protestantes en el curso de toda su vida. ¿Han visto ustedes a los católicos predicando el evangelio en las esquinas de las calles tal como lo hace, por ejemplo, el Ejército de Salvación? No. Ellos se propagan simplemente en virtud de los nacidos en forma natural, una generación tras otra. Dos se convierten en cuatro y cuatro llegan a ser ocho. Todo niño nacido en una familia católica se convierte automáticamente en un católico romano. Los católicos no le dan mucha importancia al aumento por la evangelización. Siempre y cuando una persona haya nacido en una familia católica, ella es arrastrada a dicha religión, ya sea que se convierta en un auténtico creyente o no. No es de sorprender que el número de católicos supere más de tres veces a la población protestante. No debemos ser indiferentes al respecto, ni debemos permitir que nuestros hijos se descarríen.

Permítanme reiterar esto: un nuevo creyente debe declarar al inicio mismo de su vida cristiana que su familia pertenece al Señor. No solamente él mismo deberá ser del Señor, sino que además, tiene que declarar que su familia pertenece al Señor. Asuman su responsabilidad cabalmente y la salvación de toda su familia se hará realidad. Ustedes tienen que declarar una y otra vez en sus hogares: “Pero yo y mi casa serviremos a Jehová. Todos los que viven en esta casa deben optar por servir al Señor”. Ustedes deben conducir a sus familias al Señor. No busquen excusas al respecto. No permitan que ninguno se descarríe.

La salvación de la familia es uno de los principios más importantes que encontramos en la Biblia. Una vez que usted es salvo, toda su familia debe ser salva. En primer lugar, usted personalmente tiene que optar resueltamente por el Señor; y entonces, su familia cambiará. Espero que le den la debida importancia a este

asunto. Esto es una gran bendición. Si usted hace esto, conducirá a más personas al Señor.

LOS AMIGOS

Lectura bíblica: Jac. 4:4; 2 Co. 6:14-18; Sal. 1; 1 Co. 15:33

I. LA BIBLIA NO HACE ÉNFASIS EN LA AMISTAD

Algo especial que tiene la Biblia es que no recalca la amistad entre los hijos de Dios. Esto no quiere decir que la palabra *amigo* no aparezca en la Biblia. De hecho, tal palabra aparece muchas veces en el Antiguo Testamento; la encontramos en Génesis y especialmente en Proverbios. En el Nuevo Testamento, la palabra *amigo* aparece en los Evangelios de Mateo y Lucas. Pero la amistad de la cual se habla en la Biblia se refiere principalmente a las amistades que se desarrollan aparte de Cristo; en realidad, la Biblia no dice mucho acerca de cómo cultivar una amistad entre aquellos que están en el Señor. Si recuerdo correctamente, la palabra *amigos* con relación a cristianos se menciona dos veces en el libro de Hechos. En primera instancia, vemos que algunos de los líderes asiarcas eran amigos de Pablo, y ellos fueron quienes le rogaron que no corriera el riesgo de presentarse en el teatro (Hch. 19:31). En una segunda ocasión, Julio trató amablemente a Pablo y le permitió reunirse con sus amigos para ser atendido por ellos (27:3). Además de estos dos versículos, en 3 Juan 14 consta: "Los amigos te saludan. Saluda tú a los amigos, a cada uno por nombre". Hasta donde yo sé, estas son las tres únicas instancias consignadas en los Hechos y las Epístolas en las que se hace referencia a este tema. Esto nos muestra que la Biblia no tiene mucho que decir acerca de la amistad.

La Biblia no enfatiza el tema de la amistad, pero en lugar de ello recalca nuestra relación como hermanos y hermanas, esto es, la relación que existe entre los hermanos y hermanas en el Señor. Esta es la relación más importante y elemental. La Biblia, pues, le da mucho más importancia a esta clase de relación que a la amistad.

II. LA AMISTAD ES LA RELACIÓN MÁS IMPORTANTE QUE HAY EN EL MUNDO

¿Qué es la amistad? Es posible que un anciano sea amigo de un joven. Puede existir amistad entre cónyuges. Asimismo, los padres pueden ser amigos de sus hijos, y también puede existir la amistad entre hermanos. Ser amigo de alguien quiere decir sentir cariño por esa

persona y poder comunicarse con ella. Esta es la única relación que cuenta en una amistad. Entre las diversas clases de vínculos que existen entre seres humanos, existe el vínculo sanguíneo, el cual sólo es posible entre parientes. Sin embargo, la amistad es diferente de toda otra clase de vínculo, pues está sellada únicamente por el amor mutuo. La amistad desestima cualquier otra clase de vínculo y une a dos personas únicamente en virtud del afecto que existe entre ellas. Con frecuencia, surge la amistad entre el esposo y la esposa, el padre y el hijo, la madre y la hija, o el maestro y su alumno. La amistad puede desarrollarse entre personas de la misma edad, o entre individuos pertenecientes a una misma clase social o simplemente entre compañeros de una misma generación.

Por todo ello, la amistad es un vínculo muy importante para aquella persona que no ha creído en el Señor Jesús. Antes que una persona acepte al Señor como su Salvador, no existe ninguna clase de vínculo espiritual en el Señor. Debido a esto, el vínculo más importante que existe para las personas de este mundo es la amistad. Pero entre nosotros, la amistad ha dejado de ser lo más importante. Por ello, la amistad rara vez es mencionada en el Nuevo Testamento. Más bien, nosotros recalcamos el vínculo existente entre hermanos y hermanas en el Señor. En el Señor, nuestros lazos de amistad resultan mucho menos significativos. Por ello, la amistad no es muy importante entre los hijos de Dios.

Antes que creyéramos en el Señor, no conocíamos vínculo espiritual alguno. Sólo conocíamos la relación entre padre y madre, madre e hija, profesor y alumno, amo y esclavo. Por ello, la amistad resulta muy importante para quienes no han creído en el Señor. Dos personas pueden ser padre e hijo, pero pueden seguir teniendo ciertas divergencias. Lo mismo podríamos decir de una mamá y su hija, de un esposo y su esposa, y de un amo con su esclavo. Todos ellos pueden conservar su propia posición personal. Además, los vínculos sanguíneos son limitados en número. La mayoría de personas tiene de tres a cinco vínculos de esta clase, y los que tienen ocho o diez de tales relaciones pueden ser considerados casos excepcionales. Aparte de tales vínculos, todas nuestras otras relaciones son generalmente con nuestros amigos.

El hombre no puede estar satisfecho únicamente con relaciones familiares. Tampoco puede estar satisfecho con relaciones de tipo académico o laboral, como la que existe entre un profesor y su alumno, ni con cualquier otra clase de vínculo social. El hombre necesita de la amistad. La amistad está basada en el amor, no en los vínculos sanguíneos. Muchas de nuestras relaciones humanas las heredamos al nacer; sólo la amistad se desarrolla por elección personal. Por esto, para un incrédulo la amistad reviste suprema importancia. Todos tenemos amigos. Una persona puede tener tres, cinco, ocho o diez amigos. Puede llegar a tener docenas y hasta cientos de amigos si es lo suficientemente sociable. Y una persona puede disfrutar de compañerismo, afecto y comunión al relacionarse con tales amigos. Ciertamente la amistad ocupa un lugar muy importante en la vida de un incrédulo.

Si un incrédulo no tiene amigos, no debe ser una persona agradable, o es algo anormal, o puede tener una personalidad enfermiza; tal vez no se lleve bien con otros; o pueda que su honradez os sus peculiaridades han desalentado a otros de tener amistad con él. Pero bajo condiciones normales, un hombre siempre tiene amigos.

III. DIOS NOS ORDENA PONER FIN A NUESTRAS AMISTADES MUNDANAS

Dios, sin embargo, ha dispuesto que nosotros pongamos fin a nuestras amistades después de haber creído en el Señor Jesús.

A. La amistad con el mundo es enemistad contra Dios

Jacobo se refirió a la amistad de este mundo (Jac. 4:4). En este versículo, el mundo significa: “la gente mundana”. “La amistad con el mundo es enemistad contra Dios”. Por favor recuerden que si amamos al mundo, el amor del Padre no está en nosotros (1 Jn. 2:15). Ser amigo de las personas mundanas equivale a hacerse enemigo de Dios.

Un nuevo creyente tiene que tener bien en claro que en cuanto se hace cristiano, tiene que reemplazar a todos sus amigos. Si usted ha sido aceptado por el Señor recientemente, tiene que reemplazar a sus amigos. Esto es igual a todos los otros cambios que sufrimos a raíz de haber creído en el Señor, como por ejemplo el cambio que sufrimos en nuestra manera de vestir.

Asimismo, es necesario que también cambiemos de amigos; debemos tener un grupo de amigos completamente distinto. Por propia experiencia, sé lo que les digo. Un nuevo creyente llevará una vida espiritual muy pobre y superficial si no cambia de amigos. Uno tiene que poner fin a todas sus antiguas amistades en cuanto cree en el Señor. Es maravilloso darse cuenta que en cuanto el amor de Dios entra, el amor del hombre sale. Cuando la vida del Señor entra a nosotros, entonces el mundo ya no podrá ser nuestro amigo.

Pero el Señor no dijo que nosotros debíamos odiar al mundo para poder amar a Dios. Esto no quiere decir que tengamos que ignorar a la gente mundana o que ya no podamos saludar a nuestros amigos al encontrarnos con ellos en la calle. Más bien, esto significa que todo aquel que cultiva la amistad con el mundo se hace enemigo de Dios. No tenemos que tratar al mundo como nuestro enemigo, pero nuestra profunda amistad con él, así como nuestro anhelo por estar relacionados con el mundo, tiene que cesar. Todavía podemos amar a nuestros amigos, pero ahora nuestra meta deberá ser que ellos sean salvos. Los seguimos tratando como amigos, pero nuestra meta debe ser la que tenía Cornelio: traerlos al evangelio. Cornelio invitó a dos grupos de personas a su casa cuando Pedro vino a ella: él invitó a sus parientes y a sus amigos íntimos (Hch. 10:24). Él sabía que Dios quería que él invitase a Pedro, y él invitó también a sus parientes y amigos íntimos para que escucharan el evangelio. Esta es la meta que necesitamos para mantener una relación con nuestros conocidos; la meta no es mantener nuestros antiguos lazos de amistad. Uno no puede dejar de conocer a una persona que ya conoció. Un amigo seguirá siendo un amigo. Uno no puede anular su relación con aquellos que conoce hace muchos años. Cuando hablamos de que tenemos que adoptar medidas con respecto a nuestras amistades, queremos decir que nosotros mismos debemos experimentar un giro en el Señor. Esto significa que todas nuestras antiguas relaciones han cesado y que, de ahora en adelante, todavía conversamos con nuestros amigos cuando los vemos, seguimos intercambiando opiniones con ellos si tenemos algún problema, pero ahora nosotros poseemos una nueva vida, la cual ellos no poseen. Nuestra relación con ellos no debe ignorar este cambio en vida. Una persona llega a ser amiga de otra, primero por medio de conocerla, después al manifestar cierto afecto y,

finalmente, al relacionarse con ella. Si continuamos relacionándonos con nuestros viejos amigos después de que hemos sido salvos, entonces nos hacemos enemigos de Dios y, naturalmente, nos será difícil avanzar como debiéramos.

Al correr una carrera, cuanto menos peso carguemos mejor. Cuanto más uno tome medidas con respecto a sus pecados, menor será el peso que cargue consigo. Cuanto más restituciones haga uno, más ligera será su carga, y cuantos más amigos deje atrás, menos lastre tendrá. Si uno adquiere algunas amistades mundanas, se encontrará oprimido por ellas. Yo he conocido muchos hermanos y hermanas para quienes tales amistades les han sujetado e impedido seguir adelante. Tales creyentes no pueden ser absolutos en el camino de Dios y les resulta muy difícil ser buenos cristianos. Los principios morales y las normas de conducta que rigen la vida de un incrédulo, siempre serán los que corresponden a un incrédulo. Quizás ello no lo arrastrará, pero con toda certeza tampoco lo levantará.

B. No debemos unirnos en yugo desigual con los incrédulos

En 2 Corintios 6:14 se nos dice: “No os unáis en yugo desigual con los incrédulos”. Muchas personas piensan que este versículo se aplica sólo al matrimonio. Si bien estoy de acuerdo en que unirse en yugo desigual implica el matrimonio con incrédulos, esto también describe toda otra relación que pueda existir entre creyentes e incrédulos.

1. Unirse en yugo desigual con los del mundo no es una bendición, sino un sufrimiento

“No os unáis en yugo desigual con los incrédulos”. Esta es una afirmación bastante general. ¿Qué quiere decir? Tenemos que considerar las siguientes preguntas: “¿Qué compañerismo tiene la justicia con la injusticia? ¿Y qué comunión la luz con las tinieblas? ¿Y qué concordia Cristo con Belial? ¿O qué parte el creyente con el incrédulo? ¿Y qué acuerdo hay entre el templo de Dios y los ídolos? Porque nosotros somos el templo del Dios viviente, como Dios dijo: ‘Habitaré entre ellos y entre ellos andaré, y seré su Dios, y ellos serán Mi pueblo’. Por lo cual, ‘salid de en medio de ellos, y apartaos, dice el Señor, y no toquéis lo

inmundo; y Yo os recibiré', 'y seré para vosotros por Padre, y vosotros me seréis hijos e hijas, dice el Señor Todopoderoso'" (2 Co. 6:14-18). Fíjense que todas estas preguntas surgen a raíz de la primera afirmación: "No os unáis en yugo desigual con los incrédulos". Esta es una cita positiva. Es la premisa básica, después de la cual surgen cinco preguntas. Estas preguntas nos muestran que los creyentes e incrédulos son incompatibles entre sí y no pueden ser uncidos al mismo yugo.

Espero que ustedes se den cuenta que aunque vivimos hoy en la misma sociedad que las personas del mundo, nosotros no podemos desarrollar un vínculo íntimo de amistad con tales personas, ya sea que se trate de una asociación comercial, mera amistad o una unión matrimonial. Si un incrédulo y un creyente están unidos, tarde o temprano acabarán teniendo problemas. Los creyentes tienen sus propios principios y normas, mientras que los incrédulos adoptan estándares distintos. Los creyentes no comparten la misma ideología con los incrédulos. Los incrédulos tienen sus propios puntos de vista, y los creyentes tenemos nuestra propia perspectiva. Si juntáramos a creyentes e incrédulos, no habría bendición alguna sino solamente aflicción. Ambas personas difieren en cuanto a sus perspectivas, sus opiniones y sus principios éticos y morales. Es decir, difieren en todo aspecto. Uno se esfuerza por ir en una dirección, mientras que el otro se esfuerza por ir en la dirección opuesta. Uncir ambas personas al mismo yugo sólo hará que el yugo que los une, se quiebre. El creyente tiene que consentir en hacer lo que el incrédulo hace o, sino, tendrá que quebrar tal yugo.

Quisiera que todo nuevo creyente se percate que cuando se unen los creyentes e incrédulos, siempre son los creyentes los que sufren. No debiéramos pensar jamás que podremos hacer que los incrédulos nos sigan. Si queremos que ellos nos sigan, no tenemos que lograrlo por medio de hacernos sus amigos. Yo puedo testificarles que he intentado hacer que mis amigos me sigan, sin tener que mantener la antigua amistad que me unía a ellos. Podemos hacer que nuestros amigos se pasen al lado nuestro, sin tener que intentar mantener nuestras viejas amistades con ellos. Si intentamos mantener nuestros viejos vínculos de amistad, lo más probable es que nuestros amigos harán que seamos nosotros los que nos

pasemos a su lado.

En cierta ocasión, C. H. Spurgeon dio un buen ejemplo. Una jovencita acudió a él para decirle que deseaba iniciar una amistad con un incrédulo. Ella le dijo que quería traerlo primero al Señor y luego ser su prometida. Spurgeon le pidió entonces que subiera a una mesa muy alta, y ella lo hizo así. Para entonces el señor Spurgeon ya era un anciano. Él le dijo a esta señorita que se esforzara al máximo por hacerlo subir a la mesa. Ella se esforzó y lo jaló mucho, mas no pudo hacerlo. Entonces, el señor Spurgeon le dijo: “Ahora déjeme intentar hacerla descender de donde está”, y de un solo tirón, obligó a esta joven a saltar al piso. Por favor recuerden que siempre le será muy difícil hacer que la otra persona suba; sin embargo, a ella le es muy fácil hacer que usted descienda. Son muchos los que han sido jalados hacia abajo por los incrédulos. Muchos hermanos y hermanas son arrastrados al suelo por sus amigos debido a que no supieron tomar las medidas correspondientes con respecto al problema que representan tales amistades.

Los nuevos creyentes deben contarles a todos sus amigos que ellos han creído en el Señor Jesús. Ellos tienen que dar testimonio y confesar con sus propios labios que han recibido al Señor. Siempre que vuelvan a ver a sus amigos, deben darles el Señor a ellos. Cuando estaba en la escuela, yo tenía muchos amigos. Después de haber creído en el Señor, yo solía sacar mi Biblia, sentarme con ellos y hablarles del Señor siempre que podía. Antes de hacerme cristiano, mi comportamiento era muy pobre. Cuando menos, yo solía jugar juegos de azar y me encantaba ir al teatro. Era fácil para mis amigos hacer que yo me involucrara en esta clase de actividades. Pero después de haber creído en el Señor, solía sacar mi Biblia cada vez que me sentaba con mis amigos. Después que me hice conocido por hacer esto, mis amigos comenzaron a rehuirme. De hecho, esto me hizo mucho bien, porque ellos dejaron de incluirme en sus actividades. De no haberme comportado así, me habría desviado sin poder evitarlo. Es preferible para nosotros ser rechazados por nuestros amigos, que ser influenciados por ellos. Es mejor mantener una amistad moderada con ellos, pero no debemos buscar ser sus amigos íntimos. Sean corteses y amables. No pierdan amigos, pero no busquen hacer vuestras relaciones con ellos más profundas de lo

necesario. Nosotros pertenecemos al Señor y siempre debemos traerles el Señor a ellos.

Si usted sirve al Señor fielmente y les presenta el Señor a sus amigos, tarde o temprano ellos se volverán al Señor o lo abandonarán por completo. Estas son las dos únicas posibilidades. Difícilmente habrá una tercera opción. Es una de dos: o sus amigos lo seguirán y tomarán el mismo camino que usted, o no volverán a molestarlo. Esto será de gran ventaja para el nuevo creyente, pues le ahorrará muchos problemas. Si una persona está unida por el mismo yugo a un incrédulo, será arrastrada y alejada por él debido a que ella ha desobedecido al Señor a fin de mantener una amistad íntima con el mundo.

2. Cinco preguntas con respecto a no estar unidos en yugo desigual

En primer lugar: "¿Qué compañerismo tiene la justicia con la injusticia?". Usted ha creído en el Señor y ha conocido la justicia. Ahora, usted debe tomar medidas con respecto a las injusticias que usted cometió en el pasado. Usted tiene que indemnizar a los demás por cualquier deuda que les haya ocasionado. Pero los incrédulos, incluso aquellos que tienen los principios morales más altos, no saben lo qué significa la justicia. La justicia no tiene compañerismo alguno con la injusticia. Una es diametralmente opuesta a la otra. A nosotros no nos está permitido aprovecharnos de los otros, incluso en los asuntos más insignificantes. Quizás a otros les gusta aprovecharse de los demás. Es probable que en el pasado usted haya creído que esto era muestra de inteligencia, pero ahora se da cuenta que esto es cometer injusticia. ¿Cómo podría haber compañerismo alguno entre la justicia y la injusticia? Ahora, sus perspectivas son fundamentalmente diferentes. Por tanto, no puede haber compañerismo entre la justicia y la injusticia.

En segundo lugar: "¿Y qué comunión la luz con las tinieblas?". Ustedes han sido iluminados y ahora ven. La otra persona está en la oscuridad y no puede ver. Un hijo de Dios que haya conseguido cierto progreso en su jornada espiritual y que tenga cierta profundidad en las cosas del Señor, le será difícil incluso tener comunión con un cristiano carnal que vive en la oscuridad. ¿Cuánto más difícil le será tener comunión con alguien que está totalmente en tinieblas y no puede ver nada? Usted, al menos,

ha sido iluminado por Dios. Aquí hay una contradicción fundamental: la luz no tiene comunión con las tinieblas. Los incrédulos pueden hacer muchas cosas. Sus filosofías, sus principios éticos y su perspectiva de la vida difieren de las de los creyentes. Los creyentes están en la luz, mientras que los incrédulos están en tinieblas. ¿Cómo podrían tener comunión y compañerismo los unos con los otros? Ellos son fundamentalmente diferentes en naturaleza.

En tercer lugar: "¿Y qué concordia Cristo con Belial?". Belial se refiere a Satanás y las cosas despreciables. Ciertamente Satanás es despreciable. Nosotros pertenecemos al Señor, mientras que los incrédulos pertenecen a Belial. Nosotros somos personas honorables (1 P. 2:9), mientras que ellos son ordinarios. Nosotros fuimos comprados con un precio muy alto; fuimos comprados con la sangre del Hijo de Dios, no con cosas corruptibles como oro o plata. Poseemos la posición y dignidad propias de un creyente. Hay muchas cosas que nosotros no podemos hacer. Yo puedo regatear con un culi de calesa [N. del T.: un taxista oriental de la antigüedad que jalaba el carro a mano] dentro de ciertos límites razonables, pero sería incorrecto sobrepasar tal límite. Nosotros somos cristianos y no podemos sobrepasar ciertos límites. No podemos regatear demasiado con los demás. No debemos perder nuestra dignidad cristiana. Nosotros valemos más que aquellos pocos centavos que ahorramos cuando regateamos. No podemos descender al nivel de vendedores callejeros. Tenemos que mantener la posición y dignidad que nos corresponde por ser cristianos.

Algunas personas pertenecen a Belial. A ellas les es permitido hacer muchas cosas. Probablemente para tales personas sea correcto aprovecharse de los demás procurando beneficios personales, pero nosotros no podemos hacer lo mismo. Nosotros tenemos la posición y el honor que son propios de un cristiano. ¿Cómo podría haber armonía entre estas dos clases de personas? Mientras uno se esfuerza por ir en una dirección, el otro se esfuerza por ir en la dirección opuesta. Estas dos clases de personas no pueden ser unidas en yugo desigual; uncirlas bajo el mismo yugo no dará resultado. El yugo ciertamente acabará por romperse.

Por favor recuerden que hay muchas personas

que no son personas honorables. Lejos de serlo son, de hecho, personas innobles. Los cristianos, sin embargo, son personas nobles. Estas dos clases de personas difieren completamente entre sí; no pueden unirse bajo un mismo yugo. Después que uno se ha hecho cristiano, no podrá desarrollar vínculos profundos de amistad con un incrédulo, pues uno ya es incompatible con tal clase de persona.

En cuarto lugar: "¿O qué parte el creyente con el incrédulo?". Esta es una reiteración de la pregunta anterior. Se trata de otra comparación. Usted tiene fe, mientras que la otra persona no tiene fe. Usted conoce a Dios por medio de la fe, pero la otra persona no cree en Dios y no le conoce. Usted encuentra fe en su vida, pero la otra persona no. Usted confía en Dios, mientras que la otra persona no. Usted depende de Dios, mientras que la otra persona depende de ella misma. Usted afirma que todo está en las manos de Dios, pero la otra persona afirma tener todo bajo su control. Ambas personas son fundamentalmente distintas. Con frecuencia, incluso no podemos comunicarnos con cristianos nominales; no podemos tener comunión con tales personas, pues ellas afirman ser cristianas, pero carecen de fe. Esto representa un verdadero problema. Ambas personas no solamente difieren en cuanto a su comportamiento, sino que una de ellas tiene fe y la otra no. Difieren en cuanto a su conducta debido a que su medida de fe es diferente. Ante tal clase de diferencia, es difícil tener alguna comunicación entre estas personas. Un creyente no tiene nada que ver con un incrédulo. Un creyente espontáneamente confía en Dios con respecto a muchas cosas; para él esto es tan natural como respirar. Pero esto resulta difícil para un incrédulo. El incrédulo aducirá que el creyente es supersticioso, anticuado o tonto. Es imposible para nosotros tener amigos entre los incrédulos. Ellos nos arrastrarán cuesta abajo y lo harán con mucha fuerza.

En quinto lugar: "¿Y qué acuerdo hay entre el templo de Dios y los ídolos?". ¿Qué es el templo de Dios? ¿Qué es un ídolo? Me parece que esto hace referencia a la santificación de nuestro cuerpo. En seguida, se nos dice que somos el templo del Dios viviente. Según 1 Corintios, el cuerpo del creyente es el templo de Dios. Un grupo de gente era idólatra, mientras que el otro grupo afirmaba: "Nuestros cuerpos son el templo de Dios. No podemos contaminar el

templo de Dios”. Lo que hagamos con respecto a nuestros amigos directamente afectará a nuestro cuerpo. Beber, fumar y otras actividades de este tipo afectan nuestros cuerpos y atañen directamente a nuestros cuerpos. Pero nuestros cuerpos son el templo de Dios. No se debe destruir ni contaminar el templo de Dios. Tenemos que resguardar nuestros cuerpos tal como resguardamos el templo de Dios. El Dios viviente mora en nosotros y no debemos destruir este templo. Nosotros somos el templo de Dios, mientras que los incrédulos son un templo para ídolos. Ellos están vinculados a los ídolos, ya sean visibles o invisibles. A ellos no les importa la santidad del cuerpo, pero a nosotros sí. ¿Ven cuál es la diferencia? ¿Cómo podrían estas dos clases de personas estar unidas bajo un mismo yugo?

Jamás podremos ser amigos de los incrédulos. Si nos hacemos amigos de ellos, solamente podemos esperar un resultado: ser arrastrados cuesta abajo junto con ellos. Jamás debiéramos creer que por ser fuertes y estables es correcto que nosotros tengamos algunos amigos incrédulos. Permítanme decirles que nosotros hemos sido cristianos por muchos años, pero todavía tenemos temor de cultivar amistades entre los incrédulos. Toda relación con ellos siempre nos va a ocasionar pérdida. Nosotros debemos relacionarnos con los incrédulos a fin de poder invitarlos a nuestras reuniones o darles testimonio. Aparte de esto, cualquier otra clase de relación es peligrosa, pues una vez que estamos en medio de ellos, somos obligados a renunciar a nuestro estándar. Si estamos entre ellos, nos será muy difícil mantener nuestros principios y normas cristianos.

C. Las malas compañías corrompen las buenas costumbres.

En 1 Corintios 15:33 dice: “No os engañéis; las malas compañías corrompen las buenas costumbres”. Tener malas compañías significa tener amigos que no son muy apropiados. De hecho, sería mejor si tradujéramos “malas compañías” como “comunión impropia” o “vínculo inapropiado”. El resultado de tales malas compañías es la corrupción de las costumbres morales. *Corrupción* significa “putrefacción”, tal como la descomposición que sufre la madera al ser carcomida por los gusanos. Las malas compañías hacen que se

pudran las buenas costumbres.

La expresión *buenas costumbres* en su acepción más moderada podría traducirse como “los buenos modales”. También podría usarse una expresión más fuerte y decir, por ejemplo, que “las malas compañías corrompen la moral”. En realidad, el significado original del término que se usó, se ubica entre estos dos extremos. Mientras que la expresión *la moral* podría resultar demasiado fuerte, la expresión *buenos modales* podría considerarse demasiado débil. Probablemente, este pasaje hace referencia a una clase de comportamiento que se ubica entre estos dos extremos. Me parece que sería mejor traducir esta expresión como: “apariencia”. Esto es más moderado que decir “la moral”, pero más fuerte que decir “los buenos modales”. Podemos afirmar que todo vínculo inapropiado corrompe nuestra apariencia. Usted puede ser una persona muy piadosa ante Dios, pero después que comienza a relacionarse con un incrédulo a quien le gusta hacer bromas, usted comenzará a reírse. Hay algunos chistes ante los cuales no nos debiéramos reír, pero muchas veces sentimos que no debemos parecer tan reprimidos cuando estamos entre los incrédulos y creemos que si nos relajáramos un poco, ellos nos recibirían mejor. Pero este es un vínculo inapropiado y corrompe nuestra buena apariencia.

La buena apariencia es lo opuesto a la comunicación inapropiada. Aquello es bueno, mientras que esto otro es malo. Lo malo corromperá lo bueno. Tenemos que evitar tal corrupción. Puesto que la vida del Señor está en nosotros, debemos dedicar cierto tiempo a cultivar los buenos hábitos y aprender a ser restringidos por el Señor. Tenemos que aprender, día a día, a ser personas piadosas, cuidadosas, disciplinadas y que saben restringirse.

Por favor, recuerden que un solo contacto con incrédulos, así como cualquier comunicación inapropiada con ellos, hará que desperdiciemos mucho tiempo. Esto constituye una gran pérdida. Cada vez que usted se comunique con incrédulos, es probable que necesite tres o cuatro días para recuperar la postura debida, puesto que los incrédulos son capaces de afectar su apariencia, sus hábitos y su conducta moral delante de los hombres. Ciertamente, esto no es provechoso.

D. No debemos andar con los incrédulos ni

estar en sus caminos ni sentarnos con ellos

Salmos 1:1-2 dice: “Bienaventurado el varón / Que no anda / En consejo de malos, / Ni se detiene en camino de pecadores, / Ni se sienta en compañía escarnecedores; / Sino que en la ley de Jehová está su delicia, / Y en Su ley medita de día y de noche”.

A los incrédulos les encanta dar consejos. No hay nada más lamentable que ver a los hijos de Dios pidiendo consejo a los incrédulos cuando tienen problemas. Pero son muchos los hijos de Dios que piden consejo a los incrédulos de cómo hacer frente a ciertos problemas. Aun si ellos le ofrecieran algún consejo, ustedes no deben hacer lo que les aconsejan. Yo tengo muchos amigos incrédulos que me ofrecen sus consejos aun cuando no se los pido. Si usted les presta atención, se dará cuenta— que todos los pensamientos de ellos giran en torno a cómo beneficiarse a sí mismos. A ellos no les importa si algo es correcto o equivocado, ni tampoco si es la voluntad de Dios o no. Ellos tienen un solo motivo: su provecho personal. ¿Podríamos nosotros hacer algo que es puramente para nuestro beneficio personal? En algunos casos, tales consejos no solamente procuran el beneficio de uno mismo, sino que incluso causan pérdidas a los demás. Hay ciertos beneficios que se logran sin perjudicar a otros y hay beneficios que se logran a costa de otros. ¿Cómo podría un creyente andar según el consejo de un incrédulo?

Si usted se hace amigo íntimo de un incrédulo, le será difícil no hacer caso a sus consejos. Como resultado, usted se desviará. Si usted le pide consejo a un grupo de cinco amigos, le será muy difícil rechazar sus sugerencias y oponerles resistencia, debido a que ellos son sus amigos. Ellos le presentarán una propuesta unánime, a una voz, y que le traerá beneficios a usted. Si conversa con ellos, esto querrá decir que usted busca que ellos le aconsejen. Pero el consejo de ellos sólo proviene de sus mentes. Usted no debe seguir tal consejo.

Más aún, hay muchos lugares a los que ustedes no deben ir. Los pecadores tienen sus propios caminos y sus propios lugares. Ellos no vienen a las reuniones de la iglesia cuando quieren jugar juegos de azar. Ellos tienen sus lugares y sus caminos. Hoy en día, si usted se comunica con incrédulos, usted estará optando por sus caminos aun cuando usted diga que no es uno de ellos. Esto es muy difícil de evitar. Quizás un

incrédulo quiera ir a un lugar al que usted no debiera ir. Aun si usted dice que no entrará allí, ya se encuentra en el mismo camino. Aun cuando usted se despida y se separe de ellos al llegar a la puerta, usted ya anduvo por la misma senda. "Bienaventurado el varón / Que no anda en consejo de malos, / Ni se detiene en camino de pecadores". Dios no quiere que vayamos a los lugares que ellos van, ni siquiera quiere que estemos parados en sus caminos. Dios quiere que nos separemos completamente de ellos. No podemos hacer amistad con ellos. Una vez que nos amistamos, estaremos en sus caminos o, por lo menos, tendremos contacto con los lugares a los que ellos van.

"Ni se sienta en compañía de escarnecedores". Casi todos los incrédulos son escarnecedores. Rara vez encontré un hermano cuyos amigos no se hayan burlado de él o que no hayan ridiculizado el nombre del Señor. Durante los primeros años de mi vida cristiana, conocí a muchos incrédulos que se burlaban del nombre del Señor en cuanto me veían. Ellos blasfemaban el nombre del Señor. Si usted se sienta con incrédulos, ellos tratarán de ridiculizarlo y blasfemarán el nombre del Señor. Quizás antes de que usted se integrase al grupo de ellos, ellos no habrán mencionado el nombre del Señor; quizás ellos no hayan tenido la intención de blasfemar en contra del nombre del Señor, pero la presencia suya les dará ocasión para hablar acerca de Jesús y del cristianismo, y proseguirán entonces a hacer bromas. Si usted no quiere sentarse en compañía de escarnecedores o escuchar sus burlas, entonces no debe comunicarse ni tener comunión con ellos o hacerse amigo de ellos.

IV. DEBEMOS REEMPLAZAR NUESTROS AMIGOS CON LOS HERMANOS DE LA IGLESIA

Uno tiene que decidir este asunto de la amistad durante las primeras semanas de su vida cristiana. Uno tiene que cambiar todos sus amigos. Debemos contarles a todos nuestros amigos lo que nos ha sucedido. Usted todavía puede mantener cierta amistad con ellos, pero esta amistad ya no puede ser íntima. Usted tiene que cambiar todos sus amigos; tiene que aprender a ser un hermano en la iglesia y reemplazar a sus antiguas amistades con los hermanos de la iglesia.

No queremos ir a extremos. No aborrecemos a nuestros antiguos amigos y no pretendemos ignorarlos por completo, sino que ahora tenemos que relacionarnos con ellos en otro nivel. Aprendan a testificarles y a traerles el Señor a ellos. Nosotros debemos pasar con ellos solamente unos cinco minutos, quince minutos, media hora o una hora. No siga sentándose entre ellos y no converse con ellos de asuntos mundanos. Aprenda a asumir la posición que le corresponde y esfuércese por traer sus amigos al Señor y a la iglesia. Testifíqueles y predíqueles el evangelio. Esfuércese por hacer que ellos se conviertan en hermanos y hermanas de la iglesia. No busque amistades ni tenga amistades fuera del círculo de hermanos.

Les puedo asegurar que un creyente que tiene demasiados amigos incrédulos, ciertamente será un cristiano derrotado. Aun si no llega a caer en pecado, se convertirá en una persona mundana. Si una persona ama al Señor, le sirve y es fiel a Él, y además se mantiene ejercitada en sí misma, es imposible que tenga muchos amigos mundanos. Si una persona tiene muchas amistades frívolas, esto demuestra que ella misma está enferma.

No debiéramos ser personas de labios inmundos, ni tampoco debiéramos morar entre personas de labios inmundos. A los ojos de Dios, es algo malo tener labios inmundos. De la misma manera es igualmente malo, y requiere confesión el morar con gente de labios inmundos. Así como está mal que pequemos, también está mal que moremos entre pecadores. Es necesario que nosotros mismos pidamos la gracia de Dios para nosotros a fin de que no pequemos. Necesitamos Su gracia a fin de no cultivar amistades íntimas con los pecadores. Usted se molestaría con una persona que lo llamara ladrón, y no se sentiría halagado si alguien dijera que usted se acompaña de ladrones o que usted es amigo de ladrones.

La primera pregunta que uno debe hacerle al Señor debe ser acerca de uno mismo. Y la segunda pregunta que uno debe plantear delante del Señor debe ser acerca de sus amigos. Además de su propia persona, uno es representado por sus conocidos. Si uno desea permanecer firme, no puede actuar despreocupadamente en lo que respecta a sus conocidos y amigos. En cuanto uno actúe con ligereza en esto, será derrotado. Jamás sean descuidados en este asunto. Ustedes tienen que

dejar atrás todas sus antiguas amistades. Aprendan a hacer amistad con aquellos que participan de la comunión de la iglesia, pero los vínculos que desarrollen con ellos deben ser relaciones en el Señor. Deben reemplazar todas sus antiguas relaciones con relaciones en el Señor.

V. EL SIGNIFICADO DE LA AMISTAD EN LA IGLESIA

A. La amistad es algo que va más allá de una relación normal

Ya habrán comprendido que la amistad es algo muy especial. Se trata de una relación que supera las diferencias sociales. Es una relación libre de todo formalismo. Si una comunicación va más allá de las diferencias sociales y de todo formalismo, eso es amistad. Alguna vez dije que algunos padres son amigos de sus hijos, mientras que otros permanecen como sus padres por el resto de sus días. Yo sé que algunas madres nunca fueron amigas para sus hijas; las madres son estrictamente madres y las hijas son estrictamente hijas; ellas nunca han sido amigas entre sí. Hay muchas personas que jamás llegan a convertirse en amigos para el resto de los miembros de su familia; el esposo sigue siendo estrictamente un esposo, y la esposa sigue siendo estrictamente una esposa. En muchas oficinas, los supervisores adoptan una postura de gran superioridad, mientras que sus subordinados permanecen en una posición inferior. Entre ellos, únicamente existe la relación que corresponde a un empleador y sus empleados; jamás ha habido amistad alguna entre ellos. Si bien algunos llegan a hacerse amigos, estas son raras excepciones. Ser amigo de alguien significa ir más allá de una relación normal. Esto quiere decir mantener una relación que va más allá de lo que normalmente se espera.

Abraham era amigo de Dios. Si ellos se hubiesen comportado estrictamente como hombre y Dios respectivamente, ellos no se hubieran hecho amigos. Abraham se olvidó de su status y Dios también. Por ello Abraham pudo hacerse amigo de Dios.

El Señor Jesús se hizo amigo de pecadores. El Señor Jesús no hubiese podido ser amigo de los pecadores si hubiese permanecido en la posición que le correspondía. Se hizo amigo de pecadores porque dejó tal posición; si Él no hubiese descendido de Su posición, Él solo

habría podido ser el Salvador de los hombres, pero no su amigo. Espero que ustedes puedan comprender lo que es un amigo. Como pecadores, nosotros jamás podríamos unirnos con el Señor. Él es el Juez y nosotros los que hemos de ser juzgados. Él es el Salvador y nosotros los que somos salvos. Pero el Señor lo abandonó todo a fin de convertirse en amigo de los pecadores. Por ello fue llamado: "Amigo de pecadores". Es así como Él guía a las personas a recibirlo como su Salvador.

Estoy persuadido que una persona que ha estado con el Señor por mucho tiempo, ha desarrollado una profunda relación con Él y encontrará algunos hermanos en la iglesia que puedan ser sus amigos. Tal persona podrá ir más allá de lo que se espera normalmente en una relación. La tercera epístola de Juan es bastante clara al respecto. En esta epístola, Juan ya no parece ser un apóstol; en lugar de ello ha llegado a ser un anciano.

Quisiera llamar vuestra atención al hecho de que la tercera epístola de Juan fue escrita cuando Juan ya era muy anciano. Esta epístola fue escrita unos treinta años después que Pablo murió como mártir. Para entonces, también Pedro había fallecido y de los doce apóstoles, Juan era el único que quedaba. Al escribir esta epístola, él lo hizo como "el anciano a Gayo" (v. 1). Ciertamente él ya era un anciano. A mí me gusta mucho su tercera epístola, la cual difiere de las otras epístolas. En su primera epístola, Juan habla de los "padres", los "jóvenes" y los "niños". Tal parece que cuando la escribió, Juan todavía estaba consciente de estas distinciones claras allí. Pero el último versículo de su tercera epístola nos muestra que Juan había llegado a un lugar diferente, que se encontraba en una posición muy especial. Para entonces, él ya era un anciano y podía tratar a una persona de setenta años como a su hijito. Juan estaba muy entrado en años; probablemente tenía noventa años. Si bien Juan tenía muchos años de vida, poseía gran conocimiento y había llegado tan lejos en su travesía espiritual que al dirigirse a sus hermanos y hermanas, no se dirigía a ellos meramente como hermanos y hermanas. No se valía de términos como: *niños, jóvenes o padres*. Él sencillamente les dijo: "Los amigos te saludan. Saluda tú a los amigos". ¿No perciben un sabor muy especial en estas palabras? Al leer la Palabra de Dios, tenemos que percibir su sabor, así como su espíritu, antes de poder comprender el significado

subyacente en la Palabra. Si no percibimos el sabor ni el espíritu de sus palabras, nuestra lectura será infructuosa. He aquí un hombre que tenía tantos años de vida que, prácticamente, había perdido a todos sus amigos. Pedro había muerto, al igual que Pablo, pero Juan todavía podía decir: “Los amigos te saludan. Saluda tú a los amigos”. He aquí un hombre que poseía muchas riquezas en él. Podemos decir que Juan había alcanzado la cumbre de sus riquezas. Él había seguido al Señor por muchos años y había tocado muchas cosas. Ahora, era tan viejo que podía palmear la cabeza de un hombre de sesenta o setenta años y llamarlo: “hijo mío”, pero él no habló así. En lugar de ello, él dijo: “mis amigos”. No sé si ustedes comprenden lo que estoy tratando de decirles. Esto no tiene nada que ver con la posición que uno ocupa; Juan no estaba hablando en su capacidad acostumbrada. Esta clase de hablar eleva a una persona. Tal como el Señor era amigo de pecadores y así como Dios se hizo amigo de Abraham, Juan también trató a todos los hijos de Dios, jóvenes y viejos, como sus amigos. Esto difiere completamente de lo dicho al comienzo de este capítulo.

B. En la iglesia enfatizamos la relación de hermanos

Algún día, algunos de los más jóvenes entre nosotros arribarán a esta etapa, pero en la actualidad, ellos tienen que comportarse como hermanos en la iglesia. En la iglesia, la amistad ocupa una posición muy elevada. Algún día, cuando alcancemos un plano tan elevado, quizás lleguemos a ser como amigos aun para los niños más pequeños entre nosotros. Si bien es posible que nos encontremos muy por encima de ellos, todavía podemos honrarlos al llamarlos: *amigos*. Antes que llegue ese día, la iglesia tiene que enfatizar el vínculo fraternal, no la relación de amigos.

Es interesante percatarse que en la iglesia se enfatiza muchas cosas, menos la amistad. Esto se debe a que la amistad es algo que va más allá de las relaciones normales. Es algo que va más allá de lo común y que se encuentra en una esfera superior. La amistad surge cuando un gran hombre honra a otro al ser su amigo. Semejante persona posee tal grandeza que puede llamar a otro, su amigo. Esto no es algo que cualquier hermano o hermana está en posición de realizar. Aquellos que todavía son jóvenes en el Señor, deben aprender a relacionarse con los otros creyentes como

hermanos y hermanas en el Señor. Así pues, espero que ustedes se separaren de sus antiguas amistades y en su lugar tengan comunicación y comunión con los hermanos y hermanas de la iglesia. Si ponen esto en práctica, se ahorrarán muchos problemas en su travesía espiritual.